K.G. Durckheim

EL CAMINO LA VERDAD Y LA VIDA



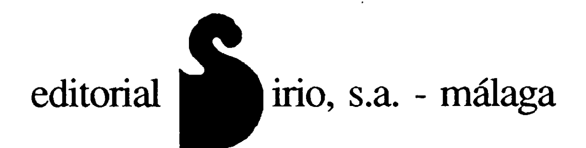
Alphonse Goettmann



Alphonse Goettmann

K.G. DURCKHEIM.

EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA


editorial Sirio, s.a. - málaga

K.G. DURCKHEIM.

EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA

Primera edición: Julio de 1987

Título original «GRAF DURCKHEIM. DIALOGUE SUR LE CHEMIN INITIATIQUE»
Traducido del francés por: David García Valverde

C/. Panaderos, 9 - 29005 Málaga
Tel. (952) 22 40 72

ISBN: 84-86221-37-4
Depósito Legal: B-26.295-87

INTRODUCCION

Este libro nació en Rütte, caserío suspendido a mil metros de altura entre las colinas y los abetos de la Selva Negra. Los típicos chalés, de inmensos tejados oscuros, destacan en la verde sinfonía de las praderas fértiles y los bosques frondosos. Un riachuelo salvaje desciende alegremente de las alturas, rivalizando en nitidez con el cielo. Un gran silencio lleno de vida rodea este paisaje. Allí se respira paz y serenidad. Muy pronto se apodera de ti la impresión de misterio e infinito y se te empieza a plantear con nostalgia la gran pregunta sobre el sentido de las cosas y sobre la existencia... Allí vive, en una casa oculta en el bosque, el que ha dedicado su vida a responder a la eterna pregunta del hombre: "¿Quién soy?"... Su nombre es Karlfried Graf Dürckheim.

Conozco a Graf Dürckheim desde hace muchos años y este testimonio que adquiere forma hoy es la expresión de una lenta maduración y de una experiencia profunda que ambos queremos compartir con los que buscan también lo esencial. En mi vida hay "un antes de y un después de Dürckheim". Nacido en el seno de la Iglesia Católica, he buscado durante mucho tiempo mi verdadera cara de hombre y de cristiano, inclinado abiertamente hacia el "ven y sígueme" del Evangelio; pero no he encontrado... He leído centenares de libros; pero no he encontrado... He frecuentado asiduamente diversas facultades de teología; pero no he encontrado... Me he lanzado desenfrenadamente a la oración, la acción, la políti-

ca; pero no he encontrado... He gritado mi angustia al Señor, como el salmista. Entonces encontré a Graf Dürckheim, como el peregrino perdido en el camino de Emaús. Fue para mí la explosión... el brote... me caí del caballo como Pablo en el camino de Damasco y se me quitó la venda de los ojos. Graf Dürckheim fue para mí el "maestro" que me permitió descubrir al verdadero Maestro, ¡Jesucristo! Se imponía un cambio en mi vida...

Con su contacto y su enseñanza me di cuenta de que yo buscaba desesperadamente fuera lo que llevaba en el fondo de mí mismo. De hecho lo había hallado... ¡pero de una forma demasiado intelectual! Todo estaba allí, aunque en forma de inventario racional, de examenes y de estrategia. Estaba ante una puerta cerrada. Graf Dürckheim fue la llave que la abrió a la experiencia: mi "saber" se convertía en Vida, la inteligencia descendía al Corazón, el Verbo se encarnó en mí en el gran movimiento vivificante del Espíritu, hacia la única Fuente de toda Vida que es el Padre. Así descubría experimentalmente a la Divina Trinidad, confesada mentalmente desde hacía tantos años. A partir de ese momento, la puerta estaba abierta de par en par... Daba a un espacio que engendraba todas las conmociones que mi vida futura iba a conocer: en particular la comprensión radicalmente diferente de la Biblia y de la Tradición, de donde surgió un redescubrimiento concreto de los Padres de la Iglesia; así fue como me arraigué progresivamente en la Ortodoxia. Después de conocer a Raquel, nuestro camino nos llevó a pedir el sacramento del Amor y el ejercicio del sacerdocio en la Iglesia Ortodoxa de Francia. En ella no cesamos de comprobar con estupor que la intuición fundamental de Graf Dürckheim se acerca en el fondo al mismo núcleo del mensaje bíblico y que se puede profundizar en la Iglesia mediante la plegaria contemplativa, la teología mística, la divina liturgia y la vida en comunidad...

Pero, ¿puede "ponerse la luz bajo el celemín"? Es

imposible si se trata de una experiencia así. Uno de los primeros frutos fue la creación de "Béthanie", centro de investigación y de meditación en los Vosgos del Norte, que tiene como base la enseñanza de Graf Dürckheim. Allí germinó, con la experiencia y las entrevistas, el deseo de dar a conocer con más amplitud todavía la poderosa llamada que Graf Dürckheim dirige al hombre de nuestro tiempo. De esta forma es como nació nuestro diálogo...

Una bella mañana de junio, mi esposa y yo tomábamos el camino hacia Rütte... El viejo sabio nos esperaba allí... ¡Qué gracia!, ¡qué alegría dialogar con él durante horas y días!... En su sala de trabajo encontramos ese clima de misterio y de serenidad que nos había sobrecogido ya al llegar a la aldea. Pero, ¿cómo describir a Graf Dürckheim?, ¿podrían traducir las palabras su extraordinaria fuerza y esa juventud que no tiene edad, su temperamento fogoso, su mirada tierna y penetrante a la vez, su sonrisa conmovedora a veces que ilumina toda su cara, su voz melancólica y apasionada al mismo tiempo, su hilaridad y su humor?... ¡Ningún texto podría nunca reproducir lo esencial de ese encuentro!

Gracias, Graf Dürckheim, por ese tiempo maravilloso pasado a su lado, gracias por la inefable riqueza que nos ha comunicado, gracias por lo que Vd. no ha dicho, pero la intimidad de su presencia nos ha revelado. Gracias por el amor que nos ha dado y del que quedaremos impregnados para siempre...

Alphonse GOETTMANN

Notas

La charla tuvo lugar directamente en francés y se grabó en magnetófono.

Para no herir a ninguna consciencia, Graf Dürckheim habla indistintamente de Dios y del Ser.

Una sola cosa le importa a Graf Dürckheim y la hace resplandecer de mil maneras, repitiéndola sin cesar a niveles diferentes y con distintos puntos de vista. En un discurso lógico y lineal, la repetición es pesada e inútil; aquí, por el contrario, es necesaria y voluntaria: se trata de una enseñanza en espiral, de una especie de "manducación de la palabra" en la que, como en el canto litúrgico y el método experimental de las Escrituras, uno se convierte en lo que "come" continuamente: se "es" un poco más lo que se acaba de leer en lugar de "saberlo".

Los números entre paréntesis que hay al final de cada capítulo remiten a un libro de Graf Dürckheim en el que se trata con más amplitud el tema en cuestión. Se puede ver la bibliografía al final de este volumen.

I

'TE HE LLAMADO POR TU NOMBRE"

(Isaías 43,1)

ALPHONSE GOETTMANN: *Graf Dürckheim, encontrarle ha sido siempre para mí un acontecimiento. Si hoy soy un hombre libre y feliz, usted es uno de los artífices. Mi vida se ha convertido en un Camino gracias al impulso extraordinario que me ha dado. Me gustaría preguntarle cuáles son los acontecimientos decisivos de su vida, los que han despertado verdaderamente en usted el mensaje que transmite desde hace años y que ha conmocionado mi existencia y la de tantos otros...*

GRAF DÜRCKHEIM: Bueno, ¡Es una pregunta interesante! Creo que comenzó muy pronto. Algunas impresiones de mi infancia ya me marcaron.

Se remonta a mi primera infancia, en la que tuve fuertes experiencias de tipo numinoso (sobrenatural). Se trata de una cualidad especial. Según el famoso psicólogo C.G. Jung, la realidad que se manifiesta en esa cualidad numinosa está en la base de todas las religiones. Creo que esta frase ha cambiado el enfoque de la psicología europea hacia otra apertura sobre el hombre, tocando verdaderamente el centro del espíritu humano, la fuente de su desarrollo posible e innato. Es precisamente la aparición de ese

núcleo lo que puede denominarse trascendencia interior, lo que constituye el centro de mi trabajo hasta hoy: el despertar de este núcleo y también, naturalmente, su experiencia.

La apertura de mi alma hacia ese centro interior se produjo ya en mi primera infancia. ¡Es toda una historia! Después ha habido otros muchos momentos extraordinarios en mi vida que han reforzado esa faceta. Experiencias particulares, horas estrelladas en las que me sentía impresionado por esa realidad profunda, de una manera que me hacía comprender que no se trataba de un sentimiento o de una creencia, sino de una realidad mucho más real que la supuesta realidad única. Creemos que la única realidad es la del espacio y la del tiempo y, para Descartes, solamente es real lo que puede inscribirse dentro de un conjunto de conceptos preconcebidos, pero todo eso no es más que el caparazón de algo diferente y, en realidad, oculta la realidad del fondo. Esa otra realidad es la que me ha impresionado profundamente en cada una de las etapas de mi vida desde mi infancia, pasando por los años de guerra en el frente y el encuentro con la muerte, hasta esa experiencia conmovedora y definitiva que me ha hecho ver el más allá esencial, oculto y manifiesto a la vez... Eso ha continuado después y, al final, ya no eran experiencias particulares, sino una especie de sobrecogimiento perpetuo, una especie de estado que siempre volvía a ocultarse otra vez. No es porque se esté siempre abierto, sino porque, a partir de un momento, se siente siempre el deseo de volver hacia la realidad profunda.

A.G.: *Ese es de alguna forma el ambiente en el que se ha desarrollado su existencia. Es un clima aparentemente extraño y usted no parece conceder demasiado crédito a las categorías cartesianas, a las que estamos tan acostumbrados. ¿Podría ahora recordar de manera más precisa los sucesos importantes que han hecho posible ese despertar?*

G.D.: Mi primera experiencia se remonta a cuando tenía año y medio. ¡Me conmovió de tal forma que no la he vuelto a olvidar! Me encontraba en brazos de mi nodriza que me llevaba al lecho mortuorio de mi abuela. La atmósfera era sorprendente: la presencia de la muerte, el silencio y el claroscuro de la habitación, un fuerte olor a cera... Me sentía atraído hacia el lecho y al mismo tiempo amedrentado, repelido... El conjunto tenía un carácter de maravilla y de espanto. Sentí por vez primera, y al mismo tiempo, fascinación y terror, esas dos cualidades que siempre caracterizan la experiencia de lo numinoso.

Y luego, un poco más tarde, recuerdo exactamente algunas cualidades sensoriales que me impresionaron y me conmovieron mucho: el olor de la madera de una casita en la que estaban mis cachorros para jugar en la arena... El olor de esa madera calentada por el sol lo percibo hoy todavía en cuanto hablo de ello. O el olor a tierra mojada cuando jugábamos, el ruido que hacía el arroyo que cruzábamos por un pequeño puente; a menudo me apoyaba sobre la barandilla para ver y escuchar... También estaba el chasquido del látigo, tenía uno bonito a los cinco años; el sonido que producía hacía que me abriese, que me sintiese mayor. ¡Era una cualidad sensorial muy fuerte! Ahora comprendo muy bien a Teilhard de Chardin cuando dice que su primera experiencia con Dios fue un trozo de hierro que tenía en la mano. Dios era Eso... Dios estaba allí, en calidad de metal.

Al recibir las cualidades sensoriales de forma inmediata, nos impresiona el gran misterio.

Uno de los regalos más maravillosos de mi infancia, que sigue influyendo en mí todavía, incluso en la orientación de mi trabajo, es precisamente la fascinación por el misterio. En la iglesia de mi pueblo natal mis padres tenían un camarín desde el que se veía la sacristía y se podía seguir de cerca lo que pasaba en el altar. ¡No comprendía nada, pero sentía profundamente! Yo estaba de rodillas, miraba... Escuchaba sin comprender nada... El olor a incienso, los cantos, los

bellos gestos del párroco con sus maravillosas vestimentas, el tintineo de las campanillas, las luces de las velas, la muchedumbre en oración... Toda esa combinación de colores, de sonidos y de olores, me sumergía en un ambiente misterioso en el que me acurrucaba. Algo pasaba... algo muy alto, muy profundo, muy grande...

Mire usted, no son ni las imágenes ni los pensamientos lo que cuenta en el transcurso de una celebración litúrgica, sino la actitud. Hay que estar allí en actitud de entrega y de abandono. Sólo en ese caso puede nacer y desarrollarse en nosotros algo diferente. La misa me tenía en vilo precisamente porque era algo incomprensible para mí, aunque cargado de misterio: la verdad de lo incomprensible.

A.G.: *"Incomprensible"... esta palabra, como tantas muchas ("indescriptible, invisible, inefable..."), se encuentra en el corazón de la liturgia ortodoxa e invita a la adoración por encima de cualquier razonamiento inútil e imposible. La fe verdadera es una disposición del corazón en el que los misterios hablan sin pasar por el molinillo de la razón... Esa experiencia del misterio ha calado tanto en Vd. que habla de ella espontáneamente en términos hímnicos y litúrgicos. Siempre lo ha acompañado en el camino de su fe y Vd. ha ayudado a otros muchos a comprender que no hay madurez de fe más que a través de la experiencia. En este sentido usted es el "maestro de los novicios" para muchos cristianos, incluidos numerosos monjes que, sin embargo, son profesionales en la materia... Pero éste es un gran tema sobre el que volveremos.*

Tras una infancia rica en experiencias, creo que su adolescencia estuvo marcada por la guerra de 1914-18.

G.D.: ¡Sí!... Acababa de cumplir dieciocho años cuando ingresé en el ejército. Allí me enfrenté duramente con la muerte, que ha afianzado con fuerza la experiencia de lo trascendente en mi vida. Recuerdo... Fue en el frente... El primer muerto que vi era un francés con pantalón corto al borde de un cami-

no... En los ojos totalmente abiertos del muerto encontré una especie de risa socarrona espantosa, que me atraía y me impulsaba a huir al mismo tiempo, me retenía y me perseguía por el camino hasta que, por fin, libre y feliz, tuve de nuevo el sentimiento de hallar la vida como nunca antes lo había hecho. De pronto, la vida dejó de ser algo evidente para convertirse en una plenitud sobrenatural en el fondo espeluznante de la no-vida.

Así fue como la muerte se convirtió en mi compañera cotidiana durante toda la guerra, sobre todo en la batalla de Verdún, bajo el estremecedor fuego cruzado y en un paisaje de hoyos que era un verdadero cementerio desordenado en el que yacían trozos de cuerpos humanos... Nunca he sido un héroe, siempre tenía miedo cuando estaba solo; pero como oficial nunca tuve la mínima dificultad para cumplir con mi deber cuando era responsable de mis hombres... Cada vez que salía de una zona amenazada por la muerte, sentía un profundo agradecimiento por vivir y sentirme vivo.

Estuve en el frente durante cuarenta y seis meses, no sólo en Francia, sino también en Serbia, Italia y Rumanía...; tuve la suerte de no disparar nunca, ni siquiera saqué mi revolver, nunca tuve que ponerme frente a alguien para matarlo. Tampoco me hirieron nunca, aunque las balas atravesaron mi camisa y mi abrigo... ¡No hay duda de que tenía un ángel de la guarda!

En este ambiente era donde la vida como tal revestía un carácter numinoso. Descubrí, al mismo tiempo, que enfrentándose a la muerte es como se da un paso adelante hacia la vida verdadera. Esta experiencia formó parte más tarde de mi enseñanza: al aceptar la muerte se descubre y se recibe la vida que está más allá de la vida y de la muerte, la VIDA con mayúsculas...

A.G.: *Como sacerdote he tenido la ocasión de acompañar a centenares de moribundos hasta su nacimiento en*

el cielo. Unos gritaban rebelándose o con terror; otros, que habían aprendido a "morir" durante su existencia, aceptaban la muerte con una libertad soberana. He visto a un enfermo grave beber champagne con su familia para celebrar ese acontecimiento. No era una reconciliación con la muerte que, para el cristiano, es siempre el enemigo a combatir, sino la revelación de la verdadera vida que es el propio Cristo. Es el canto de alegría de la Noche Pascual: "Cristo ha resucitado de entre los muertos, con la muerte ha vencido la muerte, a los que están en las tumbas les ha dado vida".

¿Se puede decir que, al sentir la muerte tan de cerca, ha vivido Vd. una experiencia privilegiada...? Sin embargo usted ha hecho alusión a una experiencia todavía mayor.

G.D.: Después del derrumbamiento de 1918, la gran cuestión que animaba a los espíritus investigadores era el hombre nuevo. Una experiencia decisiva me ha impulsado a no hacer de ella un simple deber en esa época de reconstrucción, sino a ponerla en el centro de mi vida. Lo que yo viví entonces, lo denomino la gran experiencia del Ser... Tenía veinticuatro años y me encontraba en el taller del pintor Willi Geiger en Munich... Mi futura esposa, Madame von Hattingberg, estaba sentada en la mesa y a su lado había un libro... Todavía lo veo... Ella abre el libro y lee en voz alta el undécimo versículo del Tao-te-King de Lao Tse:

> "Treinta radios alrededor de un cubo: en el vacío mediano reside la obra del carro.
> Se ahueca la arcilla y adquiere la forma de jarrones: es por el vacío por lo que son jarrones.
> Se abren puertas y ventanas para formar una habitación: por esos vacíos es por lo que es una habitación.
> Por lo tanto, lo que es sirve a la utilidad, lo que no es representa la esencia."

¡Y de pronto, Eso llegó!... Mientras escuchaba, me atravesó el relámpago... El velo se desgarró, ¡había despertado! Acababa de tener la experiencia de "Eso". Todo existía y no existía, este mundo y, a través de él, el pensamiento de otra Realidad... Yo mismo existía y no existía. Estaba sobrecogido en el encantamiento en otro lugar y, sin embargo, estaba allí, feliz y como privado de sentimiento, muy lejos y, al mismo tiempo, profundamente arraigado en las cosas. Toda la realidad que me rodeaba estaba formada de golpe por dos polos: uno que era el inmediatamente visible y otro invisible que estaba en el fondo de la esencia de lo que veía. Veía realmente al Ser... En alemán diríamos como Heidegger: das Sein in Seinden, Veía al Ser en lo Existente. Y eso me caló tan hondo que tenía la impresión de haber dejado de ser yo mismo plenamente. Sentía que estaba henchido de algo extraordinario, inmenso, que me colmaba de alegría y al mismo tiempo me sumía en un gran silencio. Estuve en ese estado veinticuatro horas aproximadamente. Aquella misma tarde estábamos invitados a casa de unos amigos para escuchar a un gran pianista. Yo estaba agazapado en un rincón de la sala, todavía bajo esa misma influencia y, desde entonces, creo que nunca me ha abandonado. No había comprendido del todo de qué se trataba; pero, a partir de aquel momento, siempre había algo diferente en mi vida, algo que me rodeaba, que me llenaba y me empujaba hacia adelante. Estaba dirigido por una especie de nostalgia y de promesa inexplicables... Todavía hoy es así. Pero en aquella época yo no había comprendido que se trataba de una llamada y del nacimiento de una nueva consciencia. Eso lo he descubierto mucho después; pero me sentía impulsado, empujado en ese sentido. Eso me ha dado también cierto valor para vivir, una cierta inocencia en el tacto, en el trato con las personas y con las cosas. De pronto, había allí otra realidad, angélica, que me rodeaba desde aquel momento.

A.G.: *¿Considera ese acontecimiento inaudito en su vida como el más decisivo?*

G.D.: ¡Totalmente! En el ámbito de mi desarrollo espiritual se trataba, sin duda, del giro cuya importancia he conocido después. En aquel entonces, mi esposa y yo, junto con un matrimonio amigo, habíamos formado lo que nosotros llamábamos el "Quatuor". Esto era en los años 20 y ya empezábamos a poner en práctica algunos ejercicios: examen de conciencia cotidiano, silencio interior y de índole meditativo; era mi primer "Zazen".

A.G.: *De esa experiencia que le ha marcado con un sello definitivo dan testimonio todas las épocas de la humanidad. Es el momento en que el hombre se siente destello divino... Después de semejante "sacudida" hay un primer momento en el que lo único que se puede hacer es callar y adorar. Después sentimos el deseo de saber, de conocer a quienes, a lo largo de los siglos, han bebido de la misma Fuente y se han iluminado en el mismo Fuego. ¿Puede decir "con qué madera se ha calentado"?*

G.D.: La actitud de conversión, que me atenazaba a partir de entonces, me orientaba sin cesar hacia cierto polo de investigación a través de todo lo que encontraba. No es sorprendente entonces que, en este contexto, irrumpiera en mí, como un rayo, Maître Eckhart. No conseguía deshacerme de sus Tratados y sermones que yo percibí como un eco múltiple y variado de la música divina que acababa de escuchar. Yo reconozco en Eckhart a mi maestro, al Maestro. Lo conocí gracias a mi amigo Ferdinand Weinhandel, miembro del "Quatuor"; esto sucedió en Munich hacia 1920. No soy un experto en Eckhart en sentido científico, ni un teólogo. No podemos acercarnos a él si no eliminamos el conocimiento conceptual. ¡Hay una inspiración en todo lo que dice! Esa inmensa simplicidad con la que habla de Dios, los ejemplos que da... los problemas que suscita... En él impera todo el

ambiente de la realidad de que habla, esa realidad de lo esencial, lo Real en el silencio del más allá, audible solamente por los que tienen oídos para oír... Ya sabe que ha sido perseguido, condenado como hereje y, hoy todavía, la iglesia lo persigue. Yo mismo podría haber sido víctima como él... Claro que sí: un Padre jesuita al que conozco muy bien ha escrito un informe de mi último libro "Méditer-pourquoi-comme". Ha intentado ser fiel y después me ha atacado diciendo por qué este libro no vale para los cristianos y que hay una fosa muy profunda que me pide que rellene. Le he respondido punto por punto para demostrarle que no me había comprendido y que yo me sentía un poco en la situación de Eckhart, atacado y mal comprendido por la Iglesia. El P. Wulf dice, atacándome, que si hay experiencia de una realidad divina, es porque Dios es su causa. Ahora bien, yo pretendo demostrar que no es posible acercarse a Dios con las categorías de la causalidad y del conjunto de los conceptos racionales. ¡No se pueden aplicar las categorías existenciales a lo Diferente, a lo Trascendente! Con las experiencias de Maître Eckhart me sitúo en otro plano totalmente diferente, sobre una tierra totalmente sólida, una realidad inquebrantable, la fuente, la llamada más profunda que forma verdaderamente el interior del ser humano. Pero eso exige la pobreza de espíritu que invita a la renuncia total para permitir que Dios nazca en nuestro ser.

A.G.: *Creo que sería apasionante, y estoy tentado de hacer ese estudio, ver cómo con Maître Eckhart, que es su principal fuente, usted se sitúa de hecho en esa gran corriente de la Tradición ortodoxa de los primeros tiempos. Pues, Eckhart es el único de la Edad Media, quizá con Taulr y Ruysbroek, que tiene sus raíces en la teología de Dionisio el Aeropagita, que será un faro para toda la mística cristiana. Eckhart es dionisiaco en el alma. Ahora bien, esa teología contiene de manera sorprendente el mismo enfoque de lo divino que usted. Dionisio el Aeropagita, discípulo directo de los apóstoles, invita a la renun-*

cia de cualquier operación racional para unirse a Dios, a todo objeto sensible o inteligible, a todo lo que es así como a lo que no es. Pues Dios está por encima del ser y de la ciencia, es incognoscible por naturaleza y "gracias a esa incognoscibilidad", dice él, "no podemos unirnos a El sino más allá de toda inteligencia". La mayoría de los Padres de la Iglesia se sitúan en esta estela, excepto Orígenes, que era un poco ególatra plotiniano, razón por la que no siempre ha contado con la aprobación de la Iglesia. Por lo demás, todos los grandes han dado ese impulso. Para Gregorio de Niza, todo concepto que se refiere a Dios es un simulacro, un ídolo. Afirma que no hay más que un nombre para expresar la naturaleza divina, es la extrañeza que se apodera del alma cuando se une a Dios. Se trata claramente de una experiencia.

Habría que citar a otros muchos todavía, como Clemente de Alejandría, Basilio, Gregorio Nacianceno, Ireneo, Máximo el Confesor y hasta el siglo XIV Gregorio Palamas, que nos sacaría, ya va siendo hora, de la logomaquia teológica de la época para ponernos frente al misterio en el que no hay más que silencio y adoración. Para ellos no existe teología fuera de la experiencia; el verdadero teólogo es el que acepta cambiar, hacerse un hombre nuevo mediante una transformación radical, que ellos llaman deificación. Y ese teólogo invita a cualquier cristiano a hacer lo mismo...

Pero, volvamos a Maître Eckhart, ¿ha sido el único hallazgo para usted?

G.D.: El más fuerte, sí; pero también he tenido el encuentro con el budismo a través de un libro de Grimm que me ha impresionado mucho. Después he leído a Nietzsche con pasión: su Zaratustra. Todo este libro es un elogio del ser esencial. También fueron Rilke, un amigo de mi esposa, Else Lasker-Schüler, la famosa poetisa judía Elisabeth Schmidt-Pauly, el gran teólogo Guardini, el pintor Paul Klee y todos aquéllos en los que encontraba la misma melodía con diferentes acordes. Y ya entonces me planteaba esta pregunta: ¿la gran experiencia que había animado a

Eckhart, a Laot-se, a Buda, no era en el fondo la misma?

A.G.: *¿Cómo han cohabitado ese ascenso de la consciencia interior y el arraigamiento en la experiencia de un más allá con el sistema universitario que Vd. frecuentaba en esa época y que consideraba al hombre como un cociente intelectual, en contraposición con todas sus convicciones e investigaciones?*

G.D.: Después de mis años de estudios filosóficos en Munich, emigré con mis amigos del "Quatuor" a Kiel, donde iba a desarrollar los instrumentos intelectuales necesarios para mi futuro trabajo. Vivíamos en comunidad y seguíamos juntos los cursos de la Universidad. Entonces cambié de la filosofía a la psicología para conocer los fundamentos psicológicos de la filosofía de los valores. Pero, ¡qué decepción! La psicología tenía pocas relaciones con la madurez o con una nueva imagen del hombre. Me preguntaba cómo lo cuantitativo podía explicar lo que compete a la persona o a lo cualitativo, y mi aversión por las cifras y los aparatos en el ámbito de la investigación psicológica no me ha abandonado nunca. Evidentemente, tanto en psicología como en medicina, se puede tratar al hombre como un objeto y con métodos cuantitativos. Pero, ¿qué podía ganar como estudiante del conocimiento del hombre? El hombre, en el sentido propio de la palabra, no está verdaderamente integrado en la formación del método, del sacerdote, del educador y, muy a menudo, tampoco del psicólogo. Veo, no sin temor, que la psicología universitaria se desarrolla tendiendo hacia las ciencias naturales, a pesar de la estima en que deban tenerse sus resultados en un conocimiento objetivo. La psicología de las profundidades debe luchar siempre por su derecho a la existencia; no hablemos de una enseñanza iniciática sobre el ser.

Tras la obtención del doctorado en 1923 y mi matrimonio con Mme.. Enja von Hattingberg, perma-

necí todavía durante dos semestres como adjunto en el Instituto de Psicología de Kiel, hasta que esa actividad se me hizo demasiado estrecha. En ese momento me encontré ante la elección de proseguir mis estudios o de hacer un alto en Italia. Tomé la decisión un día, después de haber escuchado en Marbourg, una tras otra, a las eminencias de la filosofía: Heidegger, Hartman, Heiler, Rudolf Otto y Natorp. Resultado: ¡Rechazo de la Universidad y en camino hacia la Libertad!

Dediqué parte de mi estancia en Italia a la visita de museos, a las bellas artes, a la pintura y al dibujo. Pero ese tiempo estuvo marcado sobre todo por un trabajo sobre la filosofía de la Unidad. Estaba completamente fascinado por la realidad y el problema que no me dejaba: una Unidad que abarca todo y que, dentro de un Orden interior, da lugar a formas. Así es como brotaba en mi consciencia conceptual, en aquella época, el misterio del Ser Trascendente; hasta mucho más tarde no lo percibí en su impulso trinitario y bajo sus tres aspectos: Plenitud, Orden y Unidad. Estos trabajos llevaron a mi antiguo maestro, Felix Krueger, a nombrarme adjunto del Instituto de Psicología de Leipzig en 1925. Krueger estaba en el principio de la Ganzheitpsychologie, que considera al hombre como un todo y no como una suma de facultades.

Al entrar por primera vez en el Instituto, me quedé estupefacto ante la presencia de tantos aparatos... Tuve que luchar durante años con la psicología cuantitativa, lo que ha dado siempre más relieve a mi objetivo, animado continuamente por mi secreto descubrimiento. En mi enseñanza y en mis seminarios, no pretendía tanto comunicar un saber, cuanto despertar experiencias interiores que me parecían fundamentales. Yo era uno de los primeros en tratar sobre Klages, Freud, Adler y Jung en la Universidad. Ya en esa época el nervio de toda la ciencia del hombre me parecía ser la experiencia cualitativa de su profundidad. Esta convicción dominaba toda mi

enseñanza y se amplió todavía más cuando me nombraron profesor de psicología en la Academia de Breslau en 1931.

A.G.: *Acaba de mencionar a C.G. Jung. Era uno de los monstruos sagrados de la psicología de aquel entonces. ¿Lo conoció?*

G.D.: Fue su ausencia en un congreso internacional de psicología, que yo debía clausurar, lo que me decidió a visitarlo. Como muchos otros, yo estaba escandalizado porque no había sido invitado. Me causó mucha impresión conocerlo... Todavía lo veo venir hacia mí, con su pipa en la boca: era como una montaña que se acercaba... Entonces le dije: "Señor Jung, he aprendido en Japón que cuando uno se encuentra en presencia del Maestro tiene derecho a hacerle una pregunta muy simple". Y él me respondió en su idioma suizo:

"Bien, ¿qué quiere saber?"

"¿Podría decirme lo que es un arquetipo?"

Se rió porque era él el que había introducido este término en la psicología. Pero como había propuesto media docena de definiciones o más, sentía curiosidad por saber cuál iba a darme... En ese momento respondió:

"Pattern of behaviour. Se trata de una preformación de su comportamiento y no del resultado de una costumbre."

Durante estos veinte últimos años, la obra de C.G. Jung y la de su primer discípulo Erich Neumann me han enriquecido mucho. Su teoría del "sí" (sí mismo) corresponde a mi concepto del ser esencial. Para ellos el verdadero sí es la integración del sí profundo en el yo existencial, lo que da lugar a la persona. Eso es lo que me ha marcado; por ahí C.G. Jung ha abierto el camino a la iniciación. ¡Desgraciadamente, los discípulos de Jung no lo han continuado!

A.G.: *¿Ha tenido relaciones con Heidegger, que vivía en un pueblecito al lado del suyo?*

G.D.: Sí, en los años 40-50, cuando regresé del Japón. Le había enviado mi pequeño libro sobre el Japón y la cultura del silencio. Ese libro le estimulaba a ocuparse de la filosofía japonesa, pero me respondió muy amablemente que pensaba que para poder hablar de filosofía, era preciso conocer la lengua de los filósofos...

Más tarde conocí al filósofo Spranger, educador y pedagogo, quien me preguntó:

"¿Vive usted en Todtmoos, cerca del Nichts, de la Nada?" (Heidegger es el filósofo del Vacío).

"Sí", y le repetí la frase de Heidegger: que para poder dedicarse a la filosofía había que comprender la lengua...

"¡Oh!", dijo Spranger, "¡esa frase es muy peligrosa en labios de un filósofo cuya lengua no se comprende en absoluto!"

Volví a encontrarme de nuevo con Heidegger veinte años después, con motivo de una visita que me hizo Suzuki, el profeta del Zen, que tenía entonces ochenta años y a quien tenía interés por ver. Era un encuentro del hombre de la palabra con el que, como Maestro Zen, está convencido de que ¡con sólo abrir la boca... ya se miente! Pues solamente el silencio contiene la verdad...

Estas son anécdotas relacionadas con Heidegger; pero, en realidad, no ha tenido ninguna influencia en mi obra.

A.G.: *Pensándolo bien, no se pueden poner en una balanza estos encuentros con el universo cristiano que le ofreció Maître Eckhart. Es imposible, en este punto, evitar la Fuente suprema del cristianismo, que es la Biblia.*

Nacemos con ese libro en las entrañas. Pero, por desgracia, los malos catecismos nos lo han subido a la cabeza. Eso ha permitido, sin duda, la ciencia y la técnica. Pero para los "sabios", la Biblia ha introducido en la historia el dinamismo secreto que la anima desde hace milenios: el de la persona y el de la libertad. En eso sigue siendo un verdadero fermento. Nos faltan, a pesar de todo, claves de lectura. Todas las Escuelas de exégesis y de hermenéutica, las lecturas "materialistas" y "estructurales" de nuestros días se limitan al descifrado científico y mental: la Biblia permanece sellada y su Sabiduría muda... Los únicos criterios que la abren al sentido espiritual son los de los que ven y no los de los ciegos: la experiencia de la transparencia y la iluminación del Espíritu. En este sentido su obra es profundamente bíblica y reitera la invitación de Jesús: "Venid y ved", camino de experiencia y no sólo de saber.

G.D.: Sí, esa es la razón por la cual es San Juan, sobre todo, el que me atrae. Lo leo y lo releo mucho. Es el Evangelio de la profundidad. En él encuentro toda la apertura necesaria para comprender la religión. También está naturalmente el resto de la Biblia. Durante toda la guerra llevé en mi mochila el nuevo Testamento que me había dado mi madre. Todavía lo conservo... Estaba allí, me acompañaba siempre, pero no leía más que en los momentos de angustia y sufrimiento, repitiéndome frases o salmos. Del Antiguo Testamento sé muy pocas cosas; lo que siempre me ha interesado es la experiencia de los que lo han escrito, los patriarcas y los profetas. La idea de Dios que tienen los judíos procede de las experiencias de sus guías, de la forma según la cual ellos han entendido que la realidad del más allá toma palabra en ellos mismos. Eso sucede en todas las religiones, todas las imágenes de las divinidades son, en principio, experiencias sin imágenes, extraordinarias y conmovedoras, que dan miedo y llenan de alegría, salvan de una situación de angustia y abren a una promesa; estamos en otro plano... Pero, a continua-

ción, la experiencia, proyectada en la pantalla del yo, adquiere la forma de una imagen que el espíritu conceptual transforma en algo o alguien, es decir, la ontologiza y comprende ahora como causa de esa experiencia, cuando, en realidad, no es más que su consecuencia.

A.G.: *De esa elaboración, a la ideología, a los catecismos, a las sectas y a las religiones, no hay más que un paso. No nos hemos privado de darlo alegremente a lo largo de la historia...*

G.D.: Es la propia tentación del hombre, ¡su orgullo! Nunca hay que quitar un pie de las raíces de la experiencia. En este sentido el Evangelio de San Juan es la Biblia para mí. San Juan es el modelo del hombre llamado a hacer el experimento del Cristo vivo en sí mismo con el empuje del Espíritu interior: "En verdad os digo que es mejor para vosotros que me vaya; pues, si no me voy, el Espíritu no vendrá a vosotros..." Hoy Cristo diría: "No proyectéis todo sobre mí, buscad en vosotros mismos, ahí es donde encontraréis el Espíritu de la verdad, que os enseñará lo que no puedo deciros ahora..." Sobre todo, habría que tomar en serio la famosa parábola de la cepa y los sarmientos en la que Cristo dice: "Permaneced en mí como yo en vosotros..." Entonces es cuando se penetra en esa realidad profunda a la que Jesús alude cuando afirma: "Existo antes de que Abraham existiera". No se trata de un malentendido, sino de esa realidad que está más allá del espacio y del tiempo y que no es un privilegio cristiano; es la misma realidad de la que habla el maestro Zen cuando pregunta qué cara teníais antes de que vuestros padres nacieran. No os pregunta sobre vuestra encarnación precedente, sino que habla de la realidad que está más allá de las realidades, que está en el fondo de vosotros mismos.

A.G.: *En el fondo, Dios parece hablar siempre en la*

misma lengua a todos los hombres y en todas las épocas, es la lengua de fuego de Pentecostés. Se recibe y se interpreta de manera diferente según las tradiciones. Sin embargo, los cristianos creen a menudo tener el monopolio y no piensan que es el mismo Dios el que es "todo en todos", como dice San Pablo. ¿No vieron los primeros cristianos, con gran estupefacción, que el Espíritu Santo descendía también sobre los paganos? Por el contrario, hoy asistimos a una corriente que arroja por la borda toda nuestra tradición y vemos a los Occidentales vestirse con una túnica amarilla y, con la cabeza afeitada, desentenderse de los grandes gigantes de su propio pasado y sentarse a los pies del gurú esperando la "iluminación"... ¿No tienen ninguna relación estos extremos? Los Padres de la Iglesia veían en toda verdad, dondequiera que apareciese, una manifestación del Verbo. ¡Todavía es preciso que se adapte a nuestra cultura! Jung, que era un entusiasta del Zen y del yoga, insistía en decir que su forma oriental no era conveniente. Su intuición profunda era que el Occidente tendría su propio Yoga, construido sobre los cimientos del cristianismo. En ese sentido, usted es un pionero en Occidente. Usted ha vivido bajo el signo de la experiencia de Maître Eckhart y de su tradición y, por tanto, estaba preparado para reconocer en la gran tradición oriental una sabiduría en la que algunos puntos están muy cerca de la mística cristiana.

¿Puedo preguntarle cuál ha sido la influencia de la India en su trabajo?

G.D.: La India no ha ejercido influencia en mi evolución. No fui allí por vez primera hasta 1974, invitado por el Ministro de Sanidad y guiado por mi amigo Dhingra. Lo que me sorprendió mucho fue que, en el propio seno de toda esa pobreza, nunca vi una cara triste. La forma en que esos hombres viven la pobreza, el sufrimiento y la muerte, sin quejarse, puede plantear preguntas. Es asombroso oír decir: "Si nuestro Karma es vivir en la miseria, no hay que hacer demasiado para salir de ella, sólo aceptando nuestro mal tendremos la oportunidad de renacer en

otro plano". Esa actitud religiosa es completamente insoportable para un occidental.

A.G.: *Cuanto más inaceptable es esa situación, más admiro la comprensión a la que han llegado algunos de sus grandes santos...*

G.D.: ¡Sí! He conocido a seres que me han permitido llevar a cabo experiencias extraordinarias. Pienso en primer lugar en Ma Ananda Moy. Tuve ocasión de acercarme a ella solo, en su habitación, que raramente está abierta para un extranjero. Antes me habían preguntado, como es costumbre, qué pregunta quería plantearle. "¡Ninguna! Quisiera simplemente meditar un poco junto a ella". Y así se hizo... Ma estaba sentada frente a mí, un poco elevada y de ella emanaba un amor inefable, sobre todo cuando puso sus manos sobre mi cabeza... Sentí un calor intenso, notable, pero nada milagroso. Era increíblemente bello, conmovedor. Me ha dejado una profunda impresión de intensidad y de plenitud. Ma Ananda Moy fue muy buena al decirme que esta vez había sido ella la que había recibido el regalo espiritual dado por el maestro a su discípulo, ya sea tocándole u ofreciéndole fruta o regalos y, sobre todo, me dijo que era algo de Cristo lo que había venido hacia ella... Yo no había pensado en esto, pero con su facultad de percepción, había reconocido en su experiencia a Alguien que no era Krishna... En el momento de separarnos, Ma me dijo estas palabras: "No olvide que la gota puede saber que se encuentra en el mar, pero raramente se da cuenta de que el mar entero está en ella". Eso es toda una contemplación...

También tuve una entrevista con un sabio de ciento seis años que vivía en una caverna al borde del Ganges, en el pequeño Benarés, donde está el ashram de Swami Shivananda, muerto hace varios años y al que también he conocido. Pero el anciano no estaba allí; sólo encontré a su esposa y a una vaca, pues aquel día había ido a Delhi. Tenía mucho interés por

verlo y Delhi es una ciudad muy grande... Ayudado por un amigo muy bueno, acabé encontrándolo. Estaba empezando una sesión con una treintena de personas, apretujadas en una pequeña habitación. Cantaba con una voz potente, enorme, y los demás respondían: "¡Krishna, salvame, quítame la vanidad!". Al final vio que había un europeo y me preguntó si tenía algún deseo especial.

"Sí", dije, "quisiera sentarme junto al maestro para meditar con mis ojos puestos en los suyos".

El aceptó muy amablemente, mirándome con sus magníficos ojos azules, con la cara pletórica de fuerza... Es una experiencia muy profunda tener ante sí a un verdadero maestro y aguantar su mirada. Recibí mucho en aquella ocasión.

Finalmente, el tercero que me impresionó mucho fue el australiano que meditaba en una colina, al lado del ashram de Shivananda. Lo veíamos desde lejos, muy alto, completamente desnudo, ¡era de una radiación extraordinaria! Había escrito una poesía que relataba su situación y que mi amigo Dhingra me tradujo: "Era un artista y Dios le había quitado las manos, era cantor y Dios lo había privado de su voz; sólo le quedaban sus pies y hablaba con ellos". Sí, ese hombre era como un sol. Nos invitó a reunirnos con él al día siguiente en su pequeño subterráneo con algunos discípulos australianos. Cantamos juntos, apretados unos contra otros... En el momento de separarnos él, que se había quedado mudo, me miró... y me sentí atravesado por el rayo de luz que en aquel momento brotó de sus ojos: un rayo de amor luminoso...

Esos son los tres grandes santos que conocí en la India: testigos vivos llenos de esencia divina de los que emanaba ese hálito que manifiesta la presencia del Ser.

A.G.: *Al escucharle tengo la fascinante sensación de comunicarme con algo inmenso que ha aparecido entre nosotros. No tengo palabras para explicarlo, es una impresión de vértigo...*

Pero ha llegado el momento de preguntarle cuándo y cómo entró el Zen en su vida.

G.D.: En Japón, cuando fui enviado allí en 1937 con una misión especial que yo mismo había elegido: estudiar el segundo plano espiritual de la educación japonesa.

Nada más llegar a la Embajada, un señor mayor vino a saludarme... Yo no lo conocía.

"Suzuki", se presentó. Era el famoso Suzuki que venía a recibir a un tal señor Dürckheim procedente de Alemania para realizar unos estudios... Suzuki es uno de los más grandes maestros Zen contemporáneos. Inmediatamente le pregunté sobre las diferentes etapas del Zen. El me enumeró las dos primeras... y yo encadené las tres siguientes. Entonces él exclamó:

—"¿Cómo sabe eso?"

—¡Está en la enseñanza de Maître Eckhart!

—"Tendré que volver a leerlo..." (Sin embargo ya lo conocía bien).

El segundo encuentro de gran importancia fue el de mi maestro de tiro con arco...

Un día un amigo me permitió que lo conociera. Encontré a un señor con los ojos negros, inmensos, con una pequeña perilla, sentado en el suelo, que inmediatamente me preguntó mis impresiones sobre los primeros meses pasados en el Japón. Enseguida me corta y me dice:

—"¡Es completamente artificial!"

—Soy consciente de ello, pero ¿qué he de hacer para llegar a adquirir más profundidad?

—"Hay que ahondar profundamente en un punto para que la periferia gane profundidad. Es el tiro con arco..."

—Tengo poco tiempo, un jardín pequeño y no tengo Maestro...

—"Necesita una hora al día, tres metros de espacio y yo seré su maestro".

Empezamos a los dos días... allí fue donde comprendí el Zen relacionado con el ejercicio. Ya sabe que el discípulo del tiro con arco tira durante tres años sobre un blanco de paja de un metro de diámetro, a tres metros de distancia... Se trata evidentemente de un ejercicio interior que no tiene nada que ver con el hecho de dar en el blanco desde fuera.

Y, además, conocí a un amigo que me enseñó la base del sentido del zazen. En estas circunstancias fue como descubrí el Zen.

Veía a Suzuki de vez en cuando; más tarde vino a verme Todtmoos.

Estaba allí en 1954 y yo acababa de recibir un telegrama de la Academia Protestante de Munich que me pedía una conferencia sobre la sabiduría oriental. Aproveché su presencia para preguntarle: "Maestro, ¿podría decirme en dos palabras qué es la sabiduría oriental?".

Sonrió y dijo: "El saber occidental mira hacia fuera, la sabiduría oriental mira hacia dentro". Me dije a mí mismo: "No es tan grandiosa la respuesta..." Pero él continuó: "Sin embargo, si miras hacia dentro igual que miras hacia fuera, entonces haces del interior un exterior..."

¡Ahí está! ¡Extraordinaria frase! Esa respuesta revela todo el drama de la psicología occidental que mira hacia dentro, de la misma forma que hacia fuera, haciendo del interior un exterior, es decir, un objeto... y así pasa la vida.

Entonces comprendí que toda verdad debe des-

cubrirse con esa sabiduría y mi conclusión fue aprender a mirar al exterior como se debería mirar al interior. Este descubrimiento me ha aportado mucho en mi vida, en mi trabajo. Se asemeja a ese maravilloso verso de Novalis: "Toda superficie visible tiene una profundidad invisible elevada al estado de misterio..."

A.G.: *Así es como usted adquirió la convicción de que el hombre occidental claudica porque ha olvidado toda una parte de sí mismo. Al proponer el Zazen en Occidente, el sentarse como ejercicio particular del Zen, no hace en absoluto orientalismo, sino que revela una sabiduría universal, una posibilidad de transformación y de libertad fundamentales. Ofrece una experiencia asequible a todos los hombres de todos los países y de todos los tiempos. Sólo un ser humano unificado puede darse cuenta plenamente de su participación en lo divino. Y esa Trascendencia, cada uno la llama libremente según su conciencia religiosa y su propia experiencia. En el Zen será "la naturaleza de Buda", en el hinduismo el "Atman", en el cristianismo la "Divina Trinidad" revelada por Cristo en el Espíritu...*

G.D.: Para llevar a cabo la experiencia de esa realidad última, al occidental le falta "método". El Zazen, que es la manera principal de vivir el Zen en el ejercicio, abre un Camino en el desierto de la abstracción actual para permitirle avanzar hacia su verdadera madurez.

Lo que me interesa del Zazen es que, sin teoría ni introducción, se entra directamente en el ejercicio. Se ofrece a cada uno la posibilidad de sentarse bien y, una vez anclado en el "Hara" —centro de gravedad— adoptar una postura que te pone a la altura de la realidad propuesta, sólo accesible con una condición: el vacío. Insisto en la importancia del vacío, mal comprendida a menudo en Occidente. No se trata de arrojarse a la nada, sino de deshacerse de cualquier concepto, o imagen. De hacerse, como se dice en el cristianismo, la copa de la Virgen, de liberarse para

que el Espíritu nos cubra y se produzca la vida. Es el vacío de todas las cosas lo que se convierte en el umbral de la experiencia del Todo. Sólo la ausencia de la multitud abre la puerta de la experiencia de la Plenitud. El Zazen es una preparación para esa apertura de nuestro ser.

A.G.: *Apertura que es un estado de virginidad en la realización de las bienaventuranzas: "Dichosos los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos... Dichosos los puros de corazón porque ellos verán a Dios"; o también la llamada a dejarlo todo, que resuena en toda la Biblia, desde Abraham hasta el joven rico: "Vete, vende todo cuanto tienes...". No ser absolutamente nada es serlo todo. La pobreza perfecta no se encuentra más que cuando el vacío perfecto es la plenitud perfecta. También es la "inocencia paradisíaca" hacia la que tendían los Padres del Desierto y de la que Staretz Zozime se ha hecho también el portavoz en "Los Hermanos Karamazov"...*

Pero, ¿se puede ser, a la vez, un sabio japonés y un Padre del Desierto?

G.D.: Yo diría que no hay que tomar los términos "Oriente-Occidente" en sentido geográfico. La mejor imagen de ellos es el hombre y la mujer. El hombre no es solamente hombre o mujer. Ella está en él y él en ella y, hasta que el hombre no desarrolla lo femenino que hay en él y viceversa, no se hace hombre, sino robot. Si el Occidente quiere ser humano, tendrá que tomar muy en serio lo que tiene de oriental y sólo podrán sobrevivir los orientales si integran algo de esa fuerza masculina del Occidente. Podemos decir entonces que el interés que nosotros, los occidentales, tenemos ahora por el Oriente se debe a que el oriental que llevamos dentro comienza a despertar y nos dice: "¡Escucha, querido, si no me aceptas vas a morir ahogado en los edificios y en el hormigón que construyes con tu espíritu racional!".

A.G.: *Su obra es un poco la cámara nupcial, que*

permite la fecundación recíproca del Oriente y del Occidente en nosotros mismos, y que es para nuestro tiempo un signo de esperanza y de creación.



ESPLENDOR Y DECADENCIA DEL HOMBRE

ALPHONSE GOETTMANN: *Antes de entrar en los detalles de su mensaje, ¿puede decirme en pocas palabras cuál es el núcleo de su enseñanza?*

GRAF DÜRCKHEIM: Yo diría que está en tomar en serio el doble origen del hombre, "celeste" y "terrestre". El Occidente lo ha olvidado pensando que lo "celeste" era del dominio exclusivo de la fe, que sólo lo "terrestre" podía ser objeto de experiencia y de práctica. El Occidente ha frustrado al hombre en su desarrollo espiritual. Ahora bien, el origen celeste del hombre forma parte de su ser esencial, participa en la profundidad de su ser del Ser divino y puede ser consciente de él en experiencias particulares. El hombre es ciudadano de dos mundos: el de la realidad "existencial" condicionada, limitada por el tiempo y el espacio, accesible a la razón y a sus poderes, y el de la realidad "esencial", no condicionada, que está por encima del tiempo y del espacio, accesible solamente a nuestra consciencia interior e inaccesible para nuestros poderes.

El destino del hombre es llegar a poder dar testimonio de la Realidad trascendente dentro de la propia existencia. Para llegar ahí hemos de aprender primero a tomar en serio las experiencias por las que,

en momentos privilegiados, el Ser nos toca y nos llama. Es el sentido fundamental de cualquier ejercicio espiritual tal y como yo lo entiendo: abrirse a un embargo de nuestro ser esencial a través de experiencias que lo manifiestan y perfeccionar cada vez más una manera de ser que nos permita dar testimonio del Ser en la vida cotidiana.

De esta manera, el doble origen del hombre está abierto a la experiencia, que representa el origen, la promesa y la tarea fundamental del hombre, cuya base es la experiencia del Ser y el ejercicio iniciático del camino que es la verdad y la vida del hombre "despierto". Me da la impresión de que ha llegado el momento de que el Occidente se despierte a una experiencia del Ser y a una práctica de la Vía, que no es un privilegio del Oriente sino que, por el contrario, puede llegar a ser la oportunidad y la condición humana de una religión viva.

A.G.: *¡Grandeza y decadencia del hombre! Grito de alarma y canto de esperanza al mismo tiempo... es el resumen de su mensaje.*

Sin ser masoquistas, hay que reconocer que el hombre actual está enfermo... Se ha adaptado de tal forma al mundo que lo mejor de él mismo se encuentra en un callejón sin salida. El dominio de las ciencias, de la técnica y de la organización lo han hecho cautivo de este mundo "terrestre", en tanto que su realidad profunda, absoluta, "celeste", está más allá del espacio y del tiempo en el que se ha encerrado. Un más allá, sin embargo, que no está en ningún lugar que no sea en su propio fondo. "El Reino de Dios está dentro de vosotros", dice el Evangelio.

G.D.: En el preciso momento en que el hombre cree estar en su culmen, cegado por sus éxitos externos y la promesa de sus posibilidades futuras, nunca ha estado efectivamente tan alejado de la verdad de la vida y de su madurez personal. Su yo "mundano" hipertrofiado lo ha seducido hasta tal punto que se considera la única fuente de conocimiento, el conoci-

miento objetivo. Pero ese yo es el principio de la gran escisión interior. Dentro de él la unidad del ser se divide en dos: puesto unilateralmente en el polo exterior y racional, ahoga la realidad profunda y lo separa del Ser.

A.G.: *Este es el origen del descontento, de la nostalgia y de sufrimientos inexplicables, la causa de muchas enfermedades y perturbaciones psíquicas, la pérdida de hasta el sentido de la vida. ¡Pero ese es el resultado de una historia que es tan vieja como el hombre!*

G.D.: ¡Vieja y a la vez más actual que nunca! Estamos hablando del pecado original. El hombre quiere convertirse en dios por sus propios medios y para conseguirlo come los frutos del Arbol del Conocimiento, del Conocimiento Voluntario y objetivo. Dice: "Yo soy yo" o, peor todavía: "Quiero seguir siendo lo que soy". Y eso empieza muy pronto, aproximadamente a la edad de tres años, cuando el niño dice por primera vez: "¿Qué es eso?" y: "a mí, yo...". Ese es el momento en que se rompe la unidad, que no tiene diferencias con lo divino y cuando el hombre se afirma progresivamente en la autonomía separada por su ego.

A.G.: *El distingue el bien y el mal, como dice la Biblia, cae en los opuestos y se fabrica una ideología en la que se proyecta. Habiendo cortado con la Vida, que está por encima del dualismo, desgarra la imagen de Dios que habita en él y se crea un comportamiento a su propia imagen...*

G.D.: Ese es el pecado que detiene la vida que no conoce detención. Al apegarse a algo y a sí mismo, el hombre se establece de repente en una realidad estática opuesta a la Vida que no conoce detención. Se encierra en el universo petrificado de los conceptos, de los pensamientos, de las famosas categorías de Kant: el tiempo, el espacio, la identidad y la causali-

dad. A partir de esa consciencia objetivizante, se pone fuera de la realidad primaria, de la verdadera Vida. Entonces "la muerte se convierte en el rescate del pecado", en este sentido en que el hombre se sitúa en otro plano, da la espalda, por así decirlo, a su patria original y se encuentra en el exilio. Al mismo tiempo, la muerte última aparece como una respuesta espantosa para el que vive al abrigo de sus propias seguridades.

A.G.: *Sonrío al pensar en la pequeña parábola del escarabajo que se encuentra un día con un ciempiés.*

"¿Cómo haces", preguntó el escarabajo, "para levantar siempre en el momento preciso la pata número veintisiete y poner la ochenta y nueve sin equivocarte nunca?".

El ciempiés, totalmente sorprendido por semejante pregunta (tan intelectual), se pone a reflexionar... y se queda paralizado, incapaz de avanzar.

Pero, seamos serios. Un monje del siglo VII, San Andrés de Creta, dijo que "el hombre es idólatra de sí mismo". Es una de las mejores definiciones de nuestra decadencia original. La fuerza que le orientaba hacia su Ser esencial, que es el mismo fondo de su naturaleza de hombre, lo ha desviado hacia su pequeño yo y, al hacer esto, se separa de su Origen de Vida y lleva una existencia contra natura. Vive en la mentira de sí mismo, rechaza sin cesar su sed esencial y avanza "a tumba abierta". Su vida es una muerte y lo que hace vicia todo en el "origen", se desintegra y desintegra el universo con él. Se trata del pecado original. Esa alienación interior la experimentamos todos los días. Pero esa situación de muerte tenemos capacidad para transformarla en situación de resurrección. ¡La metamorfosis es posible, es la meta de todo su trabajo!

G.D.: En el fondo, el hombre sigue siendo el niño del paraíso.

A.G.: *"Adán, ¿dónde estás?", no deja Dios de llamar a lo más profundo del corazón del hombre.*

G.D.: Pero "ya no tiene oídos para oír". Impulsado por sus ideas, sólo escucha al Dios de los filósofos y cierra la puerta al Ser que sigue llamándolo y buscándolo. Pero el pecado original es también la suerte original del hombre, que le permite darse cuenta de lo Divino. La finalidad de la vida va a ser, pues, reencontrar su sentido profundo, pues no hay madurez humana sin la fusión de los dos polos. La unión del hombre con su fondo profundo, gracias al cual se despierta al Ser y le permite manifestarse en la existencia, es el eje alrededor del cual debería gravitar toda nuestra vida. Sin eso no hay verdadera educación ni medicina seria y cualquier otra pesquisa que pretenda ocuparse del hombre está abocada al fracaso. Solamente esta unión del yo existencial con el yo esencial, que tiene en cuenta toda la dimensión del hombre, lo lleva a su plena madurez y da sus frutos, siendo el más importante de todos ellos el poder decir "soy", en el más amplio sentido de la palabra. Del fruto del "yo" y de su desarrollo depende la relación del hombre con el mundo, consigo mismo y con la Trascendencia. Al principio y al final, en el origen y en la evolución de toda la vida, se encuentra el "soy" trascendente. En el corazón de todo lo que es, el hombre presiente secretamente ese gran "soy" del que proviene y al que regresa cualquier vida. Cada ser está llamado a llevar a cabo, a su modo, ese "soy" divino, que pretende expresarse en modalidades tan variadas y diversas como criaturas hay en el universo.

A.G.: *Nosotros sospechamos su Presencia, como Moisés ante la zarza ardiendo; pero no la reconocemos hasta que nos hemos quitado, como él, las sandalias de nuestro yo... ¿No cree usted que ese es el deber más importante para el hombre de nuestro tiempo?*

G.D.: Sí, hoy lo más importante es el redescubrimiento del hombre esencial. Se trata de liberar al Espíritu Santo en nosotros mismos y de tomar en

serio el pecado original, no como una historia del pasado, sino como el único pecado que no se deja de cometer. Es vital volver a descubrir la esencia de la sustancia condicionada, lo no condicionado en lo condicionado.

El sufrimiento del hombre se debe a que es extraño para sí mismo. Ese es el más profundo de sus males...

A.G.: *El más personal y el más universal.*

G.D.: ¡Exactamente! Pues el pecado se ha hecho colectivo, a raíz de lo cual (estoy hablando ahora de la Occidental) la civilización no ha desarrollado más que un polo del ser humano y ha sacrificado el otro. El hombre está siempre llamado a una doble misión: reconocer y dominar el mundo en que vive es la obra para la que necesita eficacia o eficiencia pero, al mismo tiempo, es vital que madure en el camino interior. El fruto de esa madurez será la persona transparente a su ser esencial, cuya existencia testimoniará.

Es un hecho que la civilización occidental ha descuidado totalmente ese aspecto. Hoy todavía, el hombre, en el sentido profundo de la palabra, no tiene un lugar en la educación. Se empieza ya en la escuela: todo está organizado, el niño no tiene ninguna libertad de creación; muy pronto tiene que procurar sacar buenas notas, so pena de no poder acceder jamás a una escuela superior o a la universidad. El niño un poco lento, soñador, que se inclina sobre su trabajo de forma casi meditativa, no tiene ninguna posibilidad. Sólo merecen atención el aplicado, el sabihondo y el rápido.

La formación universitaria, la medicina por ejemplo, no da, a lo largo de los años, ningún curso sobre el ser humano. Todo se enfoca hacia el cuerpo. La mayoría de los médicos de nuestro tiempo basan su saber en una fisiología o, como mucho, en una psicología...

Un famoso cirujano alemán dijo una vez: "Nunca he encontrado un alma en todas mis operaciones". Pero todo llega... en los hospitales supramodernos hay alguien que está en el camino y que empieza a bloquear el desarrollo de toda esta técnica: ¡el enfermo!... Sólo él tiene todavía deseos personales que no van con la organización de los "equipos", que han descuartizado al hombre en pedazos, necesitando cada uno una investigación particular. No se preocupan del ser humano... Es una caricatura, evidentemente, pero en cualquier caso va en esa dirección.

Lo mismo ocurre en la vida del Estado; es un conjunto de leyes, órdenes, obligaciones y organizaciones que dejan poca libertad al hombre.

La libertad del hombre queda reducida a la aceptación de la falta de libertad, ¡que no es en absoluto el proyecto de Dios para el hombre!

Es curioso, ya que ni siquiera la Iglesia se ha librado y se ha convertido en una organización de la que los teólogos, hombres de ciencia, han evacuado toda la mística...

A.G.: *Eckhart está condenado como hereje, Francisco de Asís sometido a una regla, Juan de la Cruz encerrado en prisión, Juana de Arco quemada viva... Luis Cognet, profesor del Instituto Católico de París, decía un día, con su seriedad habitual de fisgón científico, que podría escribirse el más apasionante de los libros sólo con las miserias infligidas por las autoridades eclesiásticas de todo tipo a los espirituales y a los místicos.*

Pero la teología no se convirtió en ciencia hasta la Edad Media y la ruptura se consumó con el Renacimiento. No obstante, la tradición ortodoxa nunca ha distinguido claramente entre mística y teología, entre la experiencia personal de los misterios divinos y el dogma afirmado por la Iglesia. El objetivo que dominaba constantemente el pensamiento de los Padres griegos era la deificación o la unión con Dios, a la que todos los cristianos debían acceder. La teología solamente servía a esta causa. No era una materia para diplomas y nunca invitaba a la carrera

universitaria, sino a la experiencia mística. La vieja tradición de la Iglesia ha dado el nombre de "teólogo" a tres escritores sacros: San Juan, el más místico de los cuatro evangelistas, San Gregorio Nacianceno, autor de poemas contemplativos, y San Simeón, cantor de la unión con Dios...

G.D.: Ahí está el verdadero sentido de la teología, que debe permanecer como un camino iniciático, entendiendo por "iniciático" abrir la puerta al misterio. Este camino debe desarrollarse en Occidente con sus dos polos: uno es la experiencia iniciática, que sólo merece este nombre en la medida en que el hombre se siente afectado por el ser esencial y llamado a ese desarrollo cuyo fruto es la persona, y el otro son los medios para llegar a la transformación. Repito que la cuestión más importante, en nuestro tiempo, para el hombre occidental, es abandonar esa visión de la vida dirigida unilateralmente hacia el dominio del mundo, de la existencia en el tiempo y en el espacio. Hay que comprender que la existencia no tiene sentido más que con el testimonio de la esencia, de la vida completa que es el Verbo, el Cristo interior y el Cristo universal presente en cada uno de nosotros, en todas las cosas.

Desgraciadamente... la educación, incluida la de los seminarios, desvía al hombre de su camino espiritual y de su realización verdadera hasta ahora.

A.G.: *Es importante tomar consciencia de que ninguna estructura nueva, ninguna revolución cambiará al hombre: un mundo nuevo no puede nacer más que de un hombre nuevo. Las generaciones jóvenes lo presienten en la actualidad. Estamos asistiendo a una desconexión colosal de la acción política, sobre todo en los Estados Unidos, por una riada hacia el alma totalmente anárquica, pero prometedora. Mayo del 68 fue el último intento de recuperación, por parte de la política y de los sindicatos, de lo que en realidad era un grito de asfixia del ser. Los hippies eran un signo que lo preconizaba. Después vino la droga y hoy*

la desbandada de las múltiples técnicas de liberación confirman esta hipótesis. En el propio seno de la Iglesia, más allá de las desviaciones denunciadas, se inicia el retorno a las fuentes...

G.D.: ... porque el hombre se da cuenta de que es la tradición mística la que afecta a la verdad esencial. Por descontado que esta tradición no es capaz de fabricar aviones y de conquistar el espacio; pero, ¿no es la verdadera conquista del hombre conquistarse primero a sí mismo? El hombre de hoy ya no es el hombre de los tiempos modernos, sino el de los tiempos nuevos. Nos encontramos en la época del Espíritu Santo. Ha habido una época del Padre; después, la del Hijo y ahora entramos en la del Espíritu, en la que el hombre se hace independiente al descubrir lo Divino en su interior. ¡Es totalmente nuevo!

A.G.: *Malraux, que sin embargo era agnóstico, se constituía en el profeta del tiempo venidero. "El siglo XXI", decía, "será un siglo espiritual o no será". Sería interesante precisar un poco...*

G.D.: La edad del Padre, es la del hombre sometido a las órdenes, a las leyes de Dios Padre, reino del Padre que ha estado más o menos vigente en la Iglesia Católica. Luego, la edad del Hijo, que ya no es sumisión a las órdenes del Padre, sino el despertar al Amor. El Padre-Policía, que da miedo, se convierte en el Padre-Amor que el Hijo revela, con el fin de que pasemos de ser esclavos a ser hijos de Dios en libertad.

Hoy entramos en el tiempo anunciado por el propio Cristo: "Ya ha llegado para vosotros el momento de marcharme... os enviaré al Espíritu Santo". Es el descubrimiento del Espíritu en nosotros mismos lo que marca nuestro tiempo; me parece que es otro mundo, otro concepto para denominar la trascendencia interior. Y esa trascendencia incluso supera, reúne y concilia los opuestos. Si el Espíritu, el

gran Tercero de la Santísima Trinidad, es el que asegura la unidad del Padre y del Hijo, marca al mismo tiempo la unidad absoluta en la diversidad absoluta. Esta inmensa fuerza creadora, que está por encima de los opuestos y de la vida múltiple, es nuestra propia trascendencia interior. En cuanto ésta se despierta en nosotros, nos transporta a otro plano que se encuentra por encima del bien y del mal. Por ejemplo, la exigencia de amar a su enemigo que Cristo predicó: el yo racional no puede hacerlo, lo sabemos demasiado bien, es antinatural; entonces, para obedecer a esa petición sin romperse la cabeza, hay que situarse en el plano trascendente. Creo que hay siempre dos formas de comprender las palabras de Cristo: una exterior y racional, y otra interior, experimental y transformante. Me parece que Cristo ha tratado siempre de despertar en nosotros ese plano de la trascendencia que está por encima del bien y del mal.

Eso tiene también mucha fuerza en el mandamiento: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Como a ti mismo, en un cerebro natural, presupone amarse mucho a sí mismo y esforzarse un poco por amar al prójimo de la misma manera; es una explicación natural y moral al mismo tiempo... Pero Cristo quiso otra cosa totalmente diferente, creo yo: "ama a otro en tanto que es tú mismo", es decir, que hay que encontrar en el otro su propio Ser esencial, Cristo. No hay más que una esencia y creo que, desde que se abre en nosotros el ojo espiritual o trascendente, vemos en el otro lo que somos nosotros mismos en nuestra esencia. Entonces es cuando hay un verdadero encuentro de dos seres conectados en su ser esencial, encuentro de esencia a esencia, encuentro con Cristo. Por eso dijo Jesús: "Si dos o tres se reúnen en mi nombre, yo estoy en medio de ellos". ¡Es El el que habla en los tres!.

A.G.: *Dado que las palabras de Cristo se han comprendido con demasiada frecuencia desde el exterior,*

nuestras relaciones son superficiales y el encuentro verdadero de dos personas es rarísimo. Uno encierra al otro en su papel...: el médico no ve en el enfermo más que un caso; el profesor no ve en el alumno más que un cociente intelectual; el patrón en el obrero, un elemento rentable; el sacerdote en sus fieles, ovejas negras... Lo utilitario y lo funcional domina nuestras relaciones en la mayoría de las ocasiones, incluso a veces en nuestras relaciones más íntimas, como la pareja o la comunidad...

G.D.: Este plano existencial precisamente es el que Cristo nos invita a trascender, y nuestra actitud entonces cambia completamente. En los ejemplos que acaba de citar, tomemos el de la medicina... El médico recibe a un paciente... Entra en su problema y poco a poco ya no es la enfermedad lo que le preocupa, sino el enfermo. Y he aquí que se encuentra frente a un ser humano, en otro plano, no en el de la medicina, sino en el del terapeuta. El conocimiento se hace cada vez más profundo: ya no hay superior ni inferior, sino dos personas que se encuentran en la igualdad y en la verdad, más allá del caparazón existencial. Entonces se manifiesta en la relación un tercero... el Gran Tercero, que es el que en la actualidad lleva el diálogo y, por su Presencia, los problemas se desvían hacia otro Medio de resolver las dificultades.

A.G.: *Pocos son los médicos que, en nombre de esa experiencia, se atreven a decir a su enfermo: "Soy yo el que lo curo, pero es Otro el que lo sana..."*

¡Qué cambio se produciría si esta forma de vivir la relación se introdujera entre los esposos, en la familia, en las comunidades, en el colegio, en la política!...

(3,7,13)

III

CIELO Y TIERRA: DOBLE ORIGEN DEL HOMBRE

ALPHONSE GOETTMANN: *Usted acaba de esbozar una nueva imagen del hombre; rompe de alguna forma las estructuras habituales del pensamiento y lo despoja de todas sus seguridades exteriores, para prepararse un camino hacia una experiencia personal y auténtica del sentido íntimo de su vida. Usted grita ¡fuera las máscaras!, ¡ya está bien! El carnaval del personaje ha terminado... ¡Estamos en la hora de la Persona! En el seno de esa tragicomedia en que vive el hombre de nuestro tiempo, usted propone su antropología, ¿podría hablarnos un poco más sobre eso?*

GRAF DÜRCKHEIM: Hay dos clases de antropologías. La de los universitarios, que estudia la evolución del hombre desde sus orígenes hasta el advenimiento del conocimiento conceptual de hoy y ve al hombre como una realidad objetiva compuesta de tres polos: el cuerpo, el alma y el espíritu. En ella se desmenuzan sus dones y facultades así como las diferentes etapas de su evolución, como las describe tan bien Jean Gebser: el estado mágico, el místico, el mental, etc. Pero esta visión no se inclina hacia el hombre que sufre, que busca la alegría, el placer, que en realidad busca la felicidad. En ella no se ve al que busca un sentido a su vida, al que ama o al que odia,

al que quiere vivir o matar, el hombre interior no existe... La cuestión del ser y del futuro del ser humano se les escapa.

Mi antropología concibe al hombre como ser consciente de sí mismo que, en primer lugar, sufre por no ser lo que El es en realidad. Se trata de un hombre que ha desarrollado en exceso su "yo" existencial y un buen día debe aprender a trascenderlo para volver a encontrar su raíz más profunda. Podríamos decir que el hombre evoluciona a través de tres clases de "yo":

—El "pequeño yo", que no ve más que el poder, la seguridad, el prestigio, el saber...

—el "yo existencial" que va mucho más allá. Es el yo que quiere dedicarse a una causa, a una obra, a una comunidad, a una persona... Sabe superar muy bien el egocentrismo y por ahí es por donde, en mi opinión, hace su entrada en el ser humano.

—Y, finalmente, lo que yo llamo el "yo esencial", el hombre que dice "yo".

A.G.: *¿Qué es el "yo esencial"?*

G.D.: Es el núcleo con el que el hombre participa en la realidad sobrenatural del Espíritu divino universal. El Ser esencial es lo absoluto que hay en el hombre, la fuente de su libertad de persona, en la que se expresa lo Divino de forma individual y particular dentro del mundo espacio-temporal. Cada hombre debería poder decir como San Pablo: "No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí"; pues la experiencia del Ser esencial es la experiencia de Cristo presente en nosotros y la unión que se efectúa en ese momento debe ser como la de "los sarmientos y la cepa".

Para mí, pues, la antropología que parte del ser consciente es una antropología de la persona. Habría que añadir a esta concepción la ley que el hombre lleva dentro de sí y de la que habla Cristo cuando

dice: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida". Esta frase es válida para todas las cosas vivas: la flor es en sí misma su vida, su camino y su verdad. Lo mismo sucede con el hombre; en su núcleo esencial contiene su vida y su verdad, que no se realiza más que en la medida en que ese núcleo esencial se convierte en la ley de su porvenir. Dicho de otra forma: la imagen original del hombre es su camino innato ("das Inbild ist der Innenweg"). El camino que sigue una flor desde la semilla hasta el brote y finalmente hasta el fruto es la realidad de la imagen interior puesta en funcionamiento. Ese camino tiene una serie de etapas predeterminadas, que ya estaban contenidas en la semilla, cuya puesta en movimiento es la vida de la flor y su verdad. El camino es, por consiguiente, la ley del devenir y caminar sin parar es la verdad del ser y de la vida. Así, cuando Cristo dice: Yo soy esto o lo otro, dice algo que es una Ley universal. La toma de consciencia de este Principio universal nos impulsa muy lejos en la profundidad del conocimiento que tenemos de nosotros mismos.

A.G.: *Ese conocimiento que tenemos de nosotros mismos desemboca finalmente en la experiencia de un Absoluto, aunque primero es neutro. Después, se descubre la cara de Cristo como su Centro interior. Sin esta experiencia se cae en el mito o se repite lo que se ha aprendido en los libros y de lo alto de los púlpitos...*

G.D.: No se tiene un conocimiento experimental vivido de ello. Cuando Cristo dice: "Nadie llega al Padre más que a través de mí", el cristiano se hace fácilmente una idea intelectual basada en conceptos, objetivizante por lo tanto, y va a buscar a Cristo en el exterior con no sé qué imaginación. Pero en realidad Cristo invita al hombre a salir del horizonte de su yo existencial, a zambullirse en su Ser esencial, que es el propio Cristo, para encontrar con él y en él al Padre...

A.G.: *... que es el Origen, la Fuente interior.*

G.D.: Es la Realidad en la que nos sentimos vivos y seguros, en la que descubrimos el Amor. Evidentemente, eso no quita nada a lo que cree el que "no tiene todavía oídos para oír", como dice Cristo. Sin el oído interior estamos limitados a creer en nuestro desarrollo espiritual, hasta el día en el que se atraviesa el horizonte de ese conocimiento y nos encontramos de pronto en otro plano; entonces es cuando se abre el oído de la fe...

A.G.: *El drama es que la creencia es de orden intelectual y, por consiguiente, no transforma a la persona.*

G.D.: ¡No! No la transforma. La creencia permite precisamente hacerse un hombre bueno en sentido de los fariseos o en el de la ética.

A.G.: *Es moral.*

G.D.: Eso es... es el resultado de una pequeña tradición que ha formado a seres "como debe ser". La fidelidad a la experiencia se ha convertido en sumisión a una norma de vida y a un conjunto de leyes impuestas por la comunidad de la que se forma parte.

A.G.: *En el fondo ese cristianismo no ha hecho sino cambiar de leyes y muchos viven todavía basándose en Moisés y hacen de Jesús un legislador perfeccionado. En ese caso yo no hablaría siquiera de comunidad, que supone precisamente la fe y un dinamismo interior, sino de colectividad, en la que el comportamiento de cada uno está pensado, previsto y organizado desde el exterior y desemboca no en la experiencia, sino en la acción socio-política.*

G.D.: Podemos ver fácilmente hasta qué punto el cristiano se identifica con su creencia... especialmente los religiosos. El cristiano tiene un sentimiento de culpabilidad e inmediatamente tiene miedo a verse condenado a no sé qué si se toma la libertad de deshacerse de una vez por todas del gran peso de las

normas aprendidas desde su juventud y confía en lo que siente profundamente dentro de sí: la voz interior... El otro día recibí carta de una madre superiora, de edad avanzada, que me escribe: "Soy feliz porque he encontrado por fin en mí misma el permiso para buscar la realidad divina que habita en mí y el yeso va cayendo pedazo a pedazo". ¿Qué es ese yeso sino una creencia dictada por la Iglesia?

Neumann, el sucesor de C.G. Jung, ha escrito un libro sobre *La psicología de la profundidad y la nueva ética* en el que habla del bien y del mal y de la consciencia: El hombre que forma parte de una comunidad y la tiene en su sistema, lleva su presencia en la consciencia que tiene del bien y del mal. La pertenencia a su comunidad reduce al miembro a un conocimiento del orden de las leyes y de las virtudes. Su estado de miembro representa la vida de la comunidad presente en él. La voz de la conciencia en el miembro de la comunidad es la presencia de la comunidad en el miembro.

A.G.: *Respecto a esto, se está iniciando un giro serio tanto en los filósofos y sociólogos como en los científicos. La contundente frase que Friedmann aventuró tras cuarenta años de reflexión: "No se puede espiritualizar, salvar a este mundo, en definitiva, sin regresar al individuo, sin un esfuerzo sobre sí que salga del hombre interior" encuentra hoy un eco cada vez mayor. Pienso en 'La gnosis' de Princeton o en las famosas tesis de Schumacher; es cierto que Jaspers, Mounier, Einstein y algunos más ya eran "profetas" en ese sentido medio siglo antes...*

G.D.: ¡Entonces, nuestro tiempo nos exige dar un salto extraordinario! El psicólogo Neumann se sitúa en efecto en ese punto de mira... Con qué audacia incita al hombre a escuchar "la pequeña voz interior" que le susurra a veces que haga otra cosa totalmente diferente a lo previsto por la comunidad, con riesgo de herirla, incluso de abandonarla; el valor de decir "¡No!" y de sentirse fundamentalmente libre...

En ese momento, "la vocecita interior" representa la presencia del Ser. Por una parte está la consciencia relativa que se encuentra repleta de exigencias de la comunidad y, por otra, la consciencia absoluta que es la expresión del Ser y que exige en ciertos momentos una infidelidad a lo que pide la comunidad. Es sorprendente ver a Cristo decir a un joven que quería unirse a él después de enterrar a su padre: "¡Deja que los muertos entierren a los muertos!". ¡Qué escándalo! Cristo exige de este hombre un comportamiento absolutamente imposible en la ley de la tradición judía, según la cual enterrar a los muertos era un deber sacrosanto. Al seguir a Cristo, el joven traiciona a su comunidad...

A.G.: *Cristo destruye el orden establecido con sus invectivas contra los fariseos y trastoca las consciencias para ponernos frente a lo absoluto. Algunas de sus palabras son, como él mismo dijo, como una "espada" que corta lo que más queremos: "He venido a separar y a levantar al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, a la nuera contra su suegra, y el hombre tendrá como enemigos a las personas de su casa. El que quiere a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí, y quien ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí". Es inhumano e imposible para la "consciencia relativa" de la que habla usted.*

G.D.: Eso existe... Yo lo he vivido... Fue cuando regresaba de la guerra del 14, después de cuatro años de frente. Alemania se encontraba en una situación bastante curiosa... Todas las tradiciones estaban amenazadas por el comunismo, el gran peligro de aquella época. La Renania era la más afectada; con el resto de los soldados que todavía permanecían fieles, se formaban pequeños batallones para ir a combatir a los comunistas. Como oficial que era, yo había constituido uno de esos batallones y preparado la ofensiva. Y, mira por donde, me despierto por la noche y oigo la "vocecilla" que me dice: "Ya no seguirás sien-

do soldado, ese tiempo ha terminado, no saldrás con tu regimiento". Esta voz resonaba con tal aplomo que no se podía sospechar ninguna contradicción. ¡Situación totalmente imposible para un oficial! Estaba comprometido por mi juramento de militar y, sin embargo, otra voz me aconsejaba que lo traicionara... Me presenté a mi superior y le dije: "¡No saldré, me quedaré aquí, no hay nada que hacer, para mí se acabó el ser militar!" Tuve la suerte de encontrarme frente a un coronel a cuyo lado había combatido en el frente en momentos muy peligrosos. Me conocía y sabía que no era el miedo lo que me guiaba, sino la obediencia a algo absoluto que había en el fondo de mí mismo. Me miró fijamente a los ojos y permitió que me obedeciera a mí mismo... ¡Pero podía haber reaccionado de otra manera!...

Un año después tenía la segunda experiencia de la consciencia absoluta... Como primogénito me tocaba heredar la propiedad familiar de Steingaden. Se trataba del castillo y de las tierras de los condes de Dürckheim... Estaba atravesando un período de dudas y una mañana me desperté otra vez con esa certeza inquebrantable: "No debes hacerte propietario ni terrateniente: tu camino está en otra parte...". Frente a esta toma de consciencia, estaba la vieja tradición de mi familia, que también se me pegaba con fuerza a la piel: ante todo, los lazos profundos que me unían a mi padre, a quien no podía hacerle eso y, finalmente, mi tierra natal, a la que estaba apegado con todas las fibras de mi ser... Pero, una vez más, no había ninguna duda, la consciencia absoluta había hablado, debía romper esos lazos y seguir mi propio Camino...

La consciencia absoluta es un brote de la fuerza creadora y trascendente que hay en nosotros. Es un arma contra todas las necesidades exteriores, nos libera de todo conformismo, de los tabús morales y de las prácticas tradicionales impuestas por las creencias.

Nos encontramos sobre una tierra nueva que no

tiene nada en común con el mundo antiguo. Todo es diferente y, sin embargo, familiar para el que entra en ella: su comportamiento, sus relaciones, su manera de conocer, la cualidad y el sentimiento de todo lo que toca o coge. Se ha quitado el antifaz de un mundo cerrado para entrar en el vasto dominio de la libertad, donde vivir es hacer saltar todos los sistemas de seguridad y, algunas veces, desobedecer el orden establecido o incluso abandonar las relaciones superficiales que impiden el contacto con el Ser. Es, en parte, el primer paso de regreso al exilio.

"Su reino no es de este mundo", allí donde vive todo es movimiento, brote, revolución permanente, nunca hay detención ni punto de llegada. El hombre despierto es un foco de disensión, no soporta los sistemas establecidos más que si se mueven y traen el cambio, combate todo lo que estanca el futuro.

El camino hacia el Ser es peligroso, sorprendente, desconocido para todos, empezando por el que lo emprende...

A.G.: *Le escucho con una sonrisa emocionada, pues mi esposa y yo también nos hemos comprometido en ese camino. Estábamos divididos entre las leyes morales, los dramáticos "Eso no está bien", "Eso no se hace", "No tienes derecho", las incomprensiones por todas partes... y la poderosa llamada procedente de otra consciencia. Pero nada ha podido hacer callar a la "vocecita", siempre presente en el fondo de nosotros mismos, y nuestra determinación de seguirla hasta el final...*

G.D.: ¿Así es como habéis encontrado vuestro Camino?

A.G.: *Sí. Camino que nos ha llevado a la Iglesia Ortodoxa de Francia, en cuyo seno podemos vivir nuestra fe en toda la plenitud de sus raíces bíblicas, patriartísticas y litúrgicas.*

G.D.: He conocido bien al fundador de la Orto-

doxia francesa, Monseñor Jean de Saint-Denus. Al tratarlo observé que había una tradición diferente y algo formidable para descubrir. Monseñor Jean era un ser lleno de humor, con una risa muy comunicativa. De él emanaba un rayo prodigioso y una fuerza poco común...

A.G.: *Nosotros lo consideramos como uno de los más grandes teólogos de nuestro tiempo, no abstracto, sino siempre en contacto con el mundo sobrenatural, genio humano y visionario a la vez. Su intuición era que la restauración de la Ortodoxia primitiva en Occidente sería sin duda uno de los acontecimientos más importantes del siglo XX. ¿No está la esperanza de todo verdadero ecumenismo en el redescubrimiento de la gran Tradición común a todas las confesiones cristianas?*

Debo expresarle aquí todo mi agradecimiento por haberme empujado poderosamente con su presencia y su enseñanza a tomar ese camino...

G.D.: Es Cristo el que vino a revelarnos que no somos siervos de un Dios lejano ni estamos sometidos a un potentado exterior, sino hijos de un Padre, llamados a despertar a las fuentes vivas del Espíritu divino presente en ellas, en su esencia.

A.G.: *Acabamos de concretar "la vocecita" con ejemplos siempre excepcionales; pero, ¿qué es de ella en la vida normal?*

G.D.: El que tiene "oídos para oír" puede percibirla en cualquier momento, hasta en las más pequeñas situaciones. Por ejemplo: sentimos la necesidad de meditar, de sumergirnos en la profundidad de nosotros mismos y, al mismo tiempo, hay una carta que escribir a una persona que sufre. Los dos exigen nuestra presencia y nosotros hacemos la distinción entre la llamada del ser y la llamada de la existencia... ¿Qué hacer? Uno se decide por meditar y se manifiesta de repente otro centro frente al cual uno

se siente responsable de la decisión que acaba de tomar. Quizá es ese centro el que dice: "Esta vez habrías obrado mejor escribiendo esa carta y respondiendo a una exigencia de tu ser esencial". Existe ese "yo", cuya consciencia está por encima del ser esencial y del ser existencial como fuente de conocimiento y que está llamado siempre a unificar más esa doble polaridad del ser humano. Es un "yo" misterioso del que nunca ha hablado ninguna psicología y que distingue entre el ser esencial y el ser existencial, admite o rechaza el impulso procedente de uno u otro. El que emprende el camino de la iniciación desarrolla en él antenas que le permiten captar la menor entonación de esa vocecita y seguirla...

(5.7)

IV

LOS CINCO SENTIDOS: VENTANAS A LO INVISIBLE

ALPHONSE GOETTMANN: *En el campo de su existencia, el hombre se descubre progresivamente bajo múltiples facetas. Por un lado, están las cosas vanales, cotidianas, visibles y, por otro, las que quizá lo son menos y que, a veces, nos parecen extrañas o misteriosas. Las primeras son palpables y caen por su peso, pero las segundas son menos evidentes. ¿No nos arriesgamos a hablar demasiado deprisa, a comentar lo que no conocemos e incluso a dar crédito a una creencia que no hemos comprobado? En el fondo mi pregunta es brutal: ¿qué es lo que le permite afirmar que existe un ser esencial?, ¿cuáles son las pruebas, si las hay, y cómo se manifiestan?*

GRAF DÜRCKHEIM: ¡Pregunta central! Toda mi enseñanza gira en torno a la pretensión de afirmar que existe un ser esencial. No se trata, en absoluto, de una realidad que existe en el hombre y en la experiencia que tiene de sí mismo.

Sería ridículo negar el mundo y atribuirlo a la imaginación, como hacen ciertas filosofías religiosas, para decir que no hay más que esa realidad interior... ¡Ciertamente, no! Pero el mundo en el que el hombre se halla es el mundo del hombre, es decir, nosotros percibimos lo que nos rodea en función de lo que somos. Le transmito, a este respecto, una reflexión de

un filósofo ruso que dice que para ver movimiento en el cine se necesitan diecinueve exposiciones por segundo. Por segundo, o sea, una pulsación. Imaginemos entonces un ser cuyo pulso lata mil veces más rápido y otro mil veces más lento. Para el primero, un movimiento muy rápido sería algo que apenas se mueve, mientras que para el segundo lo que apenas se mueve parecería un movimiento rápido. Dicho de otra forma, para uno el ritmo día-noche sería una sucesión vertiginosa de negro-blanco, negro-blanco, negro-blanco..., así serían sus días. Por consiguiente, el mundo, tal y como nosotros lo concebimos, está totalmente en función de la estructura de la consciencia humana. Nosotros consideramos las cosas creyendo que son tal como se nos presentan; pero, en realidad, sólo existen en función de nosotros, de nuestra consciencia: una mosca, por ejemplo, tiene una sensibilidad completamente distinta a la nuestra. Estamos perdidos si queremos reflexionar sobre la realidad sin tener en cuenta al hombre...

Pero volvamos a la existencia del hombre. Hay dos formas de hablar de la realidad:

—La primera es la de la ciencia, que habla de una realidad objetiva, de la que son capaces de decir algo solamente en la medida en que eliminan la experiencia del hombre, la experiencia sensorial cualquiera que sea. La experiencia del hombre se ve sustituida por la fotografía o por otra cosa. Hay, pues, una realidad objetiva que se puede probar, que está ahí, por fuera, en el tiempo y en el espacio. En París hay un río que se llama Sena, esa es una realidad objetiva que se puede ir a ver. Es la realidad científica que el hombre puede vivir mediante una experiencia exterior.

—En segundo lugar, hay una realidad interior que se experimenta por dentro: la alegría, el dolor, el sufrimiento, el placer... Esa es la realidad de los sentimientos, que solamente es subjetiva para la ciencia y de la que ésta desconfía. Pero, en esa realidad

que el hombre siente interiormente, hay grandes diferencias: por un lado, están las experiencias que forman parte todavía del hombre natural, como sus instintos, sus deseos, sus facultades, etc., que proceden de todo un campo de experiencias naturales exteriores e interiores.

Pero, por otro lado, el hombre es capaz de experimentar, de vez en cuando, algo excepcional relacionado con todo lo que precede, algo extraordinario, fuera de lo corriente. En ese caso, se trata de una realidad que, al parecer, sobrepasa los límites del hombre normal en todos los planos, una realidad trascendente...

Igual que en las ciencias debe darse lo que se llama el "consensus omnium", la equiescencia de todos sobre el resultado obtenido y la posibilidad de que lo reconozca cada inteligencia, en el terreno de la trascendencia sucede lo contrario: el círculo de los que "saben" disminuye...

A.G.: *¿No estamos asistiendo a un gran vaivén? Tras la conquista del espacio, ¿no vamos ahora a dedicarnos a conquistar la trascendencia? El entusiasmo es grande en este sentido; pero la anarquía total...*

G.D.: Nuestro tiempo se ocupa de dos tipos de trascendencia. La primera representa capacidades o poderes extraordinarios que permiten al hombre traspasar las fronteras normales de lo que sabe hacer, como la telepatía. El materialismo soviético no quería saber nada de todo eso; pero, desde el día en que un oficial pudo conversar desde su submarino con un astronauta, han cambiado las cosas. Se ha hecho venir a expertos en telepatía para entrenarse. Hoy sabemos que una coneja que se encuentra en América siente una fuerte conmoción cuando a miles de kilómetros, en Europa, se mata a uno de sus hijos. Igualmente, sabemos que las plantas reaccionan a la actitud espiritual del hombre que las cuida o no las cuida. Se ha fotografiado el aura de algunas plantas y se ha visto

muy viva y sensible al amor de los hombres que las rodean...

Aparentemente, hay conexiones en todo lo que está vivo y, si se saben ejercer conscientemente, se adquieren dones trascendentales y todos esos fenómenos que hoy llamamos "psi". Pero se trata de una trascendencia exterior, algo que trasciende el horizonte normal del hombre hacia el exterior. El hombre sabe hacer cosas fuera de lo normal. También se ha hecho con la memoria: por ejemplo, uno puede llegar a recordar su nacimiento e incluso el momento de su concepción. En Francia hay un equipo de psicoterapeutas que curan ayudándose de este método. En Alemania se practica la terapia de la reencarnación, en la que se descubren sus anteriores vidas...

Todo eso es muy interesante, pero no guarda ninguna relación con la segunda clase de trascendencia, que tiende al desarrollo del hombre integral como ser humano y espiritual, es decir, a la deificación.

En la actualidad, se habla mucho de la expansión de la consciencia. Es como si se abriera un cáliz enorme hacia el infinito, que cada vez se ensancha más, cada vez llega más lejos: es la consciencia expandida. Pero me da la impresión de que el movimiento que hay que hacer es precisamente el contrario: bajar cada vez más, siempre hacia el lugar en que no hay nada que descubrir, y es posible que allí se descubra un grano de arena que, en el fondo, representa lo único que importa... ¡Es muy sencillo! "Una sola cosa importa". Estas palabras de Cristo están adquiriendo un gran valor en nuestros días, en los que el hombre sólo pretende hacer, hacer y volver a hacer cosas extraordinarias. Hay que meditar sobre el encuentro de Cristo con Marta y María. Cuando Marta, "absorta en los múltiples trabajos de la casa", le pide a Cristo que le diga a su hermana, sentada a sus pies, que le ayude, él contesta: "Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas y, sin embargo, hacen falta pocas, incluso una sola. María es la que ha elegido lo mejor: nadie se lo quitará".

Ahí está, pues... se trata ahora de explicar esa única cosa que interesa cuando se habla de la experiencia de lo divino, de la experiencia del Ser. Usted me pregunta qué es lo que me da derecho a hablar de una experiencia que nosotros llamamos experiencia de lo trascendente.

A.G.: *Sí... su distinción entre una trascendencia exterior y una trascendencia interior me parece que aclara bastante. La profusión de experiencias actuales, a las que ya he hecho alusión, nos lleva, sobre todo, a esa trascendencia exterior que no pasa del plano objetivo de poder desarrollar las facultades y, en vez de transformar al hombre en toda su dimensión, corre, más bien, el riesgo de romperlo. No se trata, en todo caso, de un camino espiritual, sino de la ampulosidad del yo mundano y de su tren habitual: tener, saber, poder... La trascendencia interior que hace de nosotros criaturas nuevas es de un orden completamente diferente, escapa a nuestros cálculos y reglas de medida, sus coordenadas son radicalmente diferentes. Entonces, mi pregunta se dirigiría a esa trascendencia en la que nadie puede meter la mano: ¿cómo puede decirse que existe?, ¿de qué forma se manifiesta?*

G.D.: En primer lugar, hay que tomar en serio algunas experiencias del Ser. Estas son de dos clases: los pequeños "toques" del Ser y las grandes experiencias liberadoras. Dentro de cualquier realidad de este mundo, podemos sentirnos afectados por una realidad que no tiene nada que ver con él. Es otra dimensión que trasciende el horizonte habitual de nuestra consciencia. De pronto, nos sentimos cogidos desde el interior, por algo que guarda relación con lo que es interior y exterior, con el ambiente total de nuestro estado actual, una cualidad particular que se denomina lo "numinoso". Son momentos singulares en los que podemos presentir otra vida en nuestro interior y en todo lo que nos rodea: la del Ser esencial. El sentimiento que nos invade en estos momentos puede ser fascinante, liberador o aterrador; pero siempre

se siente en él la plenitud del Ser que nos atrae y nos seduce. Sin embargo, para abrirse a esa experiencia, siempre posible, lo primero que hay que hacer es adquirir una capacidad especial que oriente a toda la persona. En su consciencia sensitiva, el hombre encuentra entonces en todo un ser y no una cosa. Cualquiera que sea la forma del encuentro (un simple color, un sonido, un olor, un objeto cualquiera, un paisaje, incluso un concepto abstracto, etc.) el hombre se siente siempre interpelado por un "tú", a través de todo cuanto toca. Y reacciona a ese contacto automáticamente: le hace vibrar, le da alegría, le produce miedo o lo deja indiferente, se siente atraído o rechazado. Pero, cuanto más despierto está el yo profundo, más cambia la cara de cada "tú" que se encuentra, se profundiza y deja que penetre progresivamente en ese "tú" finito el "Tú" infinito, la luz del Ser Esencial. La vista y el oído del que ve y oye se transforma a partir de ese momento. Todo lo que viene a él está teñido de ese Hálito ligerísimo que, con todo, lo llama y lo colma.

Hay, por regla general, cuatro campos a través de los cuales el hombre experimenta lo numinoso:

En primer lugar, la gran naturaleza: hay pocas personas dignas de este nombre que no se hayan visto afectadas una vez en la vida por la naturaleza, el silencio del bosque, el murmullo del mar, el olor de los campos en primavera, las ondas que atraviesan un trigal o una noche estrellada... ocasiones todas para salirse del horizonte habitual y de los límites de la consciencia ordinaria.

En segundo lugar, toda obra de arte produce en el que tiene los ojos y los oídos abiertos algo que va más allá del aspecto natural, sobre todo en los momentos en que no basta la expresión "¡Es bonito!". Por eso, cada uno tiene sus cuadros o piezas de música que siempre le impresionan profundamente y le hacen sentir algo extraordinario.

En tercer lugar, el erotismo es también un terreno en el que el hombre puede verse trasplantado a

otro plano. La sexualidad tiene siempre que ver con la muerte. En el orgasmo, el hombre muere durante un instante para luego recuperarse. Ahora bien, en lo numinoso aparecen las dos cosas: la fascinación y el terror. Es la misma definición de lo numinoso que diera Rudolf Otto, gran especialista de lo sagrado. En el erotismo se viven esos dos momentos: el estremecimiento y la fascinación... uno se estremece porque siempre se tiene miedo a darse y, por tanto, a morir y se está fascinado por la vida nueva que transcurre en uno.

No se trata aquí de pornografía, ese goce vulgar en el que lo numinoso está ausente, el nivel animal que el hombre experimenta de vez en cuando. Hay que reconocer ese riesgo y admitirlo: la animalidad y lo divino van en el hombre codo con codo. Solamente tragándose al Diablo se puede dar a luz un Angel...

En cuarto lugar, aparece el culto, en el que estás invitado a arrodillarte física o interiormente, a deshacerte de todo lo que es "yo" y todo lo que es saber, para darte la libertad de impresionarte en lo que eres en tu profundidad. En este renunciar, que es humano y normal, es donde se abre una puerta por la que entra lo Divino. Maître Eckhart dice que basta con abrir la puerta, porque Dios está siempre delante y está dispuesto a entrar en cuanto tú salgas, ya que no hay sitio para los dos...

A.G.: *Esa es la verdadera pobreza en la que todo el ser se hace litúrgico. Cuando el "pequeño yo" se prosterna, entonces Dios reedifica al hombre y, como dice Maître Eckhart, Dios se convierte, al mismo tiempo, en el lugar en el que actúa y en la propia obra. Siempre es el mismo movimiento: el vacío llama a la plenitud...*

G.D.: Usted me recuerda la historieta del señor que decía: "¿Sabe?, he rezado durante toda la noche, he empujado y empujado intentando derribar esa puerta que me separaba de Dios, pues lo sentía tan cerca... Al final, me derrumbé cansado y, mira por

dónde, se abrió sola hacia mí. No tuve más que soltarla y entró Dios..."

A.G.: *Los padres de la Iglesia decían normalmente que nuestros cinco sentidos eran puertas que podían abrirse a lo invisible. Esta es la razón por la que ocupan un lugar en nuestra liturgia.*

G.D.: ¡Exacto! Esa es la impresión inmediata de una Vida que nos supera y siempre lo que supera los límites de una consciencia conceptual es lo que da esa importancia a las cualidades sensoriales en todos los cultos. En el principio de las liturgias, se produce el baile, el olor, el fuego y el canto... ¡Es muy natural! Hoy se está empezando a redescubrirlo. El protestantismo se ha hecho mucho daño al deshacerse de todo eso...

A.G.: *Los pastores, sobre todo los luteranos, se inspiran mucho actualmente en la antigua liturgia oriental de San Juan Crisóstomo, porque se dirige a la totalidad antropológica del hombre. No sólo debe deificarse el intelecto, sino toda la naturaleza humana: cuerpo-alma-espíritu. La liturgia la sumerge literalmente en un baño de gloria divina, es la fiesta para todos los sentidos que pueden ver, palpar, oír, saborear y oler el cuerpo de su Señor muerto y resucitado...*

G.D.: ¡Sí!, los sentidos, hasta hoy, están todavía para mí más cerca de Dios que los pensamientos o la consciencia racional. Con la cualidad de los sentidos no podemos engañarnos: son lo que son, ni más ni menos, nos afectan inmediatamente.

A menudo utilizo en mi enseñanza esa frase de los Padres que dice que nuestros cinco sentidos podían ser puertas abiertas a lo invisible. Eso se produce si se sabe permanecer en la sensación. Es cuestión de quedarse en ella sin moverse y permitir que la cualidad que nos impresiona atraviese la superficie de nuestras consciencias; con ello abando-

namos su presencia objetiva que, poco a poco, pasa a formar parte de nosotros mismos en nuestra profundidad: es el despertar a la trascendencia, cuya cualidad, vista desde el exterior, está fuera de nosotros...

La experiencia de una cualidad sensorial es algo completamente diferente a su concepto. El azul que se ve no es el azul que se distingue conceptualmente del rojo, pues, en cuanto uno se apropia conceptualmente de una cualidad, ya no es la cualidad lo que nos impresiona, sino la interpretación conceptual que le hemos dado y que nos separa de la realidad inmediata. Cuando se califica una experiencia y se explica racionalmente, se retrocede y se introduce una distancia: la realidad ya no es la misma, la vida se seca... Por eso, los místicos han dicho siempre como San Pablo: "Ver como si no se viera, oír como si no se oyera, tocar como si no se tocara, poseer como si no se poseyera..."

La llamada, el encuentro con las cualidades sensoriales, el tacto, el olfato, la vista, el oído, el gusto, han desempeñado siempre un gran papel en mi vida. Pero, ante todo, el tacto, dado que utilizo mucho mis manos para mi trabajo de terapeuta. Yo "cojo" a la gente con mis manos. Se produce una experiencia del tacto de la piel del otro ser: algo extraordinario, sobre todo si se ha comprendido que nunca hay que tocar un cuerpo, sino coger de la mano a un ser humano. Es lo que digo siempre a mis colaboradores cuando me piden consejo. Podéis imaginar su sorpresa: "¡No tocar nunca un cuerpo!"

"¿Qué hay que hacer entonces, dicen ellos, puesto que se trata de masajes?"

Yo les explico que el masaje tradicional toca el cuerpo y se mofa del ser humano que se tiene en la mano, mientras que para mí es el ser humano lo que hay que tocar y coger con las manos. Es algo totalmente diferente: las manos que saben establecer contacto entre otro ser y yo son manos muy distintas a las de un masajista que golpea...

En la Edad Media fue preciso cruzar la niebla de

las ideas tradicionales sobre el cuerpo; hoy es la niebla espesa, producida por nuestra consciencia racional y el cartesianismo, lo que hay que cruzar para llegar a tomar en serio la realidad que no se puede comprender con el intelecto. En aquel tiempo, era sobrio el que podía abrirse a la facultad de lo racional; en la actualidad, es sobrio el que puede liberarse de ella y dejarse influir por los dones inmediatos de su corazón. Sólo si somos capaces de abrirnos a lo que afecta a nuestra interioridad podremos encontrar nuestra verdad profunda, mientras el racionalismo se encoge de hombros diciendo: "¡Eso sólo es subjetivo!"

Todavía recuerdo una de mis protestas cuando era estudiante... El profesor decía que el sonido de la nota do es de 256 vibraciones por segundo; me levanté bruscamente para decir:

—Usted no puede afirmar eso. Usted puede afirmar, con razón, que cuando se escucha el sonido *Do* hay un registro que vibra a esa velocidad; pero el sonido como tal es algo diferente.

—¡Explíquese!

—El sonido *Do* es una cualidad particular, bien diferente del sonido *Re*: cada sonido da un cierto ambiente, algo que le llega claramente...

—Sí, comprendo, pero todo es subjetivo. La realidad objetiva son únicamente las ondas.

—¡Pero yo vivo con los sonidos, no con esas vibraciones y esas ondas!

En esta frase es donde se manifiestan la grandeza y la tragedia del espíritu occidental. Gracias a la pretensión de que solamente son las ondas las que representan la única realidad, se ha desarrollado la ciencia de la naturaleza, la técnica avanzada, los descubrimientos de la medicina, de la física y de todo lo que constituye la grandeza del Occidente, admirado en todas partes. Pero se ha sacrificado el interior del hombre; el hombre, como sujeto, no es más que algo subjetivo... y, al decir eso, se pierde de vista al hombre en su conjunto...

A.G.: *Lo subjetivo no se puede medir, afortunadamente, y como tal, escapa a los laboratorios de los científicos. Eso es, quizá, lo que explica, a la vez, su ironía y su irritación, aunque para los místicos no existe realidad más auténtica que la que acaban de experimentar interiormente. Cuando uno se conciencia de la posible profundidad de los sentidos, cada sensación superficial se revela como una realidad indivisible de la realidad total: es una expresión de la unidad de todo lo que se percibe con los sentidos, es la unidad de lo divino repartida por todas partes. A este respecto, me gusta mucho la idea de Aurobindo que dice que cada sensación es como una ola: corta, efímera, pero que no deja de estar unida al misterio insondable del océano. La ola es una concentración de todo el océano, es una parte inseparable de su inmensidad... El que tiene "ojos para ver y oídos para oír" descubre el infinito en lo finito de las cosas y la eternidad en el tiempo que pasa, como diría el poeta...*

G.D.: Por tanto, siempre está uno en el otro y no uno aquí y el otro en otro sitio. Muchos jóvenes, impulsados por la nostalgia de esa unión, emprenden grandes viajes y buscan lo lejano, que es la expresión del símbolo existencial para la realidad que hay más allá del tiempo y del espacio. O buscar lo milagroso y los poderes, que también es un signo de que el hombre, en su profundidad, está hecho para ser algo más que un miembro sometido a su comunidad.

A.G.: *¡Dichoso el que haya descubierto que todo está en él!*

G.D.: Sí. Primero hay que concienciarse, estar abierto a la llamada del Ser profundo. Al iniciar el desarrollo espiritual, se produce esa toma de consciencia de que hay algo distinto en nosotros. El verdadero guía espiritual es el que ayuda a hacer consciente esa realización, tomando en serio algunas experiencias vividas a lo largo de la vida.

Hace ya algún tiempo, una de mis pacientes, de

cuarenta años, me contó su historia... Durante nuestras charlas descubrí un suceso acaecido en su infancia, que parecía, sin embargo, no tener gran valor; pero yo animé a la señora a profundizar en sus recuerdos:

—Usted visitaba una iglesia con su madre y le impresionó la extraordinaria visión de los rayos solares que entraban por las vidrieras. Su voz tenía una sonoridad especial al evocar ese cuadro. Intente recordar lo que le impresionó en especial.

—Nada —replicó ella—. Era muy bonito... ¿Por qué esa pregunta?

Y de pronto su cara se iluminó, pareció revivir el suceso: "Sí, ya recuerdo, era de una belleza indescriptible, estaba conmovida, como transportada a otro mundo; pero eso sólo duró un instante..." Me daba cuenta de que esa mujer revivía claramente su experiencia... "Me encontraba rodeada de paz, de luz, de seguridad..." Después, se inquietó: "¿Hay que tomar este recuerdo en serio?" "Sí, es muy importante. Intente rebuscar en su memoria, quizá haya vivido otros momentos semejantes..."

Nos encontramos al día siguiente. Mi paciente tenía de nuevo esa cara, iluminada por una mirada interior, y continuó:

—Dos veces más me he sentido influenciada por no sé qué sensación extraña, casi inefable... Fue dando un paseo por el bosque después de una tormenta... Me detuve atraída por un rayo de sol que acariciaba el musgo... De pronto se produjo: yo formaba parte del musgo y, durante un solo instante, un rayo me atravesó de parte a parte... Sentí una gran sacudida; después me invadió la paz... todo era luz y serenidad dentro de mí y a mi alrededor. Un ligero ruido me hizo salir de mi contemplación.

—¿Y la segunda vez?

—¡Oh!, me acuerdo muy bien... Estaba sentada en un tranvía y había enfrente una señora que me

miraba... De repente, su mirada se cruzó con la mía, me recorrió toda entera, zambulléndose hasta las profundidades de mi ser... Pasé bruscamente de un estado de sombra a otro de luz... Me sentía fortalecida, unificada, me pareció que no volvería a tener miedo nunca más...

—¿Qué relación establece entre esos dos sucesos?

—Es muy simple: las dos veces sentí lo mismo.

De pronto, me encontré ante una señora radiante que me dijo con una voz profunda: "Ahora ya sé lo que usted quería hacerme comprender..." Esa señora se transformó, para ella se iniciaba la aurora de una vida nueva. Con el descubrimiento del sentido de esas tres experiencias idénticas y extraordinarias a la vez: acababa de reconocer dentro de sí la presencia de la gran Realidad que atraviesa y vivifica a la pequeña realidad. Esa toma de consciencia conmueve y transforma todo nuestro ser en su raíz, desde el momento en que nos abrimos...

A.G.: *Todos nosotros tenemos esas experiencias, que son verdaderas oportunidades para transfigurar lo cotidiano; pero no les prestamos atención, porque no estamos acostumbrados a escuchar la voz interior. "¡Escucha, Israel...!" no cesa de gritar Dios en toda la Biblia.*

G.D.: ¡Estar presente y a la escucha! El oído interno es el primer sentido que hay que desarrollar. Hay que dejar que crezca la cualidad sensorial impregnada por lo numinoso, que se identifique con su movimiento interior hasta que ocupe todo el campo de nuestra consciencia...

A.G.: *Vivir así, no solamente intentar comprender, explicar o interpretar.*

G.D.: Esa es precisamente la condición para que empecemos a transformarnos. Todos los dones, todos los sentidos deben agudizarse, pasar de lo tosco

a lo fino, del exterior al interior. Igual que el glotón tiene la oportunidad de convertirse en gastrónomo, también el cuerpo físico tiene la oportunidad de superarse abriéndose al cuerpo etéreo, la consciencia ruda se hace capaz de discernir, etc. La sensación del cuerpo, en su conjunto, se revela a través del despertar de la materia fina que representa el cuerpo etéreo. El cuerpo físico se manifiesta mediante grandes vibraciones y el otro con vibraciones finas, de las que se componen las grandes. Pero las ondas pequeñas superan el cuerpo físico de tal forma que el hombre que está despierto a su materia fina no se encuentra "a gusto" más que si lo supera. Dicho de otra forma: las cualidades sensoriales pasan de la superficie a la profundidad. La palabra profundidad quiere decir algo diferente a intensidad; es profundo, siempre, lo que compromete al hombre con el conjunto de su persona; cuanto más comprometido se encuentra su ser, más profundos son sus sentimientos. Cuanto más superficiales son sus sentimientos, menos comprometido está, o lo está solamente con una parte de sí mismo. En la profundidad lo que está en juego es el Ser, que compromete al hombre entero y le da su verdadera responsabilidad. Es, pues, muy importante aprender a hacer la distinción entre la intensidad de un sentimiento y su profundidad. Hay sentimientos muy fuertes, intensos, que son llanos, sin profundidad, y hay sentimientos de una gran profundidad que apenas son un soplo muy ligero y, sin embargo, te afectan profundamente.

A.G.: *¿Concretamente?*

G.D.: En el erotismo, por ejemplo, se puede vivir una unión muy intensa; pero sin ninguna profundidad, mientras que esa misma unión, vivida con amor, te transporta a otro plano, el de la profundidad precisamente. Tanto es así que un roce muy suave de la piel, casi imperceptible, puede proporcionar un estremecimiento divino...

No hay ninguna experiencia del Ser que no revista esta cualidad de lo numinoso profundo. Como ve, no se trata de un superlativo, de algo enormemente bello, tremendamente bueno, extremadamente agradable o qué sé yo... entramos en otra dimensión tan diferente como lo es el sonido de la imagen.

Pero uno no se lanza por el camino de la permeabilidad a la transparencia sin encontrar obstáculos. Es el segundo aspecto del problema. El mayor obstáculo frente al Ser esencial, que es vida y dinamismo creador, es todo lo estático, lo opuesto al cambio, al desarrollo. Se trata del yo esencial que puede definirse como un "yo" que gira siempre alrededor del deseo estático de poder mantener una posición. Es, sin duda, la definición más simple del "yo" opuesto al Ser; sólo se interesa por una cosa: mantener su posición en todo momento y en cualquier lugar, ya se trate de la posición material, de la reputación en la sociedad, de una función en la jerarquía social, de su prestigio, de sus finanzas, de su salud... todo lo que proporciona, en definitiva, una cierta seguridad, un cierto placer frente a los cambios de la vida. Esto es lo que se opone a ese impulso hacia la realización de una persona que intenta ser testigo de la Esencia.

Este predominio del yo existencial debe desaparecer, ya que de él depende toda la evolución del hombre. Educándose en esta transformación se aprende también a sufrir. En la misma medida en que el yo predominante se niegue a sufrir, habrá que considerar el sufrimiento como una suerte. El que está relacionado con el Ser esencial sabe muy bien que todo lo que es negro tiene también una vertiente blanca, que todo sufrimiento es signo de salud o de posible dicha; la salud no es más que lo que ha estado enfermo, la vida no es más que lo que ha rozado la muerte: sólo el que ha aceptado la muerte tiene vida verdadera.

A.G.: *La sombra y la luz van siempre parejas. La Madre, compañera de Aurobindo, insiste a sus discípulos diciéndoles: "Si descubrís una sombra muy densa y muy*

profunda, estad seguros de que en alguna parte de vosotros hay una gran luz. ¡Vuestra es ya la tarea de saber utilizar una para realizar la otra!". "Es la mitad oscura de la Verdad", precisa Aurobindo.

En Extremo Oriente se conoce muy bien este tema: en el centro de todas nuestras tinieblas hay un sol; en el corazón de nuestros males hay un misterio contrario; cada elemento, por muy oscuro que sea, incluso el error más grotesco, contiene "abismos de verdad". Lo importante es "pasar" de uno a otro... y todos los yogas se afanan en ello. En el cristianismo este "paso", esa "pascua" adquiere la forma de cruz, pero de cruz transfigurada, cosa que a veces se ha olvidado demasiado en Occidente. La libre aceptación de la muerte abre a la resurrección, las dos son indisociables.

G.D.: ¡Sí!, todas las tradiciones iniciáticas hablan de ello, la realización del Ser pasa siempre por una muerte. Pero sólo puede hablar de la vida, dar la vida y enseñar la vida el que sabe algo de la muerte y tiene alguna experiencia de ella. Morir implica todas las muertes de nuestra vida cotidiana: cada pérdida que se acepta, cada lazo que se rompe o que hay que romper, cada renuncia elegida o impuesta y mil formas más... Es toda una educación, una ascesis, lo que hay en la base de ese desarrollo, de ese camino iniciático.

(2,10)

V

DE LA MUERTE A LA VIDA: LA APERTURA DEL SER

GRAF DÜRCKHEIM: Las experiencias de lo numinoso pueden quedarse en pequeños toques, en destellos o roces ligeros, mientras que la gran experiencia del Ser produce un giro radical en el hombre que la vive. Se derrumba el viejo mundo y empieza a nacer en él una nueva vida. Se trata de la trascendencia positiva, de horas estrelladas, de experiencias inauditas...

Los niños van voluntariamente al granero o al sótano para tener miedo, para sentir algo que les haga estremecerse... A los adolescentes les gusta perderse en el bosque para experimentar lo que, al mismo tiempo, les produce miedo y les atrae... Algunos adultos audaces buscan también el peligro: como el que conduce un coche de carreras o hace alpinismo; creo que busca la proximidad de la muerte, de la destrucción, para sentir lo que no se puede destruir, lo indestructible. La atracción del peligro es la experiencia de lo no destructible; en el preciso momento en que el hombre roza la muerte, surge otra cosa y es en presencia de la muerte cuando aparece de pronto el presentimiento extraordinario de algo que no puede destruirse...

Conozco a una chica que había tomado drogas para suicidarse. Hubo posibilidad de salvarla; pero

un día me dijo:

—"Mire, volveré a intentarlo".

—¿Por qué?

—"Inmediatamente después de haber tomado el veneno era todo tan bonito, se siente tal libertad que verdaderamente vale la pena el mal rato. Es más bello que la vida entera que he vivido. ¡Volveré a intentarlo!".

Alguien más me ha contado lo mismo. Después de la muerte de su marido, una señora encontraba su vida absurda y se disparó una bala de revólver en el corazón... Falló por poco... Estuvo en coma durante cuatro horas... Más tarde me dijo: "No puede imaginarse la alegría que sentí en aquel momento, es ¡in-au-di-to!, después de que me sacaran de allí, ya no era lo mismo...

Hay, pues, un momento entre la vida y la muerte en el que miles de personas, de las que he conocido a muchas, han sentido algo que, a partir de ese momento, constituye el núcleo más sagrado de su vida. Para esas personas, eso puede convertirse en el punto de partida de la vida, su medida y su criterio, descubiertos en el momento en que han superado la muerte.

ALPHONSE GOETTMANN: *¿Esa alegría y esa renovación son consecuencia de la renuncia?*

G.D.: Digamos que todas las muletas, todo lo que te sujeta a la vida ha desaparecido: es la gran cesión. El "yo" que está endurecido y la corteza que nos separa de lo divino se han deshecho y, sin embargo, sin esa separación no podríamos llegar a ser conscientes de lo divino. No hay que olvidar eso nunca. No condenemos el "yo" o el pecado original: hay faltas que son la causa de que se haya descubierto lo que es justo; hay mentiras sin las que nunca se encontraría la verdad; hay debilidades sin las que nunca sabríamos lo que es la fuerza; hay caídas sin

las cuales nunca sabríamos lo que es levantarse... En el fondo, todo está unido y una cosa se confunde con la otra. Como usted decía, es la imagen de las tinieblas que no han comprendido la luz que brilla en ellas. No se debe decir: no se ve la luz, porque hay tinieblas. Las propias tinieblas son la luz inhibida; cada muerte, pues, quiere decir ya una vida; ningún sufrimiento tendría sentido sin la esperanza de la cura. Lo uno está siempre en lo otro. Lo importante en esos momentos extraordinarios en los que alguien ha traspasado la vida humana, en el momento de un accidente o al acercarse la muerte, es que está más allá de lo que generalmente se denomina vida y muerte. No es ni la vida ni la muerte. Pero, ¿qué quiere decir algo que traspasa los opuestos de la vida y de la muerte, de la afirmación y de la destrucción? Estamos en un plano más allá de los opuestos.

A.G.: *... al que todo el mundo debe tener acceso, puesto que todo el mundo sufre e incluso "toda la creación gime al parir", según San Pablo. En el preciso momento en que Cristo muere en la cruz, el velo del Templo se rasga, y la muchedumbre relegada hasta entonces en el universo de los opuestos se encontró de repente en contacto con el Santo de los santos, entreviendo la inmensa libertad a la que estaba invitada en lo sucesivo. Pero era preciso desenmascarar el sufrimiento y franquear el abismo de la muerte para que la noche suprema se convirtiera en luz suprema. Es el "secreto perdido" y hallado, efectivamente, de todas las tradiciones, de las que una de las primeras ha debido ser la de los rishis verídicos, que pretendían hacer lo que llamaban "el gran paso" para descubrir la "luz no rota". "La Noche y el día", decían ellos, "son dos hermanas que tienen el mismo Amante Sol..." ¿No podríamos avanzar un poco más en la noche de nuestros sufrimientos para adivinar la aurora del nuevo día que nos espera?*

G.D.: ¡Eso está bien! Cuanto más se adentra uno en la noche de su sufrimiento, más consciente se hace de la naturaleza del mal que le aqueja, y ese mal es

ontológico. El hombre está corroído por tres grandes angustias:

—El miedo a la destrucción, la angustia ante la muerte y la aniquilación. El hombre ya no está conectado a la fuente de vida y, para ahogar su miedo, se rodea de un sistema de seguridades.

—La desesperación ante lo absurdo, la falta de sentido de la vida. Desconectado de la realidad interior y vital, el hombre se construye un universo artificial y efímero.

A.G.: *Es la Torre de Babel de las ideologías y de las revoluciones, que no responde a la llamada de la verdadera vida.*

G.D.: Y la tercera angustia es la tristeza total del aislamiento; el hombre, dividido, se encuentra solo, cuando está hecho para el diálogo. El que ya no recibe respuesta no puede vivir. Para poderse comunicar por todos los medios, se crea toda clase de falsas relaciones que, muy a menudo, le empujan al suicidio. Federico el Grande hizo una vez la prueba de que el hombre no puede vivir solo: ordenó que dos niños fueran criados sin que se les hablara y los dos murieron. Teilhard de Chardin dice que no es la mónada, sino la díada lo que está en la base de la experiencia de lo divino. No hay vida humana que no esté marcada por estos tres sufrimientos. Si alguien realiza la gran experiencia del Ser, se transforma de un momento a otro: ya no teme a la muerte, acepta lo absurdo y se siente protegido de la soledad.

Esta transformación es el primero y el mayor criterio que te ha afectado por la realidad del Ser, que va más allá de nuestras experiencias normales: bruscamente te sientes liberado de tu condición habitual.

Si me pregunta qué es lo que me permite hablar de la experiencia de otra Realidad, yo le diría: "¿Hay realidad más grande para nosotros los humanos que la que es capaz de liberarnos de una vez por todas del

miedo, de la desesperación y de la tristeza, cualquiera que sea la situación en la que nos hallemos?" Se trata de un paso a otro rango. Pero es importante saber que vivir la experiencia de un despertar a otra realidad no hace tampoco que uno despierte... He conocido a muchas personas que han efectuado decenas de experiencias semejantes y, sin embargo, están lejos de despertar a esa otra realidad. En lo que hay que ejercitarse es en la transformación una y otra vez...

De ahí se deduce el segundo criterio de la realidad trascendente, que es una promesa: un nuevo sentido de la vida se revela a través de otra forma de sentir, de crear y de amar. Es la llamada a un nuevo estilo de vida, uno se convierte en un llamado...

Hay que recordar aquí el tercer criterio: la cualidad de lo numinoso, que progresivamente ya no se manifiesta en forma de acontecimientos sueltos, sino que termina por aureolar toda la belleza y por hacer transparente el menor objeto hasta en su más mínimo detalle... Es un Ambiente... Una Presencia.

El cuarto criterio se verifica con el nacimiento de una nueva consciencia. La consciencia del yo mundano, siempre en busca de tener, de poder, de saber, cede su sitio al despertar de la consciencia absoluta. Recordemos que hay tres clases de consciencia: la consciencia infantil egocéntrica, nacida del temor al castigo, al infierno y a la falsa culpabilidad; esta consciencia satisface necesidades instintivas y primarias. La segunda consciencia se observa a través de la voz de la comunidad a la que se pertenece; está regida por su organización y sus leyes. Finalmente, la consciencia absoluta determina el cuarto criterio y se mueve por un impulso más fuerte para superar, a la vez, el egocentrismo y el legalismo de las dos primeras consciencias. Eso exige, a veces, infidelidad, traición, escándalo...

En la experiencia del Ser, esa consciencia se eleva a una consciencia de plenitud y, al contrario, allí donde el hombre es afectado por ella, es esa propia

consciencia la que testimonia la presencia del Ser.

El quinto criterio puede inducir a encogerse de hombros o a sonreír y, sin embargo... es la aparición del Adversario, del Diablo, donde nace la Vida, surge su Adversario; es la personificación de la fuerza que puede impedir conscientemente o destruir la vida querida por Dios. Cuanto más decidido y orientado está el hombre hacia la vida sobrenatural, con mayor seguridad podemos decir que el Adversario intenta apartarlo. Esto no es una historia piadosa, sino un hecho experimental psicológicamente inexplicable. Cuando un hombre acaba de vivir una experiencia del Ser, no transcurren veinticuatro horas sin que se vea asaltado por un acontecimiento exterior que lo turbe, lo deprima o lo entristezca. El choque procede claramente del exterior: no se trata, por tanto, de una compensación psicológica, una agresión, una herida, una mala noticia, un accidente... Un buen cristiano que cumple su deber para con su comunidad y cree estar en perfecta consonancia con su conciencia es una víctima muy fácil para el Diablo, pero a poco que este bravo cristiano salga del letargo y realice la experiencia de Dios, entonces el Diablo tendrá miedo de perderlo y pondrá en marcha todo para destruir el camino de la promesa.

A.G.: *En suma, la consciencia superficial es muy frágil y vulnerable y está expuesta continuamente al bamboleo de los poderes oscuros, como un corcho en el agua... Todo cambia cuando se echa el ancla en las profundidades del Espíritu que habita en nosotros: el que flota en la enorme distracción de su vida se convierte en un llamado y el llamado decidido se convierte en un buscador. Para él no hay más que un trabajo verdadero: realizar la verdad de su ser. Todo lo demás no tiene importancia...*

G.D.: ... siempre el móvil de un buscador es lo que busca. La Realidad que busca está siempre allí en su búsqueda. No podría buscar lo divino si no llevara lo divino dentro... Hay muchos buscadores entre

nosotros, en la actualidad, sobre todo los que todavía no han vivido ninguna experiencia, que no saben lo que buscan, pero sienten nostalgia, deseo de encontrar ese algo que han perdido... Entonces se recurre a los milagros y a lo maravilloso, que es la manera más directa de despertar en las almas primitivas una creencia en seres superiores. Pero podemos preguntarnos: ¿dónde comienza el milagro?, ¿qué no es milagroso en el fondo? El mero hecho de que las cosas existan, que un color sea un color, que un sonido sea un sonido... ¿Por qué todo eso no habría de ser milagroso? ¿No es más milagroso porque todo el mundo lo conoce? ¿Y por qué sólo es milagroso si trasciende las fronteras de lo conocido?

A.G.: *¿No es preciso, quizá, cambiar nuestros conceptos?*

G.D.: ¡Ver de otra manera y otra cosa! Sabemos que la búsqueda de lo desconocido siempre ha fascinado al hombre que, en vez de profundizar en sí mismo, devora libros... Eso no le basta y corre de gurú en gurú... Como tampoco le satisface, emprende largos viajes, está dominado por todas las "técnicas" de meditación... pero tampoco lo iluminan. Muchas sectas exigen en la actualidad hazañas inauditas y, a pesar de todo, no descubren lo divino. Hay confusión entre hazaña técnica y descubrimiento de nuestra propia profundidad, gracias al abandono de la ambición del saber hacer. Sin esa renuncia, no hay más que engreimiento del pequeño yo orgulloso, el hombre intenta siempre zambullirse en lo más profundo o incluso volar... ¡Qué publicidad en torno a esas supuestas experiencias espirituales! El momento de levitar de un verdadero místico como Juan de la Cruz o Teresa de Avila en el budismo es algo secreto. Hoy en día, el dinero hace de ello un negocio... y el misterio desaparece. ¡Es abominable!

A.G.: *Se compran los poderes... y se traiciona al*

hombre. Los judas han hecho siempre su agosto, no menos que los fakires; pero vivir tiene otro precio. El que se siente llamado toma el Camino, sabe que algunos dólares y un poco de diversión no pueden hacer nada...

G.D.: Paga el precio de una tarea sobrehumana y quiere echarse a sus espaldas esa pesada disciplina que consiste en trabajar sin cesar, en hacer ejercicios, en descubrir que cada momento es la mejor ocasión para avanzar... Puede hacerlo, pues el poder divino lo atrae con fuerza y su decisión es inquebrantable.

A.G.: *"Estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la Vida y hay pocos que lo encuentran", dice Jesús. "El que no coge su cruz y me sigue no es digno de mí..." Sólo lo son los que "dejan sus redes" y lo apuestan todo a una carta. "Quien haya encontrado la vida la perderá y quien la haya perdido por mi causa la encontrará..." Es también uno de los grandes temas de la "Síntesis de los yogas" de Aurobindo: "La entrega verdadera, total y sin reservas, la desaparición despiadada del ego y el hacer de toda la vida el altar de ese sacrificio, engendran el vasto movimiento de la Alegría Divina..."*

G.D.: ¡Eso es lo que la diferencia completamente de las demás experiencias trascendentales! Piensa otra vez en la droga... La experiencia de la droga puede hacerte ver realmente, permitirte echar un vistazo por encima del muro. Se trascienden los límites de la consciencia normal, porque la droga adormece el "yo". El hachís te hace ver colores y da a los sentidos una agudeza terrible; el LSD, aparte de los negros dolorosos, puede sumirte en un universo fuera de lo normal... y así sucesivamente. Cuanto más "bella" es la experiencia, más deseos se tienen de repetirla. ¡Ahí está toda la diferencia! La experiencia legítima busca algo totalmente diferente de la simple repetición. Hace que nazca en ti un saber y despierta el deseo de una experiencia conseguida siempre gracias a una disciplina; pero nunca captada de for-

ma artificial. La droga despierta el deseo de repetición que conduce a la destrucción del cerebro, hace perder la fuerza para trabajar y convierte a su víctima en un andrajo... Raro es el caso en el que, habiendo experimentado el más allá, gracias al LSD, se siente una llamada para entrar ahora en la experiencia mediante una disciplina meditativa. Pero hay que decir también que los drogadictos saben a menudo algo que no saben los que no han realizado la prueba. Y ese "algo" que han experimentado nadie se lo quitará ya. Miran con cierta piedad a los que no saben todavía lo que hay al otro lado del muro...

No es una casualidad que, en el quinto criterio, el Adversario de la Vida se presente con la droga, justo en el momento en que el Occidente, por primera vez en la historia de la humanidad, se despierta en masa a la interioridad. "¿Quiere tener una buena experiencia? No es tan difícil como lo ponen. Tome un poco de esta sustancia y verá, conseguirá lo mismo sin esfuerzo..." Y he aquí que toda una parte de la juventud actual cae en el cepo de la experiencia artificial y pierde el camino de la liberación. Es inaudito, las drogas han existido siempre, pero es ahora cuando se descubre la trascendencia, en el momento de la nostalgia del Ser y de la puesta en marcha para buscarlo, cuando se encuentran en el mercado.

A.G.: *El hombre se encuentra en una encrucijada de caminos y su elección es tanto más difícil cuanto que el Príncipe de las tinieblas se reviste de luz... Por tanto, toda experiencia debe hacerse siempre e ineludiblemente con bastante sentido común. De lo contrario, lo que se cree que es el sentido de la vida puede ser un absurdo absoluto y el camino un negro abismo. Dicho en otros términos, no debe haber experiencia sin crítica; la encarnación no sería más que un descenso a los infiernos si no hubiera pentecostés...*

G.D.: La "crítica" son precisamente los criterios que acabamos de ver; son indispensables si no se

quiere patinar en la ilusión y entrar en una nueva Jerusalén, cuyo sentido está infinitamente más allá de todo lo que hemos conocido hasta ahora. Si preguntamos a la gente cuál es el sentido de la vida, uno dirá esto, el otro aquello... En una de mis conferencias en Munich, en la que se encontraban seiscientas personas reunidas, hice esta pregunta: "Señoras y señores, detengámonos un momento para preguntarnos cuál es el sentido de la vida. Que cada uno responda por sí mismo". Luego me callé y todos estuvimos en silencio... después de lo cual continué: "Estoy seguro de que muchos de ustedes han hecho la siguiente reflexión: ¡Qué idea más curiosa! No se puede plantear la cuestión del sentido de la vida. La respuesta es diferente para cada uno, incluso para una misma persona la respuesta puede ser diferente según las épocas de la vida". Para uno es una vejez feliz; para otro, tener hijos; a otro le gustaría ejercer un oficio de su agrado; otro anhelaría una buena muerte y qué sé yo... Hay tantas respuestas a esta pregunta como hombres en la tierra. Y, a pesar de todo, sólo hay una respuesta válida para todos: el que ha experimentado realmente el Ser sabe, de una vez por todas, que el sentido de la vida humana no es otra cosa que convertirse en testigo de lo divino en la existencia. ¡Ese es el sentido de la vida del hombre! Para mí, pues, no hay más que una sola respuesta entre todas las respuestas posibles, que deberían estar ligadas de una manera o de otra a la respuesta única. ¿No es ése el papel de las religiones, el de despertar al hombre a esa respuesta?

Entretanto, el hombre vive con una triple angustia, como ya hemos señalado: privado de su profundidad y sus raíces, está enfrentado permanentemente al miedo, a la destrucción o a la muerte... Proyectado a la superficie agitada de sí mismo y en el engaño de lo múltiple, su vida ya no tiene sentido y cae en el absurdo... Finalmente, la prisión de la mente lo aísla cada vez más y rompe sus lazos profundos con el resto de la creación y con la fuente de toda vida. De

ahí la nostalgia perpetua de una vida más allá de la muerte, de un sentido más allá del sentido del absurdo y de un amor más allá de la tristeza del aislamiento. Mas si, por la seducción de una larga disciplina o por el don de una gracia repentina, se produce la muerte del pequeño "yo" dominador, entonces se rompen las cadenas y la experiencia inaudita del Ser se apodera de todo hombre. Los muros de seguridad que se habían construido contra el miedo se derrumban, su búsqueda artificial de sentido frente a lo absurdo se viene abajo y sus afecciones vacías se transforman. De pronto, el Ser le revela, en el centro mismo de su debilidad, una plenitud insospechada; en el propio corazón de lo absurdo, un sentido que está por encima del sentido y de lo absurdo y, en el centro de la soledad, un amor sobrenatural que lo rodea, lo vivifica y le devuelve la unidad...

A.G.: *¡Es apasionante! Las tres angustias proceden, por consiguiente, de una carencia del Ser y cuando éste se revela en el vacío de ese triple sufrimiento, descubre al mismo tiempo su triple identidad: la plenitud —la luz del sentido— el amor...*

G.D.: ¡Sí! Plenitud creadora —Luz de la Ley universal que ordena todas las cosas, les da una forma y un sentido—, Unidad que restituye la armonía en todo. Pero todo eso sólo sería teoría si no fuera una conclusión basada en tres experiencias que realiza el hombre:

Experimenta la fuerza creadora que siente en sí mismo, algo que le hace crecer en sentido biológico, que le hace capaz de trabajar, de luchar, que intenta conservar cuando está sano y recuperar cuando está enfermo...

Dicho de otra forma, toda una parte de la vida humana gira en torno a esa fuerza, a partir del impulso vital que siente el hombre y que conscientemente debe comprender y aceptar. El que ha perdido ese sí a la vida es muy difícil de curar. Es la fuerza del Ser.

Así, el aspecto de la plenitud creadora en el mundo se manifiesta mediante una fuerza de vida, aunque totalmente diferente según se encuentre en el plano del "yo" existencial o en el del Ser esencial. Si estamos conectados al Ser esencial, sentimos su fuerza justo donde la necesitamos.

Dios es fuerte en los débiles, dice la Biblia, es una experiencia: En la debilidad absoluta, cuando ya no se puede más, cuando se está abandonado a la muerte, en ese momento es cuando se puede ver, de repente, en la cara de un enfermo la gran sonrisa; se siente invadido por una gran fuerza en la profundidad de su debilidad. La fuerza del "yo" existencial, basada en lo que se tiene, en lo que se sabe, en lo que se puede, se rompe, cede su sitio, por fin, a lo que se es en lo más hondo de su esencia.

A.G.: *Lo que dice me recuerda una entrevista en la televisión que me impresionó mucho: era una charla con varias personas aquejadas de cáncer; su extraordinaria serenidad era impresionante... Eso prueba claramente que el más allá no está en otro lugar ni después de la muerte solamente, sino desde ahora mismo en el fondo de nosotros mismos. La única condición es la aceptación dentro de una confianza total que hace derrumbarse la fortaleza inexpugnable en la que se ha refugiado el pequeño "yo"...*

G.D.: ¡Efectivamente! La aceptación es la llave que abre la puerta a la Vida y lo mismo ocurre con los otros dos aspectos del Ser.

La Ley Universal, segundo aspecto, se manifiesta en cada planta (por ejemplo), en todo lo que vive, en esa energía que empuja al ser vivo hacia una cierta forma que es el sentido de su crecimiento, es decir, poder evolucionar según "su camino, su verdad y su vida", como ya hemos dicho. Ser uno mismo, llevar a cabo su forma única y particular, vivir en una situación en la que "eso pega", en la que "eso corresponde" a lo que él cree que es justo y bien ordenado... eso es lo que busca el hombre y sin lo cual deja de ser

hombre. Para él, ahí es donde se manifiesta la Ley Universal, lo que da verdaderamente un sentido a la luz. Pero hemos de considerar de nuevo aquí los dos planos: el del "yo" existencial, que se procura por sí mismo sentido y luz a través de todas las ideologías o concepciones del pensamiento que conocemos, y el plano esencial en el que, por el contrario, el hombre recibe la Luz del sentido cuando ya no comprende nada con su cabeza... Si es capaz de aceptar lo inaceptable, en las tinieblas del desconocimiento, perdido en la sinrazón y desgarrado por situaciones absurdas o por lo ridículo de su existencia, entonces puede practicar la experiencia de otra vida y, de la aceptación de las tinieblas por encima de lo lógico y lo absurdo, brota la Luz.

El tercer aspecto, la Unidad del Ser, se revela por la misma actitud. La manifestación de la Unidad se realiza en el Amor. El yo existencial lo busca constantemente a través de lazos diversos, ya sea con otra persona, con una comunidad, un país, una cosa... ¡Hay que escapar, a cualquier precio, de la soledad asfixiante! En el plano esencial, por el contrario, es exactamente en el preciso momento en que te ponen a la puerta de una comunidad o pierdes un ser querido cuando puede invadirte un Amor divino y cogerte en un abrazo desconocido, ponerte a cubierto. No se sabe muy bien lo que te sucede después: dentro de la tristeza y el aislamiento total te encuentras súbitamente loco de alegría...

A.G.: *Cuando se toca el límite del yo existencial, arrojado en el abismo de las tres angustias, sucede que se franquean las barreras y se abren las compuertas del agua viva... Pero también es importante saber oír, fuera de estos grandes cambios, la música de ese agua, en las pequeñas cosas de la vida corriente...*

G.D.: ¡El sonido del Ser no deja de sonar! Lo importante es saber cómo estamos afinados para poder resonar con ese sonido. La oportunidad de

realizar la experiencia está ahí en todo momento, no hay instante en la vida en el que el rayo del Ser no pueda atravesarnos.

A.G.: *Se pueden tocar las propias notas o las del Ser. Aceptando morir en las propias notas es como se puede vibrar al son del Ser... La aceptación es imprescindible...*

G.D.: Aceptar este "vivir su muerte", "Live your die", es también el título de un libro de mi viejo amigo americano Keeleman, el padre de la bioenergía. Dice que a lo largo de toda la existencia hay pequeñas muertes que aceptar y que progresivamente "la renuncia" se convierte en una actitud, en una segunda naturaleza. Evitar y combatir el sufrimiento es natural, pero, cuando se produce, es cuestión de aceptarlo para sacar de él lo que hay más allá. Es el caso de una señora a la que conozco bien y a quien recientemente le han amputado el seno izquierdo. Ha perdido a su madre y a su hermana a causa de la misma enfermedad y no sabe muy bien lo que le espera en los años venideros. Al despertar de la operación me dijo: "Ahora no se trata de contar los años que me quedan de vida, sino de cómo voy a vivir mi vida".

Hay que aceptar la derrota... aceptar y no fingir que no se tiene nada. Hay que superar la resistencia que se tiene en sí mismo, es una especie de humildad frente a fuerzas que nos superan... Una vez dos caballeros japoneses luchaban a espada... Durante la lucha, uno hizo caer al otro de su caballo y la espada rodó a lo lejos. El vencedor se bajó del caballo y, en vez de matar a la víctima, separó sus piernas y le ordenó que pasara por debajo como medida de humillación extrema. El caballero vencido lo hizo y el vencedor cogió su espada, se la tendió y lo levantó diciendo: "¡Tú eres quien ha ganado el verdadero combate!"

A.G.: *Tan pronto como se habla de aceptación, la*

mayoría de las personas lanzan grandes gritos. Confunden la aceptación con la resignación predicada durante siglos que sienten intuitivamente en las antípodas de todo comportamiento humano verdadero.

G.D.: La resignación y el heroísmo son dos manifestaciones del yo existencial. Aceptar... sí, resignarse... no. Aceptar hasta lo negro que llevamos dentro de nosotros mismos. Me acuerdo de un santo de los alrededores de París, el P. Gregorio, un ermitaño ortodoxo, que había pintado un magnífico icono que representaba a Cristo abrazando a Adán en el infierno. Yo le pregunté: "Padre, ¿qué quiere decir ese icono para usted?" Y el me respondió: "Si el hombre se reconoce a sí mismo, en su infierno, o sea, reconoce al Demonio que lleva dentro, su maldad, su negrura, su mayor suciedad y, en vez de rechazar todo eso, lo abraza con amor, entonces puede que aparezca lo divino... Para mí, eso es la Resurrección". Palabras inagotables... Al aceptar lo negro se levanta una luz que se encuentra por encima de lo negro y de lo blanco. Esa es la idea subyacente en "aceptar lo inaceptable" y una de las verdades esenciales del Zen.

A.G.: *¡No solo eso! Tras una larga velada a la luz de una vela en la ermita de un yogui, éste me dijo:"Si tuviera que resumir en una palabra el universo del Yoga, yo diría: aceptación". ¿Pero no es la actitud fundamental del hombre bíblico? Del "sí" de Abraham al "sí" de María, Dios enseña a los hombres a entrar en ese movimiento de entrega y aceptación; El mismo hará de ella la expresión de su entrega total cuando Cristo dice a su muerte: "Que se haga tu voluntad y no la mía... En tus manos, Padre, encomiendo mi espíritu"...*

G.D.: ¡Sí! Cristo no podía situarse evidentemente más que allí donde el hombre siente mayor dolor... Se sitúa en el centro de lo inaceptable. No sólo acepta la muerte libremente, sino el absurdo también: nadie

ha comprendido su mensaje y la mayoría lo ha rechazado, no se ha defendido ni ante Pilatos ni ante Herodes, y mucho menos ante los suyos; acepta todas las humillaciones sin decir ni palabra. Finalmente se encuentra también en un aislamiento casi total; los más allegados lo traicionan y lo abandonan... Cristo no ha venido, pues, a quitarnos el sufrimiento creado por el mundo, sino a enseñarnos a aceptar lo inaceptable como él hizo. Sólo se le quitará la cruz al que la haya llevado.

A.G.: *Esta actitud de aceptación la adopta luego la liturgia de los siglos siguientes, que no ha dejado de impregnar a los cristianos contando en el momento de la institución de la Eucaristía: "Ha tomado la forma de esclavo aceptando de buen grado sufrir para liberar su obra y reformarla a imagen de Su Gloria". Lo que la tradición mística ha puesto de relieve no es otra cosa; Santa Teresa de Lisieux, entre otros, ha llamado "acto anagónico" a esa actitud tan simple y accesible a todo el mundo: reconocer una realidad, cualquiera que sea, aceptarla y ofrecérsela a Dios.*

Hoy día, las ciencias humanas están descubriendo, a su vez, a qué libertad puede conducir semejante actitud. Un Rogers, por ejemplo, eminente psicoterapeuta americano, ha basado su terapia en la aceptación... Podríamos proseguir nuestro peregrinaje a través de otras muchas tradiciones, indudablemente... Usted recuerda, sin embargo, un elemento importante en esa actitud: la participación del cuerpo.

G.D.: ¡Evidentemente! Usted no puede aceptar nunca algo encogiéndose de hombros. Es una expresión del yo existencial que rechaza todo lo que hace daño y se defiende de un peligro imaginario o verdadero. Estamos en alerta continua. Uno empieza a liberarse solamente si se relaja de todas sus tensiones. Más adelante expondremos toda la importancia del cuerpo en lo que yo llamo "la actitud justa" que debemos hacer nuestra, hagamos lo que hagamos.

A.G.: *Si la aceptación es algo distinto a la adhesión intelectual a una creencia, se puede pensar que la transformación del hombre en su conjunto, cuerpo, alma y espíritu, pueda ser la llave que abra la puerta de la vida. La identidad de dicha vida se manifiesta, según decía usted, en cualquier momento y lugar, bajo tres aspectos: la plenitud, la ley y la unidad. ¿Qué relación establece usted entre esa trinidad del Ser y la Santísima Trinidad?*

G.D.: !Es muy simple! La plenitud es la vida universal como vida creadora, el creador, el que engendra la vida y el que la Biblia llama Padre. La ley es la Ley interior que estructura, ordena y forma todas las cosas y les da sentido, el Verbo, Cristo: "Por él ha aparecido todo y sin él no ha aparecido nada de lo que ha aparecido..." El Verbo es el principio de toda formación, da forma a todo lo que existe como criatura. Y finalmente, la Unidad, que se expresa con el amor y reúne en la armonía todo lo que ha estado separado, es el Espíritu Santo.

A.G.: *¿Ve usted una relación entre los tres?*

G.D.: En la Vida nada se detiene: el movimiento sale siempre del Padre al Hijo y del Hijo, a través del Espíritu Santo, regresa al Padre. La Trinidad es un movimiento, es el movimiento eterno, el movimiento misterioso en el que participamos todos como seres vivos. No existe nada fuera de la Santísima Trinidad y cada ser vivo es una imagen de ella. La Vida se convierte en Forma y la Unidad dinámica, que está en el fondo de todo lo que está vivo, la relaciona siempre con todo; no existe nada, pues, fuera de la Santísima Trinidad, porque todo está allí; una fuerza, una vida, hace posible que algo exista, es el Ser de lo Existente el que mantiene todo vivo; todo está allí bajo forma determinada, la forma de la flor no es la de un árbol o la de un hombre; finalmente, todas las cosas están allí, en cierta armonía consigo mismas; en cuanto se habla de forma, hay miembros y diferentes partes

que mantienen entre sí relaciones vivas. Cuando esa Vida se va, las cosas se descomponen: un cuerpo humano, por ejemplo, se convierte en polvo cuando la Vida ya no habita en él.

Pero, como usted sabe sin duda, la Trinidad no es, en absoluto, un privilegio del cristianismo. No hay ninguna religión sin Trinidad. La Trinidad cristiana es la forma cristiana de representar en imágenes la Trinidad del Ser; la Plenitud, la Ley y la Unidad, es decir, Padre, Hijo y Espíritu Santo. En el budismo se habla de Buda, Dharma y Samgha. En el hinduismo tienen a Brahma, Vishnú y Shiva. En el sintoísmo tienen el sable para expresar la fuerza; el espejo, para la ley y esa famosa cadena, esa joya que con su suavidad representa la dulzura del amor...

A.G.: *¿Cuál es, entonces, para usted la originalidad del cristianismo, si en todas las religiones se encuentra el mismo fundamento de nuestra fe cristiana?*

G.D.: La originalidad del cristianismo reside en la concepción de la Persona, la realidad personal que representa también la meta de la realización humana mediante la posibilidad de llegar a ser persona verdaderamente, de llegar a ser dioses, de deificarse, en definitiva.

Pero a la pregunta que se plantea a menudo: "¿Hay un "Tú" en la experiencia de la trascendencia?", yo respondo: ¡Es una pregunta falsa! En efecto, todo lo que nos afecta y todo lo que encontramos, persona u objeto, lo consideramos como un "tú", es decir, como un ser y no como una cosa. Así es como está construida la consciencia humana: como persona yo encuentro siempre a una persona. Incluso a un muro blanco que nos molesta al rozarnos, a un trozo de madera o a una piedra, nosotros les podemos decir: "Tú me molestas". Pero ese "tú" dista mucho de implicar una realidad personal. Lo mismo ocurre con el "Tú" que se nos presenta en la experiencia trascendente. ¿Hay algo personal en él? Efectivamente, el

riesgo es grande: al decir "Dios es una persona", ¿qué me permite decir que yo me estoy sirviendo de nuevo de una categoría mental que hace de Dios necesariamente una figura, una forma definida, una "persona" al lado de la cual hay otra cosa, mientras que al lado de Dios no hay nada? Esta es la razón por la que prefiero hablar de una persona transpersonal, con la que suprimo las fronteras. El Dios personal existe más allá del "Tú" y yo diría que la Persona se experimenta donde empieza el diálogo; éste es el caso cuando yo oigo la voz que me habla desde el fondo de mi ser esencial. En el diálogo, Dios se revela como Persona inalcanzable y llama al hombre para que se realice a su imagen y semejanza. Eso es lo que caracteriza el eje del cristianismo y lo que lo hace peculiar: el hombre, responsable frente a lo divino como ser existencial, lo manifiesta como persona. El Espíritu quiere convertirse en carne...

A.G.: *"Dios se hace hombre para que el hombre se haga Dios", dice la Tradición de San Atanasio, y "Dios experimenta al hombre para que el hombre experimente a Dios", proclama San Ireneo. La persona no es objeto de conocimiento, es incomprensible y, como Dios, un abismo sin fondo; y si es verdad que está inseparablemente en connivencia con Dios, no puede revelársenos, por consiguiente, más que en la experiencia que nos hace transparentes al Ser y nos habrá hecho pasar anteriormente por la muerte de todo lo que es objetivable. La actitud de aceptación y el "sí" a la realización de la persona son constantes en el Evangelio; pero su cima es, sin duda, la exigencia de amar a sus enemigos. Entonces se supera la naturaleza y el hombre nace a la plenitud de la libertad. Nada hace más libre que el perdón; creo que, por encima de todas las técnicas de transformación de uno mismo, ese es uno de los grandes secretos del paso del individuo a la persona. Silouane del Athos decía que amar a los enemigos es el único criterio infalible de nuestra transformación... "Cristo nace místicamente en el alma en ese momento", decía Máximo, el Confesor. Por lo tanto, si queremos*

conocer algo del misterio incognoscible de nuestra persona, hemos de contemplar la cara de Cristo que es su icono...

G.D.: ¡Y hacernos "uno" con El!

A.G.: *Dejarlo actuar por ósmosis y comunión recíprocas. En la Biblia, "conocer" significa casi siempre experiencia directa, contacto íntimo, amor... El diálogo se convierte en una especie de transfusión sanguínea...*

G.D.: !Sí!, pues sin esa experiencia en la que desaparece toda teoría, el hombre, instruido desde su infancia en las categorías abstractas de un Dios personal, si en toda su vida no ha oído hablar de otra forma de la Divinidad, va a proyectar la imagen de un Dios independiente que está en los cielos, en el momento en el que se sienta afectado por el Ser. Es el resultado o el fruto de una tradición transmitida desde la infancia, pues el hombre preforma necesariamente la manera de ver, incluso la de sentir y la de comprender una experiencia en la que se siente impresionado por lo Diferente.

Por el contrario, por ejemplo en la tradición budista, si a alguien se le enseña desde su infancia otra forma de concebir la Divinidad y de mantener en su consciencia el gran vacío, entonces, aunque en una meditación profunda surgiera en su consciencia de hombre una figura, una forma cualquiera, él sabría que es una imagen y que, en realidad, no hay nada que le permita atribuir a Dios una imagen humana.

A.G.: *Las palabras son a la vez mágicas y engañosas. Sin ellas la experiencia no tiene forma: La Palabra-Experiencia es el poderoso revelador del corazón de Dios; con ellas se corre siempre el riesgo de cerebralizar, de poner en fórmulas la realidad divina y de matar la vida. Por eso se necesita, al mismo tiempo, a Cristo y el Espíritu Santo, para encontrar al Padre otra vez. Jesús dijo: "He venido para que ellos tengan Vida" y "Es bueno para vosotros que*

me vaya, porque os enviaré al Espíritu Santo". Cuando la Palabra es crucificada, el Espíritu Santo nos la hace interior y nosotros la captamos. El Verbo es la Palabra que sale del Silencio y regresa al Silencio. Así es como El hace dioses de nosotros. Cualquiera otra palabra se contenta con palabras...

G.D.: Ahí está el gran giro y la dificultad a la vez: en todo hombre, cristiano o no, hay un yo condicionado por el tiempo y el espacio para el que la realidad sólo está en las formas. Ahora bien, éstas ocultan y revelan, al mismo tiempo, una esencia universal, la Realidad de las realidades, algo incomprensible, invisible, que puede invadirnos: lo único importante para mí es la concienciación de que esos tres impulsos de la Trinidad del Ser (las formas, la esencia y la invasión experimental) están profundamente relacionadas entre sí y la creación de las condiciones que permitan entrar en su movimiento. Este es el sentido y la finalidad de la práctica que propongo.

(2.5.7)

VI

"EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA"

(San Juan 14,6)

GRAF DÜRCKHEIM: Crear condiciones es, en principio, hablar de técnicas. No nos equivoquemos sobre la técnica, no es algo exterior. Como dicen los orientales: "La técnica perfecta es el Tao y el Tao vivido es la técnica". Eso quiere decir que la técnica es ya una expresión del Ser esencial, una manera de manifestarse que le ofrece el meditante.

ALPHONSE GOETTMANN: *En este sentido ya hemos evocado la palabra de Cristo: "Yo soy el Camino", por tanto Cristo es el Camino y el Camino es Cristo. Con la experiencia, cada uno constata, muy pronto además, que una actitud del cuerpo bien comprendida es ya una oración.*

G.D.: No obstante, para que el Ser esencial pueda manifestarse plenamente y de una forma personal, se necesita una transformación del hombre total: cuerpo y alma, alma y espíritu, pues los obstáculos se encuentran en todos los planos y se interrelacionan.

A.G.: *Si es cierto que el cuerpo es la expresión visible*

de todo el universo invisible que llevamos dentro, entonces se comprende que toda la actitud física signifique, al mismo tiempo, algo psíquico y espiritual...

G.D.: El gran teólogo Karl Rahner pronunció esta frase rotunda: "El cuerpo es la forma espacio-temporal del espíritu". Asistimos con ello a un retorno a las creencias cristianas, pues durante siglos se ha hecho del cuerpo el principal obstáculo en el camino y lo opuesto a la espiritualidad; era preciso, pues, renunciar a él y dominarlo, cosa curiosa para una religión en la que Dios quiso hacerse carne y tomar un cuerpo de hombre... Sea como fuere, si el cuerpo encarna al espíritu, ¿cómo podríamos separarlo del hombre? El cuerpo es el hombre con su forma de estar en el mundo y reúne, por tanto, las condiciones para dirigirse hacia lo que no tiene condición.

Nos cuesta comprender porque consideramos al cuerpo que tenemos siempre y en todo lugar solamente como un objeto o una propiedad. Junto a esta visión unilateral de las cosas, se puede contrastar el desafío de otra visión radicalmente diferente: la del cuerpo que *somos*. En alemán tenemos la suerte de poder decir *Körper* para el cuerpo que tenemos y *Leib* para el cuerpo que somos.

El cuerpo que tenemos es algo material, físico, separado del espíritu, del alma; el cuerpo que *tenemos* despierta en nosotros una conciencia particular que busca la salud, la eficiencia... Es un instrumento que debe funcionar bien. Nosotros no somos ese cuerpo, sino que, al contrario, es un objeto que debe estar a nuestra disposición. Sin embargo, el cuerpo que *somos* se diferencia totalmente del otro. Parafraseando podríamos decir de ese cuerpo que es nuestra manera de estar ahí como personas, la forma de estar ahí en el tiempo y en el espacio, aquí y ahora. Esta forma de estar ahí quiere decir el conjunto de gestos con los que nos expresamos y nos presentamos; gestos que están dirigidos por una conciencia totalmen-

te diferente de la conciencia del cuerpo que tenemos. Esta está enfocada hacia la salud y quizá hacia la belleza, mientras que la otra, está orientada hacia la transparencia en el núcleo trascendente de nosotros mismos. Tomemos un ejemplo sencillo: estamos cenando, los manjares son suculentos, seguimos comiendo y eso no hace daño todavía ni a nuestra salud ni a nuestra belleza. Seguimos nuestro banquete y llega el momento en el que, con un bocado más que tomemos, nos sentiremos un poco ahogados, un poco bloqueados, privados bruscamente del contacto con nuestra profundidad; entonces es cuando hemos pecado, ahí, contra nuestro espíritu interior de la trascendencia. No obstante, eso no tiene nada que ver con nuestra belleza o nuestra salud. Nos sentimos como desconectados de nosotros mismos y lamentamos ese bocado de más. Se trata, pues, de otro plano diferente al de la salud-belleza, es una forma de ser que nos pone en contacto con nuestro ser profundo y esa actitud forma la consciencia del bien o del mal frente al cuerpo que somos. Por eso, se pueden hacer, en el plano existencial, infinidad de gestos, movimientos o acciones, incluso formas de hablar, que son contrarios a la ley de la trascendencia...

Si el cuerpo que somos representa al hombre y a la propia persona en su forma de estar ahí, entonces se puede despertar a la persona por medio de sus gestos. Pongamos otro ejemplo: las personas van a menudo al médico por causa de un dolor bien conocido en los hombros que es casi general. El médico, formado por la ciencia objetivizante del cuerpo que tenemos, dirá: "Sí, usted tiene calambres, músculos agarrotados, voy a prescribirle calmantes, quizá le hagan falta masajes. Si no mejora, le pondremos inyecciones..." El médico ve el cuerpo que tenemos; pero para el que ve el cuerpo que somos, la tensión en los hombros representa una actitud de la persona identificada con su yo existencial que desconfía de algo. Cada tensión del cuerpo que somos expresa una desconfianza contra el mundo, contra los momentos

futuros, por ejemplo, que podrían ser desagradables. Siempre estamos alerta, tenemos que defendernos o atacar sin estar material o espiritualmente en condiciones de hacerlo... La contradicción más fuerte se localiza en los hombros y en la nuca, es la famosa "nuca rígida" de la que habla la Biblia; siempre representa, como acabo de decir, una desconfianza frente al mundo; mientras que las tensiones a nivel de corazón y del plexo representan una desconfianza contra las emociones; a nivel del vientre y de la pelvis la tensión significa una desconfianza contra las fuerzas cósmicas; a nivel de los pies, finalmente, es una desconfianza frente a la tierra y un cierto miedo a echar raíces. Ni los medicamentos ni el ejercicio ni los masajes van a cambiar los síntomas, sino el descubrimiento y el ejercicio de una actitud de confianza del cuerpo que somos.

Se puede decir que cualquier enfermedad propia del hombre es la expresión de un desarreglo de la persona, del cuerpo que somos. La medicina actual está comenzando a entender esto. Se habla de la medicina psico-somática, pero, con todo, todavía hay distinción entre psiquis y soma. Hay que ir más lejos y ver expresamente a la persona en su conjunto según su forma, justa o falsa, de comportarse en la vida. Si el propio terapeuta está en una actitud justa, al menor contacto hace que su cliente cambie de actitud. En este caso se está influyendo como cuerpo que somos sobre un cuerpo que el otro es y no sobre el cuerpo que tiene. Lógicamente, todo el trabajo realizado sobre el cuerpo que somos se refleja en el cuerpo que tenemos y al contrario, todo lo que el médico hace con sus remedios tiene su influencia sobre el cuerpo que somos. Hay que comprender que hay una forma de estar que expresa confianza y hay que arriesgarse a ese comportamiento. En mi enseñanza, eso se aprende en una postura, una manera de estar en la que uno se arraiga en su centro vital llamado *Hara*. Esas son las condiciones en las que puede basarse una técnica de trabajo.

A.G.: *Según la tendencia que se adopte, la técnica puede ser, por lo tanto, una ascesis de dominación y de desprendimiento, pues "la carne tiene deseos contrarios a los deseos del espíritu", o una ascesis de transfiguración, puesto que ese mismo "cuerpo es un templo del Espíritu Santo... relacionado con la plenitud de la divinidad", dice San Pablo. En el primer caso, el cuerpo será "la bestia que hay que domar", como sugiere hoy todavía Lanza del Vasto; la ascesis se convierte entonces en "mortificación", acercándose en la historia, muy a menudo, a "mutilación"... En el segundo caso se intenta más bien "glorificar a Dios en su cuerpo", expresándome también según San Pablo, y la ascesis se convertirá más en una disciplina. Pero, como usted acaba de decir, el trabajo sobre el cuerpo que somos repercute también en el cuerpo que tenemos y al contrario. El que flagela el cuerpo que posee y le impone un cilicio o le niega las trufas y los dulces, elimina los parásitos y puede que así apague lo animal en beneficio del espíritu. Lo mismo que para un médico hay un abismo entre las dos concepciones del cuerpo, también para un espiritual puede haber, creo yo, puentes que las unan, pues todo está en la actitud. San Francisco de Asís dominaba su cuerpo, "el hermano Asno", como lo llamaba, pero sus estigmas dejaban entrever "la alegría perfecta". ¿No era porque se dedicaba, durante horas, todos los días, a la contemplación, como lo hacen invariablemente todos los místicos? La contemplación es, en todo caso, la puerta real hacia la actitud justa, el camino privilegiado y el ejercicio básico de su enseñanza. Sin ella no hay madurez humana ni cristiana.*

G.D.: ¡Exactamente! La meditación y toda la vida meditativa que de ella se desprende, son la gran respuesta a la invitación de Jesús: "metanoeite", ¡Convertíos! Es una obediencia radical a vivir en un plano diferente al de la moral altruista. Se trata de una penetración en el misterio que somos y de una vida libre orientada exclusivamente hacia la manifestación del ser divino. No es el producto de una imaginación piadosa o un objeto de fe, sino el conte-

nido de una revolución total de la consciencia que, en el fondo, es innata en nosotros.

La palabra "meditación" se encuentra hoy en no pocos labios y encierra sentidos muy diversos. Por lo que respecta a mi enseñanza, yo tomo "meditar" en un sentido pasivo: meditari, ser conducido hacia el centro, aunque la etimología no esté totalmente garantizada. En esa acepción, la palabra meditación es un término genérico que encierra, para mí, las tres fases ya conocidas en la Edad Media: "concentración, meditación y contemplación".

Para ponerse en el buen camino, hay que saber, ante todo, que es el Ser el que nos busca, que es el Ser el que querría convertirse en forma en nosotros y que es El el que hace el trabajo en la medida en que nosotros se lo permitimos: lo divino busca realizarse en nosotros, nosotros sólo tenemos que dejarlo actuar. El trabajo de un jardinero es un buen ejemplo: no puede tirar de la planta para que crezca más aprisa, sino que debe procurar preparar las condiciones para que ese movimiento, ese dinamismo de la vida no se interrumpa.

Lo mismo sucede con la meditación: al crear las condiciones necesarias se convierte en un ejercicio de transformación. La primera condición es la actitud, en efecto, como decía usted, la actitud justa. La meditación comienza primero con la concentración estando bien sentado. Cuando le preguntábamos a Maître Eckhart de dónde le venía su gran santidad, él respondía: "En primer lugar, de mi forma de sentarme". Evidentemente se puede meditar en cualquier postura y progresar, siempre que se tenga el espíritu en buena disposición...

A.G.: *Shri Aurobindo sustituyó el estar sentado por doce horas de marcha cotidiana y S. Simeón en el Nuevo Teólogo, alcanzó la cima de la santidad tumbado boca arriba: ¡Tenía la columna vertebral rota...!*

G.D.: Milenios de experiencia nos permiten

decir, sin embargo, que la postura heredada de la tradición Zen es la más favorable. Hay que añadir también que el fondo del tema en cuestión está inscrito igualmente en el cuerpo del hombre occidental...

A.G.: *Está en la naturaleza del hombre sentarse cerca de la tierra y lo hace tanto más espontáneamente cuanto menor es su estructura intelectual. He podido comprobar con qué facilidad los retrasados mentales se sientan en loto sin haberlo aprendido nunca. La postura llamada del "sastre", que consiste en sentarse sobre los talones, era conocida en Occidente y se ha hecho, con Teresa de Jesús, tan tradicional para los Carmelitas como en Japón...*

G.D.: Pero debemos a la tradición Zen el habernos recordado, sobre este tema, algunas exigencias que permiten una rápida entrada en el proceso meditativo, eliminando los obstáculos para la transparencia del Ser, en especial la importancia de la vertical exacta al estar sentado, que depende del buen anclaje en la horizontal, que es la región del abdomen y de la pelvis, es decir, el centro de gravedad, el hara, en el que se concentra toda la energía. Aquí todo se mantiene: el verdadero arraigamiento en la parte baja del tronco da lugar a una línea perfecta hacia la coronilla y el busto suelto y distendido permite que el *hara* se afiance. El arraigamiento en la tierra y en el cielo es la constitución del hombre, su doble origen.

La evasión, la somnolencia o el sueño están a mil leguas de la meditación, que exige la sumisión a una disciplina estricta, tanto en la precisión al sentarse como en la firmeza de la concentración o la fidelidad sin desfallecimiento en los ejercicios.

En la propia meditación se apunta hacia la "nada" de la conciencia natural. Esa "nada" es tan familiar para los budistas como para S. Juan de la Cruz, entre otros. No se trata de buscar el vacío por el vacío; pero, si he de captar la plenitud del misterio del Ser, es preciso que me desprenda de la agitación de lo

múltiple y libere mi conciencia de todo lo que la ocupa.

Se ha discutido mucho y no se ha comprendido bien ese vacío. Algunos cristianos se aferran a la meditación objetiva, basada solamente sobre un pensamiento o una imagen, y piensan que lo demás es budista...

A.G.: *Eso es porque, probablemente, no han recorrido mucho camino hacia su propio Silencio interior y no conocen mejor el que testimonia su tradición desde sus orígenes. Al no tener ni uno ni otro, confunden inevitablemente el Dios de Jesucristo con el de los filósofos. ¿Quién da a luz al Verbo: las bellas elucubraciones mentales de Platón o la espera silenciosa y virginal de María? San Pablo insiste, en su primera carta a los Corintios, en que se adquiere la verdadera sabiduría espiritual con la condición de "destruir la sabiduría de los sabios", es decir, liberándose de la esclavitud de la sabiduría del lenguaje racional y dialéctico.*

G.D.: Producir el vacío dentro de sí, o sea, convertirse en una copa virginal, es una condición vital para todo cristiano. El Verbo quiere encarnarse en nosotros, pero si nosotros estamos habitados por lo múltiple no podemos "acogerlo", como dice S. Juan "pues no hay sitio en nuestra hospedería". En tanto nuestra conciencia no esté liberada, estamos ciegos y sordos, con "ojos que no ven y oídos que no oyen". Las representaciones e imágenes mentales de Dios hacen de él una abstracción, hay que despojarse de ellas para pasar de la muerte a la vida. Se trata de renacer: para mí la meditación no tiene sentido si no transforma al hombre y si el que medita no es otro diferente cuando sale. Si después de media hora de meditación se es el mismo que antes, es porque se estaba en una actitud falsa.

A.G.: *Eso explica por qué tantos religiosos y religiosas que meditan una hora o incluso dos al día, durante*

toda una vida, se encuentran, en su vejez, llenos de amargura y sin alegría. "Lejos de estar vacíos de sí mismos, están llenos... y espiritualmente enfermos", señalaba Thomas Merton, que conocía bien la vida monástica.

G.D.: ¡Qué lástima! Se pueden hacer bellas consideraciones sobre Dios e incluso entrar en profundidad con la razón en una parábola del Evangelio sin que eso nos cambie nunca. Es un serio desconocimiento del hombre reducirlo a su cabeza. La actitud justa le revelaría que también es aliento, corazón, centro profundo...

A.G.: *Supongo que, después de la posición sedente, el elemento más importante del acto meditativo es, precisamente, la respiración. Como buenos occidentales, la hemos rebajado a no ser más que una función que nos proporciona aire. Pero, ¿qué es en realidad?*

G.D.: Si la respiración no es más que un fenómeno corporal, le damos completamente de lado. En realidad, es el Aliento de la gran Vida, el Aliento que impregna todo lo que vive y al hombre en su totalidad: cuerpo, alma y espíritu. Si la respiración no es correcta, todo el hombre está en desorden. Cualquier desarreglo de la respiración muestra un desarreglo del hombre que influye en todo lo que es y hace. Más aún, bloquea la manifestación del Ser e influye en el conjunto de su desarrollo interior y en todo el futuro de la Persona. De hecho, la mala respiración es consecuencia del pequeño yo dominador que ha retirado el Hálito del centro profundo, animado por el diafragma y lo ha instalado en la parte superior y voluntaria del pecho, activada entonces por los músculos auxiliares.

La buena respiración es el gran movimiento de la Vida que en un latido se da y en otro se recibe; si se vive conscientemente durante la meditación, este movimiento se apodera poco a poco de todo el hombre para transformarlo a través de una muerte y un

renacimiento continuos, que se profundizan sin cesar. Ese gran "muero y me hago" es la fórmula fundamental de la vida, presente tanto en el fondo de la respiración como, por otra parte, en la creación entera. Se trata de un proceso de metamorfosis en el que se abandona el dominio unilateral del pequeño yo existencial, en favor de un nuevo nacimiento y de la aparición del Ser esencial. Es un verdadero entierro del hombre viejo, una muerte con todas las formas fijas de la existencia, para renacer en otro plano como una persona, con toda la dimensión que este término implica.

A.G.: *Vd. hace que me entren ganas de cantar el himno: "¡Abrid vuestros corazones al soplo divino, su vida se injerta en las almas que El toca! ¡Que renazca un pueblo nuevo!... ¡Abramos nuestros corazones al soplo de Dios, pues El respira por nuestra boca más que nosotros mismos!"*

G.D.: Todo eso no son imágenes o una teoría que hay que aplicar durante el ejercicio, sino lo que se produce en realidad en el acto respiratorio, cuando es correcto, y del que debemos concienciarnos de una forma cada vez más perfecta al realizarlo; es decir: en la espiración, la renuncia hasta el abandono; y, en la inspiración, el regreso regenerado, la nueva criatura. De esta forma el hombre se ve afectado en su totalidad, cuerpo-alma-espíritu, por ese movimiento de la transparencia que, en cada acto respiratorio, contiene en esencia todo lo que debe madurar en el camino. No hay límites para el progreso de ese movimiento de transformación.

La respiración es el movimiento transformador por excelencia, es innato. Hemos de estar muy atentos a la relación espiración-inspiración. Cuando se ha comprendido que no se debe inspirar, captar la inspiración, sino que "eso nos inspira", en el propio sentido de la palabra, entonces se podrá vivir a fondo la respiración. Habrá que poner más énfasis, pues, en la

espiración, es decir, abandonarse. Sólo después de haberse liberado se puede recibir; la inspiración viene por sí sola. Desde el momento en que la inspiración es activa y voluntaria, la puerta se cierra en lugar de abrirse. La inspiración comporta tres aspectos en un mismo movimiento: la apertura, la visita y la plenitud. Si usted pide a alguien que espire profundamente, la mayor parte del tiempo hará una gran inspiración, persuadido de que primero hay que tomar para poder dar. Lo mismo pasa en el plano existencial: hay que tener para dar; pero en el plano espiritual sucede lo contrario: hay que darlo todo para recibir.

En el fondo, la inspiración es siempre el regalo de una buena espiración; se recibe y, en este sentido, tiene un doble significado: es el aire que me llena para el buen funcionamiento de mi organismo y, desde otro plano, es "la inspiración", soy inspirado o Eso me inspira; en la inspiración una Presencia se apodera de mí.

A.G.: *El occidental tiene la costumbre de echar mano de las cosas más maravillosas y adueñarse de ellas, por lo que no es de extrañar que lo haga también con la inspiración y que por ello se oxigene sin vivificarse... Pero, ¿puede la espiración ser un acto voluntario?*

G.D.: Sí. En el ejercicio es primero un acto voluntario; después, se produce por sí misma. Es cuestión de percatarse de ella, de seguirla, no de "hacerla". Así sucede en todo el movimiento respiratorio; en general, la respiración del hombre está viciada.

La mayoría de las personas tienen una respiración mal situada y demasiado alta: respiran con el pecho en lugar de hacerlo con el diafragma, como resultado de una actitud de alerta y de un yo siempre comprometido. En cuanto uno se excita sube la respiración, se está "fuera de sí, sin aplomo ni consistencia". Por el contrario, cuando uno se encuentra bien, relajado y centrado, se tiene una respiración justa,

por el diafragma; sólo entonces la respiración se convierte en un movimiento de toda la persona. Por tanto, lo primero que hay que hacer, en la respiración, es relajarse, empezando por los hombros, o sea, relajarse como persona y no como músculo. Se trabaja sobre sí mismo, no sobre su cuerpo. A la relajación de nuestra parte superior, al comienzo de la respiración, le sucede espontáneamente un descenso durante la espiración, un don propio que concluye, al final de la espiración, con un abandono. Uno se sienta en su pelvis, en su buena posición. La pelvis se constituye en copa que acoge la vida nueva, uno se siente seguro, tranquilo, sin miedo... En la espiración encontramos, como en la inspiración, tres aspectos de un mismo movimiento: relajarse, don de sí y abandono.

A.G.: *El abandono es una entrega total de sí, el cénit de la apertura en la espera confiada. El momento que pasa entre la espiración y la inspiración no es una detención estática y querida, sino que abre a un abismo misterioso y vivo de donde nace la inspiración que da la vida...*

G.D.: Con la práctica, estos dos grandes movimientos, inspiración y espiración, se convierten en los dos polos de un movimiento único llamado "rueda de la metamorfosis", muerte... nacimiento... distensión... tensión... y la armonía entre la tensión y la distensión conduce a la "tensión justa". Es importante establecer la diferencia que hay entre distensión y apoltronamiento. Tensión-distensión son precisamente las dos caras del ser vivo, mientras que crispación-disolución son dos estados que se excluyen.

El hombre que no está centrado oscila siempre entre la crispación y el apoltronamiento: en tensión o indiferente, dos actitudes que conducen a la muerte. El Diablo, el Adversario de la vida, hace dos cosas: detiene el movimiento arriba y abajo con el endurecimiento o el apoltronamiento, dos actitudes estáticas que el hombre adopta si está encerrado en su peque-

ño yo existencial que quiere mantener su posición. La sabiduría de la Vida es un movimiento perpetuo que no permite ni un solo momento de parada. Por el contrario, cuando la "tensión justa" se hace más profunda, el movimiento respiratorio se hace casi imperceptible; entonces, la fuente de la Vida, el Ser, puede visitarnos produciendo grandes conmociones que nos llevan a veces hasta el éxtasis, o pequeños toques del Ser y arraigo en sí que nos dejan indiferentes. De igual forma que ínstasis puede convertirse en una experiencia frecuente para el que avanza en el camino, el *satori*, la gran iluminación, es raro. Se habla con demasiada facilidad del *satori*; uno de los más insignes maestros Zen dijo que había tenido tres en su vida.

Lo cierto es que la espiración es un salto a lo desconocido, con una confianza total y sin restricciones, que desarrolla la receptividad del buscador al máximo, lo lleva al abandono radical de absolutamente todo y le hace entrar entonces en la noche mística, en las tinieblas de la muerte. Sin ella no hay resurrección. Eso supone, a menudo, años de práctica.

A.G.: *Pero, en el Camino, no hay más que la sequedad del desierto, por suerte. A veces, se manifiesta en él el fuego de la Zarza que arde o la fuente que brota de una roca, un pozo artesiano, un oasis... tantas luces y puntos de frescor, mensajeros precursores de la gran Luz-Iluminación. Todas las promesas bíblicas están ahí y nuestros predecesores en el Camino las han vivido antes que nosotros: como Moisés y todo su pueblo, en busca de la Tierra Prometida...*

G.D.: Lo que debe animarnos es un trabajo incansable para que estas experiencias, que en ocasiones no duran más de una fracción de segundo, se hagan cada vez más frecuentes y profundas. La "rueda de la metamorfosis" debe girar sin interrupción... Las actitudes equivocadas del cuerpo que impiden la unión con el Ser se eliminan progresivamente. Las

tensiones y rigideces que manifiestan siempre una distorsión de la persona, se detectan y relajan con más facilidad cada vez. El arraigamiento en el centro vital hace desaparecer todas las falsas seguridades y la persona pasa del estado de desconfianza y de crispación al de una confianza completamente original.

A.G.: *El que se acerca a esta orilla en busca de una nueva Presencia, sorprendente y desconocida, abandona sus antiguas ataduras...*

G.D.: Lo primero que busca, a partir de ese momento, es el Reino interior del Ser. Aprenderá a cortar de raíz deliberadamente todo lo que sea contrario a esa vía, en especial todas las garantías en las que corre el riesgo de volver a apoyarse, ya sean materiales, morales o religiosas. No obstante, en todo este trabajo, lo que cuenta en principio es el esfuerzo, no el resultado. Es un problema de cada momento y no solamente de la meditación.

A.G.: *Cuando se dan las condiciones esenciales de una técnica (tensión justa, respiración y arraigo) y se interrumpe el proceso de transformación, la "técnica se convierte en Tao" y el buscador en una actitud que el Zen denomina hara. Se trata del centro de gravedad localizado en el abdomen y en la pelvis, pero que en realidad es una disposición del hombre en su conjunto expresada a través del cuerpo que él es. Ante él se abren las etapas de la madurez en un camino sin límites. Pero, ¿cuál es ese hombre?*

G.D.: Si alguien reduce el *hara* al sentido literal del "vientre", sigue sin comprender nada, pues se trata, en efecto, de la constitución del hombre completo, gracias a la cual se libera del predominio del pequeño yo desconfiado y crispado. El hombre que está en su "asiento", reposa sobre una base sólida desde la que puede aceptar el mundo y la vida tales cuales son, con una confianza profunda.

El *hara* es el centro vital del hombre; no obstante, su verdadero centro seguirá siendo siempre el corazón. Para mantener el corazón abierto, no hay que concentrarse en él de forma objetiva, sino sentirse primeramente en su centro vital, que es toda la pelvis, para entrar en contacto con la fuerza universal que lo habita. Como usted sabe, contamos con dos fuerzas: la de la voluntad, que "hacemos", y la fuerza universal, de la que participamos y que hemos de saber admitir. La fuerza que se encuentra a través del *hara* es una manifestación individual de esa fuerza universal llamada *ki*. Se tienen mil pruebas de esa fuerza, de la que damos aquí un ejemplo sencillo: Pongo mi brazo derecho horizontal y pido a alguien que lo doble... si retiro mi hara y encojo el vientre, el otro terminará por doblar mi brazo. Si, por el contrario, yo me relajo y me concentro en mis brazos y en mi hara, dejo que aumente la fuerza del brazo, no habrá nadie que pueda doblarlo. La voluntad no entra en juego, es muy curioso.

Un ejemplo más: Si te sientas en una silla, dos hombres pueden levantarte con facilidad. Si te sitúas en tu hara, casi no serán capaces. Todavía no sabemos lo que es esta fuerza en el plano físico...

A.G.: *El salmista grita a menudo: "Señor, tú eres mi fuerza, en ti confío... En ti me apoyo..." ¿Se puede comparar, para el que tiene fe, la fuerza del hara con la presencia divina?*

G.D.: ¡Cuidado! De la forma en que plantea la pregunta, se corre el riesgo de hacer de lo divino una realidad más o menos cerrada. Yo diría mejor: "¿Qué es lo que no es manifestación de la fuerza divina?" "La vida, el movimiento y el ser", como dice San Pablo, los tenemos en el Ser Divino. El es, por consiguiente, el verdadero centro de todo lo que existe y todo lo que existe no lleva a cabo su verdad interior más que permitiendo que el Ser se manifieste en su forma particular. Podemos decir que el hombre se

encuentra claramente en su centro cuando se ha dado cuenta de su propio camino, como si fuera una verdad innata y una llamada personal, y es capaz de realizarla conscientemente a través del menor gesto cotidiano.

A medida que el conocimiento del camino penetra en las capas profundas de la consciencia, éste representa un retorno radical, una reorientación de arriba a abajo. La vida no gira ya en torno al hombre, sino en torno al Ser divino y a su manifestación. Estar centrado se traduce entonces por una sensibilidad extrema a todo lo que impide la transparencia y a todo lo que la favorece. Es un estado de vigilia-crítica permanente que moviliza al hombre en su totalidad.

En este punto, el cuerpo, con su forma, su actitud y toda su dinámica, es la expresión del devenir de la persona, siempre en vías de transformación, que evoluciona entre la parte superior y la inferior, entre el cielo y la tierra y restituye progresivamente al hombre a su doble origen: terrestre y celeste. La apertura al *hara* lo arraiga en las fuerzas cósmicas y lo libera de la esclavitud del pequeño yo, mientras que la apertura hacia la parte superior del cuerpo (pecho-cuello-cabeza) lo conecta con las fuerzas espirituales. Pero sólo cuando se ha efectuado la integración entre cielo y tierra es cuando el hombre encuentra su verdadero centro, que es el corazón, de donde brota su persona...

A.G.: *Finalmente, ¿el centro del hombre no son ni el hara ni la cabeza, sino el corazón?*

G.D.: Sí, el "corazón", no como sede de nuestros sentimientos, sino como centro que se abre precisamente cuando el yo lo ha abandonado todo y, abierto al cielo y a la tierra, se ancla en ese punto neurálgico que une a los dos. Físicamente ese punto está a la altura del plexo solar.

Ahí es donde confluyen la horizontal y la vertical, la vida terrestre, condicionada por todo el peso

de la historia, y la vida celeste, no condicionada, por encima del espacio y del tiempo, el Ser divino. En el campo de esa tensión es donde únicamente se forma el centro personal del hombre, cuando éste permite que lo incondicionado se manifieste en lo condicionado y que aparezca la fuerza en la debilidad, el sentido en lo absurdo, el amor en la crueldad del mundo: cuando el hombre sabe que no puede vivir más que por el Ser, para El y con El, y acepta continuamente la responsabilidad de no traicionarlo con una huida a la horizontal. En el centro de esa tensión y animado por ese movimiento incesante entre horizontal y vertical, el hombre está en cruz. Pero de su centro brota la luz de la persona que nace y renace. La muerte en la cruz es siempre resurrección, vida nueva. El símbolo de la cruz es también el de la situación universal de todo lo que está vivo y tiene la tensión y las condiciones espacio-temporales que le permiten manifestar dicha imagen de una forma condicionada. De esta manera, toda la creación también está en cruz.

Pero hay más: ese cruce que nos dice cuál es el centro del hombre y de todas las cosas es también el centro incandescente de un encuentro: el de Cristo. El es el Centro de todo centro y el Principio de toda forma, el Verbo por el que todo subsiste, el que une cielo y tierra. Hemos de decir, pues, que el hombre está en su centro allí donde se siente uno con Cristo y oye su llamada como la de un Maestro interior. Toda su vida, entonces, sale de Cristo.

Decir eso no tendría ningún sentido evidente y no sería más que una creencia piadosa de poco valor, si no se tratara de una experiencia afectiva y de una transformación, de un camino concreto que atraviesa las ansias de la muerte hacia otra vida.

A.G.: *Eso es lo que Jesús ha vivido y no nos invita a otra cosa. Cristo nunca trató de adoctrinar a su auditorio en contra de todos los pequeños catecismos de buena conducta moral. Su enseñanza es una "buena nueva" que*

llama siempre a la experiencia más concreta: "¡Venid y ved!" son las primeras palabras dirigidas a sus discípulos y el contenido de un programa que no tenían que "saber", sino "comprobar". Todo el problema de la educación religiosa actual está ahí: es un problema de método. Los apóstoles lo habían comprendido y les había calado hondo. Después de Cristo, su predicación no tenía nada de teórica y distaba mucho de ser un simple asentimiento intelectual a una proposición dogmática. La paradoja cristiana de la cruz, precisamente, intervenía para crucificar al entendimiento. S. Pablo lo presenta como una "locura" y pide a sus oyentes que acepten lo inaceptable para que experimenten en ellos ese poder secreto y misterioso que es la presencia del propio Cristo. "Estar clavado en la cruz de Cristo" significaba para él y para los cristianos una experiencia rigurosa de muerte, de tal forma que el pequeño yo dejase de ser el principio, el centro de nuestros actos: en lo sucesivo, éstos proceden de Cristo que vive en nosotros.

El dinamismo de esta teología extraordinaria se pone de manifiesto durante toda la Edad de Oro de la patrística. Los incentivos de este camino son la salida de su yo, la purificación interior, lo que usted llamaría la renuncia y la contemplación, eliminando decididamente todo concepto de Dios. Hasta en la formulación misma de los dogmas, muy poco numerosos por otra parte, se persigue la realización de esta experiencia. La expresión de los dogmas es, a menudo, antonímica, paradójica, contradictoria, lo que obliga a la razón a salir de su circuito cerrado, a estallar en cierta medida y a trascender hacia el misterio que ella no puede contemplar. Junto a eso, los que hoy se llaman "teólogos" no hacen en muchos casos más que filosofía religiosa...

G.D.: El bello sistema de creencias que se ha apilado en la cabeza de los cristianos, se ha vaciado y se derrumba en la actualidad. Es su angustia y la desgracia de nuestro tiempo. Buscan una comprobación experimental de su fe, a la que ni su educación ni ninguna catequesis les han dado nunca derecho. Se les ha transmitido una doctrina, ignorando totalmen-

te lo que es el despertar a su realidad de "persona" y lo que supone la plenitud de ésta.

A.G.: *¡Y con razón! ¿Dónde están, en la mayoría de las iglesias de hoy, los animadores, los profetas, los maestros...? Sin embargo, ¿quién no aspira a volver a oír, por la voz de un profeta o de una iglesia, la ardiente llamada de Jesús: "¡Ven y sígueme!" y a unirse a su séquito concretamente en el famoso "Camino" del que hablan tan a menudo los Hechos de los Apóstoles?*

G.D.: ¡Está tocando en el centro mismo de todos mis esfuerzos! Yo intento situarme en la estela de Cristo y no en la de Buda. Mi intención no es la de proponer experiencias liberadoras o iluminadoras, sino su fruto, que es la transformación en una persona. Ahora bien, Cristo nos ha enseñado el camino de ese llegar a ser y lo ha vivido ante nuestros ojos. El mismo es ese camino, como lo ha manifestado varias veces: "ir en su séquito" significa descubrir su "Reino, que no es de este mundo". Para ello es indispensable, en efecto, como usted ha recordado, "cargar con su cruz", aceptar lo inaceptable como Cristo, la aniquilación del yo existencial mediante la travesía de la muerte, de lo absurdo, de la soledad y, en el abandono al Ser, realizar la experiencia de la redención. "El que pierde su vida por mi causa, la encontrará".

Así pues, El es el camino, pero también es la Vida y para encontrarla es preciso haber dejado todo. "Ve, vende todo lo que tienes y, luego, ven y sígueme". Sólo con esta condición, puede percatarse uno de la verdad propia: siguiéndolo a El, que es "el Camino, la Verdad y la Vida".

La Vida, con mayúsculas, abre sus ojos por vez primera en Jesús; en él, el hombre se hace consciente de que él mismo es esa Vida y de que está llamado a manifestarla y dejarla translucir en la existencia. Jesús es el "nuevo Adán" porque es el primer hombre en el que se reconoce plenamente a la "persona".

La experiencia de Dios, hecho hombre en Jesu-

cristo, es un acontecimiento inaudito a lo largo de la historia. Es la culminación de un largo hacerse humano y, de esa experiencia de Jesús, sale la historia nueva de la humanidad. En lo sucesivo, vivir en plenitud quiere decir participar en ese giro de la historia, siguiendo a Jesucristo...

A.G.: *Y la verdadera vocación de la Iglesia es la de llamar a cada hombre a vivir esa experiencia prodigiosa en comunión con los demás, para que, como dice el salmista, "del océano al océano y hasta los confines de la tierra", toda la humanidad se ponga en camino hacia esa aventura única. Por tanto, la Iglesia es el misterio mismo del Señor entre los hombres y no un imperio socio-político... Esa es, en cada época, su responsabilidad turbadora y trágica.*

(5,7)

VII

PARA UN NUEVO ARTE DE VIVIR

ALPHONSE GOETTMANN: Parece ser que en Alemania más de un millón de personas meditan regularmente a diario. Su centro está siempre lleno. En él hay gentes de todas las edades, profesiones y nacionalidades. Francia también va despertando a sus enseñanzas. Sin embargo, es más interesante, más atractivo, hacer deporte, baile, yoga, que sentarse en silencio en una austera inmovilidad. ¿A qué puede atribuirse este enorme "éxito"? El hombre actual, bajo los escombros de la agitación y de todas las apariencias contrarias, ¿no presentirá que está llamado a la Alegría, a convertirse en otro hombre distinto?

GRAF DÜRCKHEIM: ¡Sí! En el caos actual, el hombre se pregunta más que nunca sobre el verdadero sentido de su vida. Con todo, la dirección sólo se da a través de la experiencia. Ahí es donde la meditación responde a su deseo de realizar su persona íntegra. Persona viene de *personare*: sonar a través de, hacer el yo existencial transparente al Ser esencial. El acto meditativo abre al hombre y permite que la Voz divina, que es la expresión de su Ser esencial, "suene" a través de su yo condicionado. De esta transparencia nace la persona y sólo entonces se realiza en profundidad...

A.G.: ... *realización que se convierte en una cuestión de vida o muerte para nuestro tiempo. Si el hombre se ahoga con la polución, si se encuentra en vísperas de una nueva guerra mundial, es porque interiormente se encuentra asfixiado y ha dejado de ser él mismo. Pero, ¿cree usted que la meditación, por sí sola, basta para reconstruir este mundo que se derrumba?*

G.D.:Todo va hacia el hombre y sale de él. Es cierto que la meditación lo transforma profundamente, pero no es más que un tiempo propicio para otro estilo de vida. La meditación permite conseguir la "actitud justa" que debe servirnos de norma en todo lo cotidiano, pues lo cotidiano es el verdadero campo de acción y de práctica. Al principio del camino se hacen ejercicios pero, a medida que se profundiza en la experiencia, el propio hombre se convierte en ejercicio. Ya no se trata de un "saber hacer", sino de una forma de ser. Se alcanza la madurez humana cuando el tiempo en el que se pierde el contacto con el Ser se hace cada vez más corto. Según el viejo dicho, "cada instante es la mejor de las ocasiones", y la práctica en lo cotidiano significa, en todas las cosas, recogimiento y conversión. Así, al despertarnos al Ser que llevamos dentro, sentiremos también al Ser esencial de las cosas y encontraremos al Ser en medio del mundo entero.

A.G.: *¿No es ahí donde se pone de manifiesto con más fuerza la famosa frase de Suzuki que usted ha citado: "Mirar hacia fuera como debería mirarse hacia dentro, haciendo del exterior el interior". El exterior se convierte en campo de experiencia interior y, paulatinamente, exterior e interior son expresión de una misma realidad. "Todo tiene una profundidad", dice Paul Tillich, todo es interior, en definitiva.*

G.D.: Pero eso necesita otros ojos y otros oídos y procede no sólo de una cultura adquirida en los libros, sino de un fomento de la experiencia interior.

Dicho de otra forma, se trata de la liberación de todo un contexto habitual y, al mismo tiempo, de una apertura hacia un camino completamente nuevo, inesperado, de una llamada a una misión de la que el hombre nunca ha sido consciente antes: está dotado, es capaz y está hecho para convertirse en testigo de una Realidad que acaba de vivir. Se trata de una deificación cada vez más completa. El hombre aprende a oír, a experimentar lo divino a través de todo lo que encuentra, no sólo en una hermosa flor o en un bello paisaje, sino viendo lo invisible en todo: oye lo que no puede oírse, entra en contacto con cosas que no se pueden tocar... Ve, siente, toca la Presencia; por tanto, es por los sentidos por donde empezará a dar testimonio de lo divino. Por ejemplo, en una flor no ve solamente la flor que todo el mundo puede ver, sino que a través de ella ve la esencia divina en la forma particular de esa flor. Esa forma de experimentar la vida de la flor y de reconocerla es, a su vez, una manifestación de lo Divino.

Otra forma de dar testimonio de lo Divino está en la acción... Cualquier cosa que se emprenda, en sentido propio o figurado, pintar, cuidar un jardín, construir una casa o dar forma a cualquier cosa, es también una ocasión. Lo he visto en el Japón, observando a un campesino que debía hacer un agujero en una pared. Reflexionó durante mucho tiempo: "¿Dónde voy a hacer el agujero, un poco más a la izquierda o un poco más a la derecha?". Por fin, el lugar que encuentra da a todo el muro un carácter particular, la impresión de algo del más allá: la armonía que debe haber, por otra parte, en toda obra de arte o, de lo contrario, no es digna de ese nombre, es un mamarracho. Se habla de arte cuando es transparente a la trascendencia; el artista, ni que decir tiene, está llamado a manifestar lo divino en su trabajo, en lo que modela o hace. Esa resonancia, lo numinoso, es para él la cualidad primaria por excelencia.

Yendo más lejos, la finalidad de todo educador debería ser la manifestación de lo divino en la forma-

ción de una persona, una persona transparente a sí misma y para los demás. Tomemos como ejemplo a un profesor de piano: su deber no es únicamente formar a los alumnos para que toquen perfectamente, sino que debe formar a un ser humano a través del aprendizaje del piano, de manera que lo que sabe hacer sirva para lo que debe llegar a ser. El sentido de la eficiencia no es la obra, sino el devenir del que es capaz de hacer una obra. Esto ha sido así para uno de los grandes maestros del piano: Lipati. Su reputación mundial no le impidió seguir practicando con otro gran maestro, según se dice. Durante todo un año no tocó más que Do-Re-Mi... Después de esto, había adquirido ese tacto formidable que podemos apreciar ahora al escuchar sus discos y sus conciertos. La verdadera ejecución al piano es algo más que una buena técnica: es el resultado de un hombre que ha sido transformado.

Finalmente, la última forma de manifestar lo "divino" es el amor. El amor es el verdadero campo de la presencia de lo divino; pero hay que repetir que el amor tiene una cualidad completamente diferente según esté o no relacionado con la trascendencia. No se trata aquí del amor-sentimiento, amable, consolador, que calma y anima... sino del amor que, a través de todo eso, reconoce y despierta en el otro el centro esencial. Ese amor puede ser muy severo... El amor humano en general, el humanismo, abarca tres cosas: dar seguridad al otro cuando tiene miedo, dar un sentido a su vida y cobijarlo en una comunidad. El hombre está buscándolo continuamente, mientras que el amor que responde a la llamada del Ser es totalmente diferente. Es el amor que despierta en el propio seno de la persona amada ese cobijo, ese sentido, ese calor, justamente cuando se encuentra completamente perdida en el mundo, en el absurdo y en la soledad. En este punto, transmitir el amor a partir del núcleo divino, es hacer que otro encuentre la vida en la muerte, el sentido por encima del sentido y del sin sentido y el amor en la soledad.

El que está en contacto con el Ser deberá, pues, tener mucho cuidado cuando se trate de consolar. El consuelo puede ser muy peligroso. Hace algún tiempo una persona me escribía: "Mire en qué callejón sin salida me encuentro, ¿no tendría una palabra de consuelo para mí?" Como la conocía bien, le contenté: "Aunque tuviera esa palabra de consuelo, no se la diría, pues entonces le permitiría quedarse en su atolladero. ¡Hay que saltar! Y si yo le ayudara a soportar su situación, sería muy amable por mi parte, pero cometería un error".

A.G.: *Ese salto del humanismo amable a la deificación anuncia una conmoción radical para los que estén de acuerdo en vivirlo..."La verdadera moral se ríe de la moral", decía Pascal, puesto que el hombre quiere vivir y no jugar a Don Quijote que lucha contra los molinos de viento. Dios invita al hombre a una mutación vertical: pasar de lo creado a lo no creado, de lo humano a lo divino, de lo visible a lo invisible, de la moral a la deificación en sí mismo y a través de todo lo que hace y emprende. En todo momento se encuentra afectado por la "triple influencia" como canta la liturgia y, de una manera muy realista, usted lo ha dicho: frente a todos los peligros de aniquilación, de devastación, de disminución y de muerte, está la Plenitud del Padre que pretende engendrarnos... Frente al ridículo de la vida y a todas las formas de morosidad, la Luz del Hijo que revela el verdadero sentido de todas las cosas... Frente a la soledad y a la aflicción, el amor comunicado por el Espíritu... Cuando nuestras plegarias nos llevan a convertirnos en "iniciados de la Trinidad", están resumiendo la esencia misma de toda la antropología cristiana, que no pretende otra cosa que la deificación, la transparencia de todo hombre, el "fulgor del triple sol interior" y convertirnos en una persona que pasa de la imagen de Dios dentro de sí a su semejanza... Podemos decir que en cada momento, en nuestra actitud, en nuestra forma de andar, de sentarnos, de estar en nuestros cinco sentidos, de acercarnos a los seres y a las cosas, a través de todos los actos, pensamientos o sentimientos, pueden tener*

lugar, de la manera más simple, esos esponsales divino-humanos que son la verdadera vocación del hombre y fuera de lo cual nada tiene consistencia. ¿Puede usted precisar, quizá, cómo estamos implicados en nuestra totalidad, cuerpo-alma-espíritu, en esa transformación cuyo maestro es lo cotidiano?

G.D.: No hay nada fuera de ese triple aliento de la Vida incorporado a todo lo que vive y existe. Lo importante, en efecto, es estar abierto a él y permanecer en contacto con él. La apertura de la consciencia interior comienza con una forma de estar ahí como cuerpo que somos. Se trata de una presencia que siente inmediatamente cuándo ha soltado el hilo de oro que nos une con lo Esencial. Es una actitud de búsqueda constante, como el perro de caza que nunca pierde el rastro de la pieza. La atención está siempre dirigida hacia la profundidad. En Japón, un amigo me preguntó si yo hacía el ejercicio del Zazen... Yo respondí: ¡Sí!, y él me preguntó: ¿Cuándo?

—Por la mañana de siete a ocho
—¡Oh! Entonces todavía no ha comprendido absolutamente nada. Si no sigue todo el día, no le servirá de nada.

Pero si le hubiera contestado: "Hago el ejercicio todo el día", me hubiera respondido: "Eso no le sirve de nada si no hace un ejercicio especial por la mañana". Por lo tanto, los dos van parejos para poner al hombre en estado de vigilia continua. La meditación actúa sobre la forma de ser en lo cotidiano y lo cotidiano actúa sobre la meditación; pero, en ambos casos, es la misma actitud. Haga lo que haga: caminar, sentarse, pelar patatas, hacer punto o la cosa más superficial en apariencia... el hombre puede mirar hacia dentro y permanecer abierto a la posibilidad de ser tocado por lo divino; ninguna situación de la vida debe ser hermética, estamos en completo y continuo movimiento. Pero solamente la actitud justa permite

avanzar y madurar en el camino; eso es imposible si se está crispado, con los hombros en tensión, el vientre encogido y la respiración superficial, descentrado... todas las cosas expresan en el exterior lo que es en el interior: una persona dominada por un pequeño yo no ha hecho saltar los cerrojos y ha abandonado el lugar, no se puede mantener ningún contacto con el Ser... Pensemos en todos esos que se dicen "religiosos", cuya santidad aparente no es más que un enorme calambre. Tiene los rasgos tirantes, los labios apretados por el esfuerzo voluntario, la mirada perdida, un semblante sin alegría...

A.G.: *"Un santo triste es un triste santo", ya se sabe, y los últimos siglos de voluntarismo espiritual han introducido a menudo en la búsqueda de la interioridad un orgullo sutil que ha hecho bajar a los demonios a la calle, si no a los conventos o a las comunidades, donde se desuellan unos a otros tan a menudo...*

G.D.: El hombre es un todo inseparable. Si está dividido y tiene el cuerpo por un lado, el alma por otro y el espíritu no sé dónde, ¿qué quiere Vd. que aporte a los demás? ¿qué puede resplandecer a su alrededor, sino su estado desesperante?

A.G.: *¿No es más fácil la actitud justa en la unidad cuerpo-alma-espíritu para el trabajador manual que para el intelectual en el que lo mental está siempre en actividad?*

G.D.: Hay que diferenciar entre el trabajador intelectual que se sirve de su radio útil, necesaria, y el racionalista que se identifica totalmente con su razón. Creo que, en el fondo, al comienzo del camino de todos los verdaderos matemáticos o físicos, por ejemplo, hay un gran impulso espiritual o religioso que puede acompañarlos durante todo su trabajo y el descubrimiento de la solución de un problema puede ser un instante de experiencia espiritual muy inten-

so. Su oficio es su forma particular de responder a la nostalgia de encontrar el misterio extraordinario de la Vida y de introducirse en el empuje de lo Esencial. Es una actitud extremadamente piadosa, en el sentido amplio de la palabra, y eso es perfectamente posible, incluso dentro de un laboratorio...

A.G.: *La teoría de la relatividad fue descubierta por Einstein en el momento de una experiencia espiritual absolutamente fabulosa, un brote deslumbrante del Ser. La verificación racional vino después y dista mucho de estar acabada. ¿Lo estará alguna vez? Pues para comprender verdaderamente habría que repetir la misma experiencia en lugar de transpirar mentalmente... El calambre de los matemáticos existe de igual forma que el de los santos; pero esta vez nuestra atención se centrará en los colegios... ¿Qué hombre se fabrica en ellos?*

G.D.: El problema es general. Cuando se tiene otra visión del hombre, se da uno cuenta de hasta qué punto se le mutila en todos los lugares, en todas las facetas que se ocupan de él. Hay que señalar que la educación actual es especialmente desastrosa. Cojamos un campo como el deporte: ¡No es más que una pobre caricatura de lo que podría ser! En una conferencia para atletas, llegué a decir: "Señoras, señores: en su vida, seguro que han hecho una carrera de cuatrocientos metros. En el momento de obtener un triunfo, ¿no han sentido que ya no eran ustedes los que corrían, sino otro a través de ustedes?" Todo se quedó en silencio... Después de la conferencia uno de los atletas se me acercó y me dijo: "Usted ha dicho algo extraordinario... Después de una enfermedad, volví a las carreras y, ante mi gran sorpresa, hice la carrera más rápida de mi vida. No era yo, sino otro. Entonces experimenté un sentimiento de una profundidad, de una belleza divina y una alegría como nunca en mi vida. Y es ahora, gracias a lo que usted acaba de decir, cuando comprendo que aquel momento no era solamente la cima de mi vida deportiva,

sino que podría haber sido el comienzo de una experiencia del Ser que, en el fondo, exigía un trabajo diferente, que se había hecho posible a causa de esa transformación de mí mismo. Debería haber hecho mis ejercicios deportivos con esa óptica, para permanecer en contacto con la Realidad esencial que acababa de descubrir".

Este tipo de descubrimiento personal es el que hace comprender la decadencia y la desgracia del deporte actual. La regla de los Juegos Olímpicos es algo horrible.

A.G.: *La marca, la clasificación y la política han sustituido a la actitud mística de otros tiempos. La famosa catharsis de los griegos, vivida tanto en los Juegos como en los Teatros, provocaba el estallido de lo divino tanto en el actor como en el espectador. ¿Puede que quede algo de eso hoy en los aullidos de la muchedumbre en el estadio? No creo que se trate únicamente de una psicosis colectiva... ¿No sería un entusiasmo inconsciente de su contenido, aunque entusiasmo, a fin de cuentas? En-Theos significaba en griego estar en Dios. Antaño, la educación griega formaba seres litúrgicos; sus Juegos, al igual que la música y las artes, ocupaban el primer lugar en las escuelas. Era la verdadera práctica de un culto. Esa misma veneración la podemos ver hoy en el tiro con arco japonés, usted lo ha probado, según creo...*

G.D.: ¡Sí! En mi estancia en Japón estaba en la misma escuela que Herrigel, el autor del Zen en el arte caballeresco del tiro con arco. Durante tres años te enseñan a tirar sobre un blanco de paja de un metro de diámetro a tres metros de distancia. No es cuestión, pues, de dar en el blanco, sino de desarrollar un conjunto de movimientos que son la condición de la técnica del verdadero tiro con arco. El objetivo es que, después de años de ejercicio, llegues a un dominio perfecto de la técnica, de tal forma que tires sin que intervenga el yo ni la voluntad. Cuando hayan desaparecido la ambición de dar en el blanco y el

miedo a fallar, entonces la técnica, totalmente desprovista de la ambición del saber hacer y de la injerencia del pequeño yo, permite al centro profundo de ti mismo y a través de ti, lanzar la flecha. Ya no eres tú el que tira, es la Realidad profunda la que tira a través de ti y, en un acto particular, canta el canto eterno de la aparición del Ser... En ese momento, el que tira vive la experiencia extraordinaria de algo inaudito que lo atraviesa. Los espectadores que tienen "ojos para ver", perciben una radiación prodigiosa que emana del que tira...

Habría que evocar también la ceremonia del té en la tradición japonesa; todo consiste en su preparación. Pero, preparar el té, hasta el momento en que se toma, exige cierto número de movimientos. Se aprende a ejecutar cada movimiento con perfección y luego a encadenarlos todos. Hecho con las disposiciones que hemos mencionado, ofrece la posibilidad de un contacto con la Trascendencia no sólo para el que lo ve, sino para el que lo vive.

A.G.: *Esa es, sin duda, una lección poco corriente para el aprendizaje del valor espiritual de los movimientos normales de lo cotidiano...*

G.D.: ¡Evidentemente! Si haces en lo cotidiano gestos que se repiten sin cesar con la misma seriedad, entonces llegará un día en que hagas esos mismos gestos sin que intervenga tu yo y podrás efectuar la misma experiencia. Todo puede convertirse en ejercicio. Mi maestro Teramoto me decía que su ejercicio principal de la mañana era afeitarse, que había en ello una secuencia de movimientos que se repiten día tras día y que, al intentar perfeccionarlos, se ofrecía a sí mismo la oportunidad de tener una experiencia profunda.

Sólo se ve algo donde se mira, sólo se encuentra donde se busca. En cualquier momento y en cualquier ocasión se puede desarrollar la consciencia interior y sensitiva, despertar el gusto por lo numino-

so; de lo contrario, se pasa al lado de lo real. Un acto tan simple como el andar puede ser un medio excelente para aprender la apertura hacia el Ser; sólo con el paseo consciente. Por otra parte, un ejercicio muy estimado en Japón es el Kin-hin. Se trata de sentir el acto, no de pensarlo, de hacerlo con plena consciencia, dirigiendo la atención hacia tu propia profundidad. Por eso la respiración es un terreno privilegiado entre los movimientos automáticos. En cuanto se sigue conscientemente, sin perturbarla, puedes sentirte afectado por el Soplo divino.

Eso puede aplicarse asimismo a cualquier oficio. Un contable que durante todo el día cuadra cantidades... su manera de escribir las cifras puede ser una plegaria. En el fondo, el hecho de que la conciencia esté ocupada por un trabajo no impide para nada el contacto con el Ser. La cuestión es siempre saber cómo ese trabajo preciso me permite entrenarme en la actitud justa para ser testigo de lo divino. Lo mismo ocurre con los trabajos manuales... Observemos a un albañil: su forma de echar el cemento contra la pared... ¡qué mágico movimiento! ¡Es como un baile...! Al repetir ese gesto puede tener el maestro albañil una experiencia numinosa... Hay pintores que hacen siempre el mismo movimiento... conozco algunos para los que es un verdadero ejercicio espiritual... El campesino, cuando utiliza la hoz... puede realizar un acto religioso en su experiencia, mirad su cara... Y los artesanos: el zapatero, el herrero... el ambiente de los talleres, donde trabajan desde hace diez o veinte años y en los que siempre realizan lo mismo, reina una cualidad numinosa que abre los sentidos nada más entrar en contacto con ellos.

A.G.: *Señalemos también, desgraciadamente, los oficios que están en menor consonancia y armonía con la naturaleza humana... Pienso en los obreros abrumados por el trabajo en cadena, a los que he visto trabajar con trajes de amianto a mil grados de temperatura cerca de los altos hornos o agazapados a 400 metros bajo la tierra en la*

noche lluviosa de una mina de carbón... En raras ocasiones tuve una experiencia tan fuerte del misterio de la vida como frente a esas caras aterradoras, desfiguradas y, a pesar de todo, transfiguradas con una mirada que me sumía en mi propia profundidad... Pero, ¿son ellos conscientes de ser testigos de la Luz?

G.D.: Su situación se puede comparar con la de los soldados de los que hemos hablado, que se encuentran en el frente y están rozando continuamente el peligro, la muerte y el no regreso. En la medida en que acepten lo inaceptable pueden verse repletos de un profundo sentimiento de liberación, incluso dentro de su esclavitud. Nada, ni siquiera su atroz condición de vida, puede impedir que avancen en el camino interior...

A.G.: *Al contrario, quizá sea difícil de admitir, pero me da la impresión de que cuanto más se les niega el prestigio y el oropel de este mundo, más abiertos están al otro Mundo, presente en el fondo de sí mismos. Eso explica seguramente por qué Jesús los declaró "dichosos" y primeros elegidos en su reino... Eso explica también por qué llegan a poner, cuando quieren, esa enorme Fuerza que llevan dentro al servicio de la solidaridad obrera y de la lucha por la justicia...*

(1,3,12)

VIII

SOMBRAS Y LUCES EN EL CAMINO

ALPHONSE GOETTMANN: *Hace algunos milenios, Pantajali, el padre del Yoga, decía: "La práctica es la intensidad de la vigilancia permanente". En otras palabras, se trate de la meditación o de lo cotidiano como ejercicio, todo está en la atención; es la actitud fundamental y la clave del despertar a lo divino. Todas las tradiciones religiosas y sabidurías espirituales coinciden en esto. Pero, ¿cómo hacer una realidad de esta convicción? Ahí está el verdadero problema. ¿Cómo mantener una atención continua e ininterrumpida en un mundo que se las arregla para desorganizarla constantemente y para sumirnos en la división?, ¿no corren el riesgo de quedarse en agua de borrajas nuestras buenas intenciones?*

GRAF DÜRCKHEIM: ¡Naturalmente! La atención permanente es el primer arte en el que hay que ejercitarse. Es un estado de vela crítico que vigila sin descanso y sin desfallecimiento los movimientos de nuestro espíritu y de nuestro cuerpo, y es muy difícil.

El doctor Stachel muestra en un artículo lo que el Zazen aporta a los cristianos y él mismo dice haber aprendido de esa forma a rezar un Padre Nuestro sin distraerse. Pero, ¿qué quiere decir "estar distraído"? Un día pregunté a Guardini lo que pensaba de un niño que bostezaba rezando el Padre Nuestro... Naturalmente, me respondió que eso no se hacía.

"¿Y por qué no?", le contesté yo, "no hay nada más normal y eso me sucede a mí todavía".

—Pero es una distracción...

—Bostezar cuando se dice "perdónanos nuestros pecados" quiere decir que la plegaria se realiza efectivamente, el perdón ha provocado una relajación y una distensión, puede empezar algo nuevo...

A.G.: *El recogimiento y la oración, como el trabajo, sobre todo el intelectual, son prácticamente imposibles sin relajación. La eutonía encuentra en ella toda su importancia; mediante la relajación muscular y la resolución nerviosa, la persona sale de su tapón de estrangulamiento y llega al recogimiento con mucha mayor facilidad. La atención está en proporción directa con la relajación. Pero, ¿en qué noviciado y en qué escuela se enseña?*

G.D.: Una vez realizada la condición de la distensión, se educa la atención mediante la concentración sobre un objeto y se intenta permanecer así durante algún tiempo. Siempre y en todas las tradiciones, el objeto que mejor se presta para ello es la respiración. Al seguirla conscientemente, se nos permite realmente eliminar todos los pensamientos que surgen "como una banda de monos alrededor de tu cabeza", según el dicho japonés. Sólo se van si eres capaz de permanecer concentrado sobre un solo punto.

A.G.: *¿No estamos tocando aquí el secreto de todos los genios y sobre todo de los santos? Las biografías de Francisco de Asís dicen que concentraba en un solo punto una energía gigantesca. Por otra parte, el Swami Sivananda habla del* one pointed mind, *de la mente concentrada en un solo objeto. De igual forma, la antigua tradición de la "Oración de Jesús" concibe todo el ser sobre un solo centro: el corazón...*

G.D.: Yo tengo una experiencia personal de la eficacia profunda de la "Oración de Jesús". Es el

"mantra" cristiano por excelencia. Los *relatos de un peregrino ruso,* que cuentan esta práctica, me han interesado mucho. En ellos se habla de un libro llamado *Philocalia* y me ha sucedido una curiosa anécdota relacionada con esto. No dejaba de preguntarme si existía esa *Philocalia* o si era una invención del peregrino; eso me intrigaba. Y, poco después de haber reflexionado sobre ello, el cartero llama a mi puerta y me da una carta de una señora rusa que vive en París. Yo no la conocía en absoluto y ella me escribía: "Señor, al leer uno de sus libros, me ha dado la impresión de que la *Philocalia* podría interesarle. Le informo de que en la actualidad hay una traducción inglesa del original". Ocho días después yo tenía la *Philocalia* en mis manos y podía leer los comentarios de los Padres de la Iglesia sobre la Oración de Jesús. (Se echó a reír).

A.G.: *Por una vez la "vocecita" se hizo exterior...*

G.D.: la de Dios, ... no la mía...

A.G.: *El Padre Lasalle, uno de los mejores especialistas occidentales en Zen, dice que la Oración de Jesús es lo que está más cerca de la meditación Zen en la tradición cristiana. Según su propia experiencia, la respiración desempeña en ella un papel importante, así como la exclusión de todo pensamiento discursivo, para hallar el lugar del corazón como centro unificador.*

G.D.: Conozco muy bien al Padre Lasalle. Con él introduje el Zazen en Alemania en una sesión de cuarenta mil participantes, sobre el tema "Oriente-Occidente". Tiene tras sí cerca de medio siglo de práctica Zazen y ha escrito grandes libros sobre el tema; está persuadido de que mediante el Zazen la apertura a Cristo se hace cada vez mayor.

A.G.: *El ejercicio del Zazen es ciertamente una importantísima escuela de atención. Nada te hace estar*

más presente al segundo que pasa que sentarte con una total inmovilidad y el darte cuenta del misterioso surgir de la vida; en ese momento, la atención se encuentra en su pico más alto.

G.D.: El problema de la atención es, sin embargo, más arduo durante la jornada; la vigilancia permanente es el fruto de una decisión completa del hombre. Presupone una decisión que llega hasta el final de tu ser al avanzar por el camino. La profundidad de la decisión es la única garantía de una fidelidad al camino que quieres tomar. Hasta que no has decidido realmente trepar hasta la cima de la montaña, no dejas de dar media vuelta a la menor fatiga... La profundidad de la decisión es la mejor garantía de la atención. Más que de la promesa de emprender un camino o de mantener cierta actitud durante algún tiempo, se trata de una decisión que produce remordimientos ante la infidelidad y el sentimiento de traición.

La fidelidad a los ejercicios está sometida a las mismas condiciones. En la firmeza de la decisión se encuentra el punto de honor frente a Dios; si se deja, uno se traiciona a sí mismo y al Maestro interior, que es más severo que el maestro exterior. Además, es una cuestión de disciplina: aparte de la disciplina impuesta desde el exterior, está la interior que adoptamos con plena libertad y que es muy diferente a la otra, pues se convierte en carne dentro de nosotros y nos permite llevar a cabo, contra viento y marea, una decisión que puede parecernos inútil y ridícula en ciertos momentos.

A.G.: *La buena relajación, la concentración en un solo punto, la decisión vivida dentro de una disciplina severa son, por tanto, los incentivos de la atención. Creo que saber que se vive una elección decisiva y darse a ella con toda su persona, hace que todo se organice alrededor de ese objetivo primero y se profundice en ese esfuerzo. Por encima de las aspiraciones confusas o contradictorias, la*

exigencia de la decisión tomada obliga a seleccionar, a conceder prioridades en los valores e iniciativas, a eliminar a menudo dolorosamente... Entonces se entra en un estado de ofrenda: ¿No es ése el sentido del sacrificio? Para algunos, se disminuye o se divide; pero en realidad la verdadera decisión nos centra al máximo, nos reagrupa y unifica. El presente se vive intensamente y se forja el futuro...

G.D.: Es una verdadera ascesis y sin ascesis no hay progreso. Según Santo Tomás, "la ascesis es un trabajo bien ordenado cuyo resultado es una constitución del hombre que hace que florezca la plenitud del Ser". ¡Qué definición! Es justamente eso... y, aunque poca gente lo consigue, ese camino lleva a la Presencia. El que lo ha experimentado ya no tiene más dudas; pero siempre volverá a caer en una actitud falsa e infiel a ese reconocimiento. Nunca se llega a la perfección y nadie puede pretender haber alcanzado el estado de vigilancia perpetua. "El justo cae siete veces al día", dice la Biblia.

A.G.: *Es entonces cuando las "llamadas" a una hora regular y los "recordatorios" sirven de gran ayuda...*

G.D.: Todo el mundo debería tener en su casa un objeto, aunque no fuera más que una piedrecita, para recordar la llamada de lo Diferente. Para muchos es una cruz, una imagen; para mí es la faz de Cristo, el Santo Sudario de Turín, siempre ahí, frente a mi mesa de trabajo y que me recuerda quién soy...

A.G.: *En todas las viviendas ortodoxas hay un pequeño iconostasio, el rincón de los iconos, delante de los cuales arde permanentemente una lámpara. Pero también en su casa arde la vela...*

G.D.: Sí... la vela encendida forma parte del lugar en el que trabajo. Para mí es un signo de vida y de luz, lo mismo que ocurre con el incienso...

También se puede uno meter en el bolsillo una castaña o un objeto cualquiera: con su simple contacto uno vuelve a ponerse en la actitud buena. No hay nada mágico en ello, los objetos no tienen importancia por sí mismos, sino que lo importante es lo que nos dicen, la realidad, el mensaje que representan. En fin, lo que puede ayudarnos mucho en lo cotidiano es el ceremonial.

Desgraciadamente, cuando pregunto a mis alumnos cuál es su ceremonial, veo con tristeza que muchos no lo tienen. Pero los que adoptan alguno son muy dichosos con la experiencia. Se trata de un conjunto de signos que uno se hace para expresar el lazo de la existencia con lo divino. Cada uno puede encontrar su propio ceremonial: por ejemplo, inclinarse al entrar en su habitación, rezar oraciones al principio o al final del día de pie o de rodillas, prosternarse, santiguarse, levantar las manos para la ofrenda u otros gestos... todo eso nos pone en camino hacia Dios.

A.G.: *Y cuanto más puro es el gesto y más libre está de toda ingerencia del yo, más transparente se hace el hombre... pero del gesto puro a la consciencia pura hay un largo camino que recorrer...*

G.D.: Lo que obstaculiza el camino es lo que la psicología de las profundidades llama, a partir de C.G. Jung, "la sombra". Se trata de algo sombrío, negro, en el interior del hombre, peligroso, por consiguiente, pues se escapa y se identifica con la fachada que él quiere mantener y se considera que está en su conciencia primitiva: "Sí, soy bueno, estoy en orden, me comporto como se debe, soy honrado, etc. No hay duda de que hago el bien". Esa educación para "hacer el bien... comportarse debidamente... estar en consonancia con los gestos que exige la ética de una comunidad...", todo eso permite al hombre olvidar lo que hay en realidad detrás de esa fachada. Ahora bien, detrás está "la sombra", el conjunto de

los impulsos vitales que deberían haber formado parte de la vida vivida; pero que no se les ha permitido realizarse. La integridad del hombre no ha podido desarrollarse: sus movimientos primeros se han visto detenidos; sus deseos e inclinaciones, rechazados o suprimidos; su creatividad, reprimida con frecuencia; sus expresiones naturales, sus agresiones o exigencias, ahogadas; incluso la llamada hacia lo bello, etc. Estas prohibiciones y barreras son tan numerosas y diversas como los individuos; pero, para casi todo el mundo, el deseo que siempre vuelve es el de desembarazarse de la huella de los padres y de las autoridades de la infancia. En mi inconsciente me habría gustado matar a mi padre; sin embargo, no sólo no lo he hecho, sino que ni siquiera me rebelé cuando me "regañó". Siempre me tragué todo lo de mi padre y de mi madre, porque era un buen chico y, según la convicción habitual, "un buen chico es el que obecede". ¡Qué frase más terrible! Los niños son buenos porque obedecen. ¡Qué bondad! Ese autoritarismo es la causa de muchas malformaciones del ser humano... El padre de familia dice de sus hijos: "No sé en absoluto lo que quieren, siempre hablan de su libertad... en mi casa todo el mundo puede hacer lo que yo quiero". El deseo de matar, no a nuestro padre o a nuestra madre, sino la imagen que tenemos de ellos, es casi general: cada uno debe reconocerlo y erradicarlo de sí, o de lo contrario, no hay devenir válido en el camino. Esta imagen es también el origen de todas nuestras agresiones contra Dios...

A.G.: *Una vez que se ha saldado la cuenta con los padres, queda todavía otra pregunta: "¿Qué o quién desempeña hoy, para mí, el papel envolvente y falsamente protector de la madre o del padre?" Apenas se nos ha cortado el cordón umbilical ya nos hemos construido un nido calentito en otro lugar: familia, comunidad, Iglesia o una simple amistad, incluso la comodidad de la casa o del coche, todo puede ser objeto de una relación muy ambigua e impedir al hombre que sea él mismo...*

G.D.: En el fondo de uno mismo se produce "humo amarillo", se envenena el inconsciente cada vez más y, finalmente, se altera toda la naturaleza... No hay duda de que sólo los padres, con sus prohibiciones, son la causa de esa "sombra". La educación escolar y la sociedad, con su tutela de los valores de cada uno, el dominio de la burocracia, la supremacía de la racionalización y todos los avatares de la vida moderna, excesivamente organizada, toman por completo el relevo después de la infancia; además, cada individuo se impone a sí mismo su propio comportamiento, una ética, una apariencia...

A.G.: *Blanco por fuera, negro por dentro... Un poco como esas numerosas iglesias de Roma: algunas son obras maestras, pero muchas no tienen más que una fachada maravillosa y cuando entras en ellas te encuentras una horrible casa. El hombre trata de guardar las apariencias y oculta lo esencial.*

G.D.: En suma, todo está ahí, ya que el núcleo de todos los rechazos es la propia esencia del hombre. La sombra más profunda es, al mismo tiempo, la luz primordial rechazada, el rechazo de la consciencia humana del Ser esencial. Ese es, de hecho, nuestro mal intrínseco: nada contraría tanto como esto el devenir del hombre; es la causa permanente de descontento, de sufrimientos inexplicables y de enfermedades físicas y psíquicas. Hay que concienciarse de ese rechazo del Ser esencial y despertarlo en vez de apagarlo para, después, gracias a su manifestación, permitir que la vida ensanche el horizonte de la experiencia, hasta las dimensiones de lo sobrenatural.

A.G.: *Esa "sombra" que filtra todo y nos hace vivir en un engaño continuo frente a nosotros mismos, lejos de nuestra verdad profunda, ¿puede curarse con la meditación solamente o se necesitan otras terapias?*

G.D.: Discernir e integrar las poderosas energías del hombre es un trabajo largo. Pero el hombre consciente de la opresión de su Ser esencial y decidido a cualquier precio, como hemos dicho, a emprender duros ejercicios de una meditación regular, entra en un proceso de transformación y puede avanzar por el camino de iniciación hasta la luz plena. Por desgracia, el Espíritu Santo no siempre puede borrar un complejo del padre. Todo depende de nuestra manera de rezar o de meditar y del íntimo reconocimiento de que Cristo está inmanente en nosotros como experiencia viva. Sólo con este contacto puede producirse la emancipación del hombre y abrir los ojos a la verdadera Vida. Pero para ello se necesitan, a veces, otros medios más apropiados, según los casos, que la meditación. Una de mis colaboradoras acaba de regresar de un monasterio en el que ha practicado el psicodrama con siete religiosas. Le impresionó mucho ver cómo una de ellas sacaba bruscamente todo lo que ocultaba detrás de su hábito desde hacía veinte años... Otra que no sabía cómo rezar... Así, podemos ver un poco por todas partes la fachada de seres que se comportan bien y que están muy lejos de su verdad. ¡Es extraordinario lo que oculta nuestro inconsciente! Hay que conocer las fuerzas negras que poseemos, tomarlas en serio y aceptarlas. Además del psicodrama, hay otras muchas posibilidades: el análisis de las profundidades, la psicoterapia, la terapia de grupo y los múltiples medios actuales de liberación. Pero también en estos casos es vital el discernimiento. En muchas ocasiones lo que se propone hoy al hombre no le sirve para su realización. Se derriban las paredes que se han construido alrededor de sus instintos, se libera al inconsciente y, finalmente, se queda uno tan desnudo que pierde incluso su misterio, su secreto: ya no hay vida...

A.G.: *... de ahí los incomprensibles suicidios después de años de análisis... Una terapia que no considera la dimensión espiritual del hombre está abocada al fracaso.*

¿No ha dicho el propio Cristo a los enfermos: "Venid a mí que yo os aliviaré..."? Hoy sigue diciéndolo todavía por medio de la liturgia y de los sacramentos, signos de su presencia entre nosotros. Hemos comprobado más de una cura...

G.D.: ¡Es evidente! En la medida en que la participación en la liturgia te compromete como persona completa, si dejas realmente fuera tu pequeño yo y estás dispuesto a entregarte totalmente cuando se te ha invitado a presentarte, a someterte de forma auténtica a Quien está por encima de ti, entonces puedes ir muy lejos en tu profundidad. Te haces humilde, capaz de abandonar no solamente una fachada exterior, la voluntad de tener, de saber y de poder, sino también muchas cosas interiores, actitudes que están en los cimientos de la sombra. Estoy seguro de que un ser profundamente religioso se da cuenta de todas las mentiras que se ocultan tras su fachada y, con el impulso del Espíritu, se desatan muchos nudos. La religiosidad verdadera es ciertamente el mejor instrumento para limpiar el inconsciente.

Pero es importante superar el plano ético, no hacer el bien porque se haya hecho el mal, sin haber descubierto la causa del mal. La caridad podría ser entonces una huida y la expresión de la sombra...

La liturgia ortodoxa ofrece sin duda una experiencia del despertar y de la transformación del ser; pero no olvidemos que una experiencia de despertar no produce un hombre despierto. Deja abierta la puerta al misterio que eres tú mismo y te encuentras en el camino de la iniciación: es un comienzo, no un fin.

El primer afectado es el celebrante, lógicamente. La mayor parte de las liturgias actuales se han quedado en una oleada de palabras abstractas y en una ausencia casi total de gestos. El primer responsable es el sacerdote. Antaño, los movimientos tenían lugar en el coro y era importante que el párroco viviera la ceremonia hasta en el menor gesto y hasta la yema

de los dedos, como una danza sagrada que sale de su contacto con la Trascendencia interior. Las palabras y los gestos en sí mismos, separados de todo lo demás, no van muy lejos... Si los celebrantes comprendieran que cada liturgia puede transformar incluso sus cuerpos y dar a su forma una transparencia, entonces los fieles estarían abiertos al misterio de otra manera y se sentirían transformadores a su vez. Los sacerdotes encontrarían su verdadero papel de siervos de lo Divino en el hombre. Sé bien que la fuerza de los sacramentos no está relacionada con eso, pero los que quieran hacer esa experiencia quedarán mucho más profundamente impresionados.

A.G.: *Todo lo que dice me parece interesante y soy consciente de mi responsabilidad, pues yo también era de esos curas que celebraban misas muy sobrias, sin gestos ni adornos, con una inmovilidad casi total. Cuando comencé a celebrar los Santos Misterios como cura ortodoxo, me sometí durante semanas al rigor de los ejercicios de relajación, de respiración, de la actitud justa y del gesto puro, la afinación de la voz y el entrenamiento en el canto... No es cuestión solamente de dominar un rito, sino de entrar en una totalidad antropológica a la que me invita la Iglesia, Cuerpo de Cristo y Plenitud del Espíritu, ya sea en la liturgia, en la teología o simplemente en la vida cristiana...*

(5.7.14)

IX

EL COMPROMISO: ¿CRUZ DE CRISTO O CRUZ ROJA?

ALPHONSE GOETTMANN: *Ya hace bastante que avanzamos por el Camino iniciático, pero ¿no damos la impresión de estar demasiado aislados?, ¿qué es de los demás, de la humanidad, del mundo, mientras nosotros nos ocupamos de la vida interior? Frente a los militantes, a los luchadores, a los huelguistas, a todos los que pagan hasta con su vida por un mundo más justo, ¿no pasamos por "ombliguistas"?*

GRAF DÜRCKHEIM: Había una vez un maestro japonés que daba la vuelta a su monasterio de vez en cuando. Un día se encuentra con el cocinero que le dice: "Maestro, yo soy comunista, por consiguiente pienso en los demás y, cuando cocino, pienso en nuestros monjes y les preparo buenos alimentos..." Otro día se arma de valor y le pregunta: "Maestro, ¿en quién o en qué piensa todo el día?

—¡Oh!, responde el maestro, sólo pienso en mí mismo...

El cocinero se asustó. "¿Qué quiere decir 'todo el día estoy pensando en mí mismo'?" Es frecuente que se plantee la siguiente pregunta: "¿No son egoístas las personas que meditan y toman el camino interior?" Hay un gran malentendido: uno no se adentra en su yo existencial, sino que pretende anclarse en el

Ser, lo cual exige, como hemos visto, que se trabaje sobre su inconsciente, sobre sí mismo, no sobre los demás. ¿Con qué fin se ocupa uno de sí? Precisamente para abrirse a la Realidad Trascendente que tenemos en el fondo y que, por definición, es el Amor universal.

Se observa muy a menudo, en las personas que se consideran "comprometidas", una adulación del pequeño yo, o una huida ante lo Esencial, en cuyo nombre pretenden comprometerse. El gran escándalo de los "bienpensados" y de los fariseos es precisamente esa "sombra" que el yo mundano arroja sobre Cristo: El es la Vida ahogada, el Camino rechazado, la Verdad no reconocida...

A.G.: *¿Entonces qué se aporta a los demás sino su propia miseria?*

G.D.: El trabajo sobre sí y la meditación son exactamente lo contrario del "ombliguismo": hacen estallar el egocentrismo enfermizo y liberan la Luz. ¿No aspiran los hombres a esa Luz en principio? "Mi reino no es de este mundo", dice Cristo, pero "está en vosotros"...

A.G.: *Ellos están en el mundo, pero no son del mundo...*

G.D.: Y El nos ha reconocido como "hermanos" y nos ha llamado a seguirlo. Pero el que no ha vivido la experiencia de su Presencia en el fondo de sí mismo no sabe nada todavía de esa fraternidad ni del Camino a seguir. Su compromiso es "del mundo" y no responde a las verdaderas necesidades. No hay que confundir la cruz de Cristo con la "Cruz roja" ni el cristianismo con la militancia social... Ciertamente, la Cruz roja es una rama importante del Arbol de Cristo, pero no es el propio Arbol. Sólo el contacto con nuestra interioridad más profunda y el nacimiento del hombre nuevo en nosotros cambia radicalmen-

te nuestra relación con el mundo y con los demás. Unicamente a ese nivel puede considerarse al prójimo como compañero de ruta y hermano en el Camino, es decir, concienciándonos de que somos "uno" en el Ser. La vida ya no es la misma y la visión del mundo ya no tiene nada en común con la antigua manera de ver las cosas: entonces se comienza a entrever, desde un punto de vista totalmente diferente, lo que quiere decir misión y compromiso. Dejando a un lado, en adelante, todo lo que es periférico o agitación superficial, poniendo en tela de juicio incluso algunos lazos de amistad o comunitarios, puede parecer raro, infiel o anormal a los ojos de muchos, pero no importa, estamos en otras dimensiones y no tenemos en absoluto los mismos puntos de referencia...

A.G.: *El restaurador de la Ortodoxia occidental, Monseñor Jean de Saint-Denys, tiene palabras extraordinarias a este respecto. El acto inicial de cualquier paso, decía, el primer esfuerzo es hacerse persona (en griego "hipostasiarse"), conocer su lugar frente a Dios y lo que El quiere de mí.*

"Nuestra atención debe proyectarse como una flecha hacia el centro: Cristo. La verdadera comunidad humana se puede comparar con un círculo formado por hermanos cogidos de la mano que llevan unos la carga de otros y tienen la mirada fija en el centro del círculo: Cristo. Por el contrario, a sus hermanos los ven de perfil, casi no los perciben, unidos fraternalmente por una acción; no se estudian, no se salvan unos a otros, todos contemplan el Centro: al Amigo del hombre. Mi lugar, mi labor en la Iglesia, es descubrir en la mirada de Cristo lo que debo hacer. Igual que la Trinidad, la comunidad humana es la unidad de las personas unidas y libres y no una masa anónima. Cuanto más justa es la unicidad de nuestro propio ser y más unida está la comunidad, más confusión hay entre sus funciones, llegando incluso hasta la destrucción... Nuestra grandeza estriba en nuestra respuesta al amor que Dios nos da..."

G.D.: Dios llama al hombre desde el principio: "Adán, ¿dónde estás?". Solamente aquéllos cuyo oído interior se ha abierto saben que el hombre no se convierte verdaderamente en hombre y en prójimo mientras no responda a esa llamada, que suena sin cesar y debería seguirnos siempre. Las relaciones con los demás no pueden alcanzar su plenitud más que cuando se ha descubierto su verdadero sentido: amar es despertar en el otro la dimensión sobrenatural y hacerse libre y fecundo al servicio del Ser. Amar a su prójimo es ayudarle a descubrir los tres impulsos fundamentales de la vida: su fuente vital, su sentido y su unidad.

Hacia ahí precisamente es hacia donde tendemos durante la meditación frente a Dios. Yo digo a menudo: "Una buena meditación produce tres efectos: Te sientes fuerte, aunque seas débil, con una fuerza diferente de la fuerza o la debilidad natural; te sientes en forma y en orden interiormente, aunque todo esté desordenado y, sobre todo, te encuentras en contacto y descubres la unidad. Tendrás la impresión de que todos los árboles se inclinan a tu paso, que las piedras te sonríen, que las hierbas se mueven para saludarte y las personas con las que te cruces te parecerán más cercanas que nunca. Sin embargo, tu gentileza y tu bondad no tendrán nada que ver con la ética. La cualidad del amor, que es expresión del Ser, no es el resultado de una sumisión del egoísmo a un comportamiento ético y a los valores de lo bueno, de lo bello y de lo verdadero...

A.G.: *Uno no se incorpora a la moral habitual, sino al triple impulso de la divina Trinidad.*

G.D.: Naturalmente, necesitamos leyes éticas, una disciplina del hombre para someter a nuestro ego e incluso para entregarnos. La forma que tiene una madre de darse a su hijo por encima de sus fuerzas, el soldado que da la vida por su patria... eso es heroísmo. El heroísmo es una cualidad superior

del yo existencial. Para el que se encuentra centrado en el Ser esencial, morir no es un acto heróico; los apóstoles mártires no eran héroes, ni los kamikazes japoneses. Estos últimos estaban muertos antes de subir al avión, identificados con su divinidad, Japón; no eran patriotas. Incluso antes de partir ya habían dado su vida; llevaban camisa blanca, signo de muerte, y bebían un vaso de sake sagrado. Nosotros nos encontramos por encima de cualquier dualidad en la que se sitúen la bondad moral y la ética: es otro nivel... Lo mismo ocurre con la estética: la belleza resplandeciente que se observa en algunas caras no es signo de estética. ¡Por eso es extraordinario! Mira un cuadro: no hay comparación entre la belleza que emana de la voluntad de un artista y la que brota de su propia experiencia del Ser... Una nace de la aplicación voluntaria; la otra sale como una flecha de su transparencia interior.

A.G.: *Se está acercando mucho al sentido de los iconos, ventanas abiertas a lo invisible, manifestación de Dios en una cara de hombre... El artista ha dejado libre a su yo de tal forma que el verdadero econógrafo es el Espíritu Santo a través de él. Hay una comunión entre los dos, una "sinergía" en el mismo acto creador. Un icono no está nunca firmado, en principio; está en el fondo de mí, es mi verdadera cara de hombre, mi cara de eternidad y, a poco que consienta en quemar mis máscaras y mi arrogancia al contacto con ese Fuego, Eso pintará en mí igual que respira...*

G.D.: En este plano, bondad y belleza no tienen ya nada que ver con la ética o con la estética. Son la manifestación de la presencia de lo divino, que se manifiesta siempre bajo esos tres aspectos: pero es el gran Tercero, la Unidad del Todo, el que se apodera de ti y te entrega en el movimiento de la Vida divina, de forma que no puedes hacer otra cosa que ser lo que los demás llaman "bueno o bello"...

Hay que aprender a establecer la diferencia en-

tre la actitud-expresión del Ser y la actitud-sumisión a la ley ética. No hay necesidad de hacer esfuerzos para lo que procede del corazón: si hay que esforzarse para ser bueno, ya no es una emanación del Ser. Una flor no se esfuerza por oler bien... Ya no estamos en el dominio de la voluntad...

A.G.: *"Que se haga tu voluntad..." Entramos en la conciencia absoluta, insoportable para cualquier institución que vive a partir de la ética y de la moral.*

G.D.: Dicha consciencia es siempre revolucionaria porque supera a los mandos de una comunidad. Pero, a pesar de todo, no se es libre para hacer cualquier cosa, no se vive con arreglo a sus deseos y habrá que someter el ego indefectiblemente a las exigencias humanas. En la India, los Maestros son conscientes de que poseen poderes superiores que curan milagrosamente. Pero, cuando están enfermos, primero van a casa del médico del pueblo para combatir su orgullo: "Yo no necesito la ayuda humana".

A.G.: *Es la entrega total de su yo en manos de Dios, incluso arriesgándose a la ironía y al juicio de los que te rodean: "¡Ha salvado a otros y no es capaz de salvarse a sí mismo!", se reprochaba a Jesús en la cruz... Mas ese es el precio del amor, que no intenta adularse ni satisfacer a los demás.*

G.D.: Eso plantea todo el problema de la humildad. La actitud verdadera no es fácil de discernir en algunos casos. Hay dos clases de humildad: en el plano ético, te dirán: "no des muestras de ser más de lo que eres, no te hagas el engreído..." En el ámbito de la conciencia absoluta, la humildad es mucho más pesada de llevar: se trata primero de ser consciente, de reconocer las gracias y los dones recibidos, de no acapararlos como poder personal, sino de ponerlos al servicio de los demás, dando testimonio de lo divino. No pretendas parecer más ni menos de lo que eres. Si

el Maestro dijera: "No soy nada", quitaría todo a su discípulo. Ante Dios todos tenemos la misma grandeza; pero, entre los hombres, nos encontramos en etapas diferentes del Camino. Sólo una élite es consciente de ser testimonio de lo divino. En realidad, "muchos son los llamados y pocos los elegidos", dice Cristo. A menudo me dicen: "Las personas que meditan son una élite". Sí, lo somos y no hay que tener miedo a declararlo en nuestra época socialista, pues lo somos con vistas a una misión muy concreta.

A.G.: *Los elegidos han oído la llamada e intentan responder a ella, forman el "pequeño resto" o el "pequeño rebaño" del que habla la Biblia. No es superior a los demás; pero ha de ser la levadura de la masa, la Luz del Camino, para que todos avancen y suban... ¿Es ese el verdadero compromiso hacia los pobres y los desamparados?*

G.D.: No es fácil contestar... ¿Se trata de pobres o de ricos en el sentido material, cultural o espiritual? Hay ricos en dotes intelectuales que son completamente pobres y sordos al mensaje. En mis conferencias he visto, no pocas veces, marcharse a personas muy instruidas, porque no comprendían nada, mientras que a la puerta me esperaban algunos obreros para decirme: "No comprendemos su lenguaje; pero sí comprendemos muy bien lo que quiere decir..." En el campo del conocimiento interior, la diferencia entre rico y pobre no es válida, por lo tanto.

En cuanto al plano social, sería totalmente ridículo creer que el que se encuentra en el camino interior está exento de responsabilidades frente a los demás y, sobre todo, frente a los pobres. Tampoco es cuestión de proporcionarles opio como se ha venido haciendo durante siglos, al decir: "Resignaos, vuestro sufrimiento será recompensado, ¿qué cosa mejor puede sucederos que pasar hambre...?" La meditación no llena los estómagos vacíos, sino que conduce a una fuente diferente que está por encima de una buena ética.

A.G.: *Los pobres deben recuperar su dignidad de hombres y no servir para aliviar nuestras conciencias de bien provistos. "No sólo de pan vive el hombre..." y, si no se le da más que solamente lo material o lo espiritual, nunca será un hombre.*

G.D.: Se dice que en Francia el marxismo interesa cada vez más al clero. Dado que Cristo quería, según sus palabras, reformar el mundo, Marx se convierte en un producto cristiano: ¡El sí que ha comprendido a los pobres!" ¡Qué lío de planos! Nunca trabajó Cristo para el "bien tener", sino para el "bien estar"... Algo diferente a estos doctrinarios es el gran movimiento de los curas obreros que, en vez de predicar, aprenden a vivir con los demás y dan ejemplo con su forma de vivir. Hace poco he recibido la visita de un misionero de Katanga; tras veinte años de misión, se pregunta qué ha podido hacer bien, si no ha pasado su tiempo sirviendo a la Institución y adoctrinando a los negros. En la actualidad aspira a abandonar su presbiterio, a vivir en comunidad con ellos, a "ser", no a hablar...

Muchos hacen castillos de arena, sus convicciones están basadas en un malentendido. A menudo escucho los sermones matinales en la radio y, a veces, me da la impresión de que los predicadores están comprometidos con el Adversario, pues presentan a Dios como un superhombre. Si Dios es un superhombre, la justicia, tal y como aparece en el mundo, es inaceptable y la fe está socavada por el desaliento. Entonces, la decepción se produce en un plano de fondo del bien y el mal, que procede de un juicio del yo existencial. Y se busca la justicia mediante un consuelo existencial de las tres miserias humanas... ¡Va viendo un poco la confusión! ¡La fe encuentra su justificación en otras razones muy diferentes!

A.G.: *¿Por qué cree usted que Jesucristo no se definió políticamente, aunque el pueblo judío estaba bajo el dominio romano...?*

G.D.: Porque el desastre político, entre otros, era una oportunidad para dar testimonio de lo que está por encima de cualquier política. Si hubiera intentado desarrollar, incluso con gran inteligencia, la idea de una reforma del Estado de Israel, eso habría tenido validez durante treinta años, ¿y después? El mensaje de Cristo es válido en cualquier situación y para todos los tiempos, hace frente a todas las miserias de la vida. El más ideal de los sistemas no dura más que un tiempo. En un bello libro, Simone de Beauvoir cuenta que un hombre había hecho un pacto con el diablo para no morir. Se hace consejero en la corte de un estado y pasa cincuenta años de su vida construyendo fortalezas que debían durar para siempre. Después se va a otro país... y, cuando vuelve, cien años después, nadie recuerda los problemas que tuvo y creyó haber resuelto para siempre. Todo lo que hoy nos parece importante, mañana ya no lo recordamos... ¿Qué queda de las revoluciones y de las guerras, sino monumentos a los caídos? El mensaje de Cristo da la Vida, revela lo que hay más allá de lo efímero y de lo transitorio, es un mensaje que va más allá del horizonte habitual y de todo aquello por lo que uno se compromete en un momento determinado: una llamada a una actitud de eternidad. El verdadero combate se sitúa a un nivel totalmente diferente, se trata de la divinización del hombre y no solamente de las condiciones agradables de la vida. Por eso, el mensaje de Cristo no puede envejecer: siempre es nuevo. Por el mismo motivo, la sabiduría de Lao-Tse no puede desaparecer. La verdadera sabiduría es siempre universal y no pasa, porque es la expresión del Ser en un lenguaje humano.

A.G.: *Los grandes observadores, incluidos los ateos, parecen entrever hoy el secreto de la Sabiduría. El subdesarrollo del hombre, la carencia radical y profunda de su ser y su miseria interior son el denominador común de los diferentes subdesarrollos: la miseria psicológica, fisiológica y material, tanto en Oriente como en Occidente. El mal*

es ontológico. Lo que más necesita el hombre en la actualidad es adorar.

Con esta perspectiva, el compromiso pierde su autonomía cerrada y deja de ser una agitación superficial. Cuando la acción o el compromiso está conectado a las fuerzas interiores del Ser, tiene una eficacia considerable. Mounier hablaría de "inducción contemplativa". Efectivamente, es situarse en el único nivel en el que se hacen siempre las penetraciones de la historia. Hoy se necesitaría una especie de sabiduría activa que uniera el interior con el exterior, que se percatara de que son, de hecho, dos polos de un todo inseparable, una sabiduría que fuera al mismo tiempo una liberación del potencial extraordinario de las fuerzas espirituales del hombre y un instrumento de combate para la justicia. Para el que medita, la existencia de otro mundo es posible porque puede haber otro mundo en la propia estructura de su ser, cosa que comprueba a diario en la experiencia más concreta. Ahí tenemos el papel subversivo que ha desempeñado la meditación en todos los grandes espiritualistas de la historia. Tienen razón al creer que la modificación radical del hombre y el porvenir del mundo dependen de la experiencia espiritual...

(5.10.15)

X

'MAESTRO, ¿DONDE VIVES...?"

(San Juan 1, 38)

GRAF DÜRCKHEIM: Durante siglos ha habido un hilo ininterrumpido desde Jesucristo hasta esos grandes santos de los que usted ha hablado. Eran faros, balizas luminosas en los grandes caminos de la sabiduría. Hoy, por falta de luz, esos caminos se enmarañan en la noche: ya no hay guías. El hombre es víctima del universo deshumanizante de la técnica, en el que lo que prima es el rendimiento y la eficacia. Pero su rebelión abre una nueva era. Son numerosos ya los que han descubierto dentro de sí la nostalgia de otra realidad y sienten de manera imperiosa la llamada del Maestro. Pero, ¿qué Maestros? La atracción actual por la India y el gurú manifiesta claramente el rechazo de los maestros de nuestras sociedades modernas, cuya sabiduría se resume en las ideologías, en el saber y en el poder. El deseo del hombre está en otra parte, su miseria lo ha conducido a un callejón sin salida, la única respuesta a su llamada es el Maestro espiritual. Es el arquetipo al que aspira el hombre: acceder a la experiencia interior y darse cuenta de toda la dimensión de su vida.

Los dos pilares sobre los que reposa la existencia de un creyente occidental, la organización de este mundo y la fe en otro, dejan totalmente yerma, salvo casos excepcionales, la madurez espiritual del hom-

bre y la consciencia de poder experimentar lo que no deja de creer piadosamente. La gran consecuencia de esto es que los que tienen la palanca de mandos en el mundo y en la iglesia, a menudo tienen una increíble inmadurez; les falta, por completo, el órgano que les permitiría sentir esa apertura. Por consiguiente, están "fuera de la verdad"... En tal confusión, los Maestros espirituales se hacen más necesarios que nunca. ¿Aparecerán?

ALPHONSE GOETTMANN: *¿Y cómo reconocerlos, entonces?, pues los falsos profetas están ya ahí como los mercaderes del templo y demás charlatanes. Muchos se dicen "Maestros" y negocian con ello. Venden poderes, horóscopos, paraísos artificiales y muchas recetas de "felicidad interior"... Nunca he conocido tantas personas aquejadas de "sesionitis", que "comen en todos los pesebres" y terminan por curar su indigestión en casa de los psiquiatras...*

G.D.: "El Maestro llega cuando el alumno está dispuesto", se dice normalmente. Los que usted menciona no han tocado todavía el verdadero nivel de la miseria humana, no se encuentran en el Camino; quizá estén en el camino hacia el Camino, pero mientras no se sientan atraídos por la verdadera Realidad, se arriesgan a descarriarse continuamente en las redes satánicas. Los falsos Maestros adoptan gestos magistrales que carecen de verdad interior. A menudo impresionan con milagros que sólo ocurren en el plano existencial. Se sirven de la magia para efectuar cambios extraordinarios que no producen ninguna transformación. Hacen que crezca la arrogancia en el "discípulo", que se considera entonces más que los demás. Responden a las ambiciones del yo existencial de sus clientes. Lo que hacen "se ve" y, como tal, la mentira se descubre; en lugar de alimentar lo Verdadero, que se expresa con la humildad, satisfacen la sed de experiencias extraordinarias y de fuerzas superiores.

El auténtico buscador no se equivoca: en su silencio interior percibe la voz del Maestro que habita en él y reconoce en profundidad al que se le acerca. Pues hay dos (el Maestro interior y el Maestro exterior) basados en un tercero: el Maestro eterno. Los tres son la manifestación de la Vida sobrenatural en forma natural, humana. No es alumno o discípulo más que el que emprende, sin condiciones, el camino, el Camino hacia esa vida. Maestro, Discípulo y Camino son tres elementos inseparables.

Por "Maestro eterno" entiendo el principio, la imagen original o el arquetipo del hombre universal; es el "Homo Maximus" en el que se realiza el Ser, la Vida, en la totalidad de sus tres aspectos: plenitud, ley y unidad, siempre con una forma particular en vías de transformación. El Maestro eterno levanta el velo de su presencia cuando el hombre llega al límite extremo de la resistencia consciente o inconsciente a la Vida que hay en él; cuando, a través de enfermedades, fases depresivas, contragolpes inesperados y "casualidades" sorprendentes y algunos encuentros también, el hombre llega a oír la voz de su Ser asfixiado; cuando el hombre se hace más sensible a su nostalgia de liberación, a los toques cada vez más frecuentes de lo numinoso y finalmente a las experiencias del Ser, tanto pequeñas como grandes. Entonces, poco a poco, o de un solo golpe, el viejo mundo se viene abajo, nace una nueva conciencia y, con ella, el Maestro eterno adopta la forma de Maestro interior.

Solamente ese despertar al maestro interior permite al hombre encontrar y reconocer a su Maestro exterior, pues ya ha encontrado de hecho a quien busca. De esta forma se convierte al mismo tiempo en el discípulo interior que se abre al Camino interior, sólo entonces se producen las condiciones de un encuentro con el Maestro exterior... Este no es en realidad alguien exterior, sino el espejo de nuestra propia profundidad y está enviado por ella. El Maestro que encontramos fuera es el que nosotros somos

en nuestro interior... Encarna y realiza ya cosas a las que nosotros aspiramos todavía, aunque totalmente en potencia. El Maestro ha franqueado las numerosas etapas que permanecen ocultas en nosotros, representa la plenitud de la Vida a la que apenas hemos despertado, la única y verdadera madurez del hombre en una libertad total. Nada lo encadena, su pensamiento y su actuación ya no están dominados por prerrogativas sociales, morales o incluso teológicas. Aunque respeta al orden de este mundo, no está, sin embargo, sometido a él. Muy al contrario, cuando un "orden" cualquiera impide que la Vida se realice en él y alrededor de él, vuelca, destruye, disuelve y rompe todo lo que obstruye el Camino. El Maestro es entonces peligroso y duro para todos los que buscan una paz fácil, la seguridad y la armonía; terror para el bravo burgués y escándalo para las personas bien situadas. Como la Vida, es siempre nuevo, inédito, revolucionario, tan revolucionario y contradictorio como ella, creador infatigable y nunca fijo, pues lo que interesa es avanzar, transformarse, morir para vivir... para el discípulo eso significa el final de toda falsa paz, el anuncio de un combate a muerte para una Vida que está por encima de cualquier paz o disturbio, por encima de cualquier vida o muerte...

Pero el maestro nunca actúa por sí mismo: su fuente es una instancia superior a su perfecta humildad. Vive según Dios o según su propio Maestro y se siente responsable ante todo de su misión. Sus valores no son lo bello, lo verdadero y el bien, sino el Amor...

A.G.: *La pedagogía divina es siempre la misma. Cuando el profeta Jeremías fue investido con su misión en el Antiguo Testamento, Dios le dijo: "Te pongo en este día sobre las naciones y sobre los reinos para arrancar y para abatir, para perder y para demoler, para construir y para plantar". Y Jesús, el Maestro por excelencia, decía: "No he venido aquí para traeros la paz, sino la guerra". No hay duda de que es un tono de voz que no estamos acostumbra-*

dos a escuchar en lo supuestos "Maestros espirituales..." Pero la Alegría del discípulo depende también del precio que quiera pagar. "Dichosos los perseguidos por mi causa, porque de ellos es el Reino de los Cielos". Sea como fuere, dicha condición está lejos de un simple aficionado...

G.D.: Nadie es discípulo si no está marcado a fuego con el sello del "Todo o nada". Estar despierto es una cosa y oír la llamada y seguir al Maestro en el Camino es otra. En la primera se tiene la posibilidad de hacerse discípulo, con la segunda ya se es: lo que lo diferencia entonces del Maestro no es más que la distancia que los separa; pero se encuentran ya en el propio Camino. Dicho de otra forma, el discípulo ha aceptado la dura disciplina y la fidelidad a una decisión sin remisión. Entonces no es él el que ha tomado el Camino, sino que es el Camino el que lo ha tomado a él. "No sois vosotros los que me habéis elegido, sino yo el que os ha elegido a vosotros", dice Cristo claramente. En esta situación, el avance es inevitable, sean cuales sean las tentaciones y las vacilaciones, y los riesgos de recaídas son cada vez más escasos, en tanto que el proceso de transformación y de transparencia no deja de profundizar...

A.G.: *¿Cuáles son los medios de que dispone el Maestro para formar "el hombre interior" del discípulo?*

G.D.: Entre los diversos dones del Espíritu, se pueden reconocer cinco que parecen esenciales para el Maestro: la enseñanza, las directrices prácticas, la radiación, el ejemplo y el choque.

De hecho, el núcleo de la enseñanza del Maestro no puede ponerse en fórmulas o explicarse. Es algo que va de corazón a corazón por una relación, no un pensamiento. La experiencia de la trascendencia será siempre inefable. Uno puede aproximarse a ella por la reflexión, descubrir los preliminares y las consecuencias, el sentido y el movimiento del Camino; eso es todo, aunque no es lo que importa. El maestro sólo

tiene una Cosa que comunicar, siempre la misma, y lo hace de mil maneras, dejando centellear sus innumerables facetas, colores, luces, simplemente con su forma de estar ahí. Por muy vieja que sea su tradición, siempre la restituye a su manera, según su forma y la vida que ha adquirido en él. Lo esencial no es nunca lo que dice el Maestro, sino cómo lo dice. El destello no brota de sus argumentos, sino del Ser del que argumenta y porque ha vivido la experiencia de lo que dice. Por eso, el Maestro no tiene comportamiento pedagógico. No intenta analizar, instruir o dar consejos. Su única misión es disponer a su discípulo para la llamada de lo esencial, sentirlo y amarlo partiendo de su propia profundidad.

La finalidad de las directrices prácticas es despojarse de la tiranía del pequeño yo y liberar al Ser. El Maestro pone a prueba a su discípulo, muy duramente en ocasiones, pidiéndole que haga algo que repruebe o que no comprende. La obediencia, no obstante, debe ser total y absoluta, no por respeto a una autoridad o a una regla externa, sino porque Maestro y discípulo buscan una sola y misma Realidad. Una orden del Maestro, por muy dura y severa que sea, está siempre cargada con la plenitud de vida que él tiene y nunca es más que la expresión del amor que lo une al discípulo en la unidad del Ser. También lo sigue en el ejercicio paso a paso y lo acompaña íntimamente en su transformación, corrige su actitud, siente el mínimo desfallecimiento y puede intervenir brutalmente. Los ejercicios propuestos llegan a veces hasta el límite de lo soportable para obligar a capitular al yo: sólo entonces puede surgir la otra dimensión. En cuanto a la irradiación del Maestro, está a la vez por encima y en el centro de todas sus palabras y sus actos. Despierta en el discípulo una fuerza que destruye toda la arrogancia y da también el valor de mirar a la muerte de frente, la muerte de todo lo que no es Vida, Verdad y Luz en sí... Esta irradiación no tiene nada de sentimental, es cortante, ruda y, sin embargo, está llena de calor; puede ser

peligrosa y, al mismo tiempo, llenar al otro de beatitud y de libertad...

El ejemplo del Maestro nunca se propone como imitación. Su figura es original, única e inimitable, como la propia Vida que incorpora. Por otra parte, eso es lo que lo diferencia de los falsos maestros. Con lo que dice, con su actitud y toda su manera de ser, sólo busca una cosa: llevar al discípulo hacia su propia realidad, descubrir su originalidad inédita, al maestro que lleva dentro y, a través de éste, al Ser. No es, pues, en modo alguno, el "buen ejemplo" o el modelo, ni alguien que sabe más, sino que, siendo sencillamente él mismo, da muestras de su transparencia a lo Trascendente.

Por fin, el choque es a menudo uno de los grandes medios que utiliza el Maestro: ya sea una respuesta absurda a una pregunta, un ataque inesperado, una humillación, una crítica, un grito espeluznante o una risa irónica... Todo es bueno para romper el orden establecido, para minar las seguridades del yo, quitar la alfombra de debajo de los pies y obligar a aceptar lo inaceptable. "La puerta es estrecha", la puerta que abre a la Vida. Toda obstrucción y barricada debe desaparecer, hay que dar de lado a todo lo que nos retiene por la parte de acá, solo se tendrá en cuenta al Maestro... "Ve, vende todo cuanto tienes... Si alguno quiere ser discípulo mío, que renuncie a sí mismo, coja su cruz y me siga..."

A.G.: *Sólo puede transmitir la vida alguien que esté vivo y únicamente enciende el fuego en el corazón del otro con la intensidad de una relación personal. ¡Es un parto! Las palabras de Cristo que usted cita muestran claramente la exigencia y revelan, junto con todo el Evangelio, que la tradición del Maestro no es solamente oriental. Se perpetuó durante los primeros siglos en el seno de las catequesis que eran, después del "despertar", un tiempo de "iniciación" a los misterios que culminaban en la "iluminación" bautismal. Además, las iglesias constituían pequeñas comunidades suscitadas y seguidas por un pastor, un*

Maestro espiritual, en definitiva, cuyo único objetivo era el de "formar el Cristo interior", como dice San Pablo: la misma idea reinaba en el monacato primitivo, que reagrupaba a algunos monjes en torno a un Anciano o a un "Padre" y, por consiguiente, en torno a alguien que engendra la Vida... Todo eso disminuyó después, a medida que se alejaron de la Fuente: el bautismo tendía a ser únicamente un rito sociológico; el catequista se convertía en profesor de religión; el pastor, en un notable administrador de una parroquia o en señor de una diócesis; el Padre Abad de una orden monástica, en "General" o "Superior" y la Iglesia, en una "máquina", según la expresión del patriarca Atenágoras... Pero en el cristianismo oriental la tradición del Maestro ha permanecido ininterrumpida: situándose más en la línea de San Juan, el místico, ha conocido siempre "destacados"; pero casi siempre hay que buscarlos en los monasterios o en alguna otra reclusión... Sin embargo, ahora se reacciona en todas las Iglesias contra esos endurecimientos históricos y la supremacía de la Institución... Se está iniciando un renacimiento, un poco por todos los sitios, y somos muchos los que queremos saltarnos quince siglos de historia para encontrar, por fin, la verdad de los orígenes.

G.D.: Jesucristo es la encarnación del Maestro eterno. Reúne en sí, de forma totalmente única, todos los rasgos que caracterizan al verdadero Maestro a través de los tiempos y de los países. Ha llegado el momento de reconciliarse con esa gran Tradición del cristianismo primitivo, de volver a descubrir el tesoro oculto del conocimiento iniciático y la sabiduría experimental de los ermitaños y de los monjes, toda la mística, a fin de cuentas, que se remonta hasta la Edad Media...

Dios busca en Cristo al hombre; pero el hombre, desgraciadamente, no siempre lo ha entendido así.

A.G.: *Precisamente así es como empieza el Evangelio: "Ha venido a los suyos y los suyos no lo han recibido".*

G.D.: El hombre le da de lado y se erige en dios. Con la autonomía de su propia voluntad y de su razón, corta sus raíces y pierde su nexo original con el Ser. Ese es el destino permanente del hombre: puede ser su víctima, en mayor o menor grado, aun cuando crea en Dios. Son pocos, por lo demás, los que no creen en El o que no aceptan, al menos, algo que trasciende el horizonte natural. Pero, ¿quién es ese Dios? Muchas veces se trata de una Potencia exterior, independiente del hombre, con la que mantiene relaciones alienantes de sumisión y de obediencia, a la que recurre en caso de angustia y a la que invoca para tener felicidad y seguridad... Un dios útil al que se mantiene a distancia. El Ser divino continúa, con todo, llamando a la puerta interior del hombre: la trascendencia es siempre inmanente y quiere manifestarse en él y por él. El hombre no entra en su verdadera madurez y no se convierte en hombre más que con esa toma de conciencia. Hace estallar la imagen que tenía de sí mismo hasta entonces, la que se hacía de Dios y la relación que mantenía con El.

Siempre se altera la vida de un hombre cuando se da cuenta de que Dios es exterior porque él lo ha puesto en el exterior y de que tiene la acción divina en jaque dentro de sí... El giro se inicia cuando el hombre abre la puerta y deja de oponer resistencia a lo que tiene dentro de sí mismo y a lo que puede llegar a ser, partiendo de su núcleo más secreto. Entonces ha oído la voz del Cristo interior; pero para seguirlo en el Camino le hace falta un Maestro visible, un guía.

A.G.: *En lo absoluto, el cristiano no tiene más maestro que Cristo: "No llaméis a nadie Maestro y Señor". Las exigencias de Jesús respecto a sus discípulos son únicas. Seguirlo supone una ruptura total con el pasado y un apego exclusivo a su persona: compartir el mismo destino que El, "llevar su cruz", "beber su cáliz" y recibir de El el Reino de la Gloria. Reservar esta llamada del Maestro para algunos discípulos privilegiados es una grave equi-*

vocación que se ha cometido durante siglos. Ahora bien, los Padres son claros: "Cristo se dirige a todos los hombres: el monje y el seglar deben alcanzar las mismas alturas", dice, entre otros, San Juan Crisóstomo. No hay más que una espiritualidad para todos, sin ninguna diferencia en sus exigencias.

El Maestro visible y exterior es totalmente necesario, indispensable incluso en este contexto. No obstante, su única meta será despertar el Cristo interior en el otro, no imitarlo exactamente, sino "revestirlo" e "interiorizarlo". Se trata de una transmutación de la que nace el "hombre nuevo", un ser totalmente cristificado. "Despierta, tú que duermes, despierta de entre los muertos y Cristo te iluminará". Toda esta temática de los himnos primitivos, de los Evangelios y de San Pablo la han aprovechado muy bien los padres de la iglesia para sacar dinero. Por otra parte, me complace encontrar ya en Orígenes toda la importancia del Inbild sobre el que usted insiste tanto en sus obras: llevar la imagen de Cristo en sí, "imaginarse" su presencia (ein-bilden) y, como contrapartida, Cristo transforma al hombre en su propia realidad. "No soy yo el que vive, sino Cristo el que vive en mí".

Pero hay algo que sigue pareciéndome capital: pocos son los que gozan de la oportunidad de encontrar a un Verdadero Maestro exterior para que les indique el camino. Ahí también la tradición cristiana es firme: el Maestro que nos guía no tiene por qué ser un hombre. La mayoría de los santos no lo han tenido, pues al que busca de verdad no le faltan Maestros. La vida cotidiana, por ejemplo, es un lugar, dicen los Padres, en el que el Verbo habla sin cesar. Además, hay que estar familiarizados con "la Biblia, que es Cristo en persona". Hay que empaparse y alimentarse de ella, como de la eucaristía, por otra parte, que es el culmen de la participación substancial en Cristo y de la unión con él. Por eso, consideramos toda la liturgia como el gran Maestro y el mejor pedagogo de la Vida Divina. Sin olvidar, naturalmente, la oración personal, que estructura y modela el ser, la meditación o la plegaria que hace que todo madure y permite que "el propio Espíritu enseñe al corazón"... ¡Cuántos Maestros para un

discípulo sincero! Hagámonos "teodidactas"¨, como dice Clemente de Alejandría.

G.D.: Es cierto que para el verdadero discípulo, decidido a avanzar por el Camino, cueste lo que cueste, a servir a la Vida, la propia vida puede hacerse su Maestra y cada situación de lo cotidiano puede ser una prueba. Cuando ya es así su forma de estar en su cuerpo y de moverse, su actitud en el momento presente, todos los altibajos de su existencia, los encuentros, los imprevistos de la vida y los golpes del destino, las banalidades y las grandezas, no hay momento ni ocasión en que no se pueda oír la voz del Maestro interior o vivir ante su mirada. También, en cuanto uno se estanca o se desvía, nos avisa, nos anima y nos llama si se vacila en coger el buen camino, o cuando se tiene miedo de dar un salto. Y cuando uno se encuentra en la actitud justa, se abre en nosotros un abismo de silencio, que no tiene ya nada que ver con nuestros estados psicológicos habituales: es el más allá en el centro de la vida, y ese Maestro nunca falla, nos es más asequible que cualquier otro y no hay nada que escape a su vigilancia.

La lectura y la aceptación del Evangelio dejan al hombre, a su vez, dispuesto para el Soplo Divino. La voz del Espíritu Santo que percibe en su interior lo convierte en discípulo del Maestro eterno. En nuestro tiempo hemos llegado a un descubrimiento totalmente experimental del Espíritu que vive en nosotros. No obstante, el hombre que continúa viendo el sentido de la vida en la rentabilidad, la competencia y la comodidad está todavía muy lejos. Además, tenemos una necesidad urgente de ver la Biblia de otra forma que no sea la exégesis cinentífica y racional. Si Dios es el más allá, una comprensión exterior de los textos no permitirá jamás descubrir su contenido efectivo y es mejor callarse. Se trata de ponerse en camino, de descubrir lo que está oculto y de convertirse en hijo de Dios; pero no se hace nada cuando sólo se llega a serlo mentalmente o por una adhesión

intelectual. Una fe viva pone al creyente a la escucha del misterio que le habla desde el interior y le abre cada vez más a la verdad de Cristo. Así pues, debe tener antenas para oír el Verbo que lo llama en todos los lugares y en cada momento del día. Siente la presencia de Cristo, como la de su Maestro eterno; además, la exigencia de comprender el mundo y de amar al prójimo "en Cristo" se efectúa por sí misma.

Todo eso supone un trabajo incansable sobre sí, hasta en los mínimos movimientos, para hacerse transparente. La experiencia de lo Divino es, sin duda, un don de la gracia y nunca el resultado de un esfuerzo voluntario; pero el hombre debe prepararse activamente para ello, permanecer en el proceso de transformación y en un estado de vigilancia continua. Aquí encontramos el tercer término de la tríada inseparable: Maestro, Discípulo y Camino. El Camino no comienza hasta que el discípulo ha abandonado todo y ha superado dos etapas importantes de su evolución: la primera, en la que todo gira alrededor de su ego, el egocentrismo, y la segunda, en la que todo gira en torno al prójimo, una obra a los valores de una comunidad. Entonces entra en una tercera etapa en la que todo gira alrededor de lo divino y de la transformación en una persona deificada. A partir de ese momento, las dos primeras etapas, el compromiso consigo mismo y con el prójimo o con el mundo, adquieren un aspecto de naturaleza radicalmente distinta. El Camino representa para el discípulo una entrega total y sin condiciones para seguir al Maestro. Lo Absoluto no puede surgir más que cuando lo relativo le cede su puesto.

El propio Camino tiene, por lo tanto, dos etapas. Por una parte, la entrega progresiva y la adopción de la nueva vida: el ejercicio de la transformación por la transparencia es el camino hacia el Camino. Por otro lado, es el propio hombre, convertido en Ejercicio y en Camino, el que ha alcanzado la gran Transparencia, el que permite que se manifieste lo divino sin resistencia. En ese momento, el Camino es la Vida

con forma humana y la Verdad del Hombre es la de recorrerlo a imagen de Cristo, quien ha dicho: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida..." Nunca hay punto de llegada en este Camino: es, en sí mismo, su propia finalidad.

A.G.: *Darse cuenta de que "estamos iluminados desde siempre", según algunos Maestros japoneses, o de que "el Reino de Dios está ya en nosotros" y de que "hemos resucitado ahora mismo", según la tradición cristiana, puede producir, en el que busca, confianza, serenidad y una extraordinaria distensión. En el fondo, no tenemos ni que buscar ni que esperar nada, sino encontrar y dejarnos sobrecoger... Cristo es "El principio y el fin, el alfa y la omega", en El y con El nos encontramos, a la vez, en el Camino y a su fin, es una Vida que no se repite nunca dos veces y una Verdad siempre inédita, nueva, que brota y nos sumerge en un movimiento de transformación incesante...*

G.D.: El Camino no es recto, sino espiral: una espiral inclinada en la que los círculos caen en la oscuridad y pasan a la altura de la luz. A cada vuelta tiene más iluminación. Su continuo movimiento nos lleva desde la periferia hasta el eje, al centro, y del centro a la periferia; de la superficie exterior a la profundidad abisal del núcleo y de ahí a la superficie de nuevo. Nos sentimos atraídos hacia el centro incesantemente, llamados por él; pero, al mismo tiempo, nos sentimos también impulsados hacia fuera. Es el propio movimiento del Soplo que vive en nosotros y, en su vaivén permanente, nos inunda por completo, nos penetra desde las capas exteriores hacia las más profundas y de las más profundas a las exteriores, nos "hominiza" y nos diviniza...

Pero este movimiento incesante nos abre también las puertas de la humanidad y del cosmos. Partiendo de nuestro centro, nos unimos con todo lo que nos rodea (personas, objetos, naturaleza...) desde su periferia hacia su propio centro. El Ser que hay en

nosotros reconoce al Ser de lo que no está en nosotros y, por encima de las divergencias aparentes, se tejen lazos misteriosos de parentesco profundo... Toda superficie exterior, cualquiera que sea su forma, refleja la presencia en su fondo de nuestro propio Ser que quiere manifestarse.

Podemos dejarnos agarrar bruscamente por la superficie y quedarnos sujetos a ella para desgracia nuestra. El movimiento no tolera ningún estancamiento ni detención: es abandono y paso, muerte y nacimiento... Sólo tenemos una cosa que hacer: resistir a la tentación de orientar nosotros mismos el Camino. Cualquier intromisión del yo es ya una desviación que corre el peligro de llevarte lejos del centro. Sí, una vez que se está en el Camino, se apodera de nosotros y no nos pide sino una obediencia radical...

El Camino es el Maestro eterno, en tanto que camino... y, cuando el discípulo se convierte en Camino, ¡es un Maestro a su vez!

(11)

XI

'TE DESPOSARE PARA SIEMPRE"

(Oseas, 2,21)

GRAF DÜRCKHEIM: Entre los grandes Maestros que podemos encontrar en el Camino de nuestra existencia, se encuentra el Amor. Es el primer adversario de nuestro yo orgulloso y mundano, el movimiento por excelencia del abandono y de la propia entrega, el campo más fecundo de la experiencia del Ser. En el Amor lo numinoso se vive con una profundidad que afecta a la totalidad de la persona. Amar es, ante todo, sentir Unidad.

La vida está llena de momentos pasajeros en los que nos hacemos "uno" con un objeto, un animal, un hombre o con Dios; de ocasiones en las que podemos percatarnos de un contacto con el Ser. De la misma forma, ante la ausencia o la separación de algo o de alguien querido, un deseo de amar o de ser amado insatisfecho o también en la soledad, cada vez que una profunda nostalgia nos quebranta e impide que nuestro amor se desarrolle, sufrimos de un mal ontológico y podemos ser cubiertos por lo divino. No se trata, en modo alguno, de situaciones excepcionales, sino totalmente periféricas, en las que el significado de un encuentro, por banal que sea, con un objeto o una persona, echa raíces más allá de lo visible y de lo espacio-temporal. El Amor no se reduce de ninguna forma a un sentimiento o a un proceso psicológico:

esto sería quedarse en la superficie. El que está imantado por la profundidad y atento a su manifestación a través del lado visible de las cosas, ve crecer incesantemente su nostalgia del Ser y la posibilidad de unirse a El a través de todo. Ese es su gran Ejercicio en el Camino y mediante lo cotidiano. Pero el Amor sólo puede adquirir toda su dimensión en el conocimiento de las personas. El verdadero encuentro de dos personas es muy raro, pero tiene lugar cada vez que dos seres se ponen bajo la llamada de lo esencial a través del caparazón de su yo contingente. Entonces se produce algo especial en esa unión de los dos en el ámbito de su esencia suprapersonal.

ALPHONSE GOETTMANN: *Ahí también se trata de "abrir paso". En la mayoría de las ocasiones, el otro se presenta bajo el peso doloroso de su yo existencial, con toda la carga de su historia, el contexto de sus relaciones, sus cualidades y sus defectos y, sobre todo, su papel social, con lo que corro el riesgo de identificarlo fácilmente... En la medida en que mi propio Camino es un Paso, una Pascua de mi exterioridad hacia mi interioridad, sólo en esa medida puedo reunirme con el otro en ese mismo Camino, en esa Pascua suya; y, en lugar de juzgar al que veo desde el exterior, le suscito a su propia realidad, quiza lo resucite... Nuestra vida está marcada por tales encuentros; son raros, pero se lo debemos todo. Por algo Jesús fue tan severo con los que juzgan y encierran a los demás en vez de abrirlos a su propia superación. El nos ha enseñado la mirada que penetra en las profundidades y cambia los corazones... los Evangelios lo muestran a menudo.*

G.D.: El Amor verdadero, y el más grande que se pueda imaginar, se produce cuando dos personas, en su Camino de búsqueda del Ser, se encuentran y se hacen compañeros de ruta. Su encuentro se convierte en el Camino de su realización recíproca, si uno oye en el corazón del otro cómo resuena el acorde de su propio Ser o, por el contrario, percibe en él, con toda la violencia del Amor, el rechazo a detenerse o a

estancarse... En ninguna otra parte se nota un estremecimiento así, más que en esa comunión de Ser a Ser. El acto sexual entre un hombre y una mujer es la cima de estos esponsales, que pueden revestir un carácter intensamente místico y culminar en el éxtasis. La pareja puede pasar de repente a otra realidad, totalmente por encima de todo dualismo, y liberarse durante un momento. Si su actitud es justa en el intercambio sexual, cada uno de los participantes hace una entrega total de su yo; es una llamada poderosa y, si llegan a la entrega, la onda de la Vida los cubre, los sumerge por completo y entonces se ahogan de verdad, pierden el conocimiento, por así decirlo; su conocimiento habitual de superficie queda trascendido: es el final del yo egocéntrico y la unión, "la infusión" recíproca de la vida de los dos esposos, que sienten una sensación de adoración, pues están por encima del espacio y del tiempo, atrapados por el Ser Divino... pero para renacer en otro plano diferente.

A.G.: *Se tardará mucho tiempo todavía en volver a descubrir de una forma general esa concepción, fundamentalmente bíblica, a pesar de todo. El amor sexual no es una conjunción de órganos ni una copulación de dos cuerpos opacos: "¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?", exclama San Pablo. Cuando un hombre se une a su mujer "forma con ella un cuerpo solamente" y es el Cuerpo de Cristo...*

La profanación del amor conyugal ha existido siempre; pero poco a poco se ha introducido también en la Iglesia, cuando ésta ha perdido, sobre todo en Occidente, la interioridad y su dimensión contemplativa. Entonces se ha caído en las divisiones habituales en lo mental, las categorías y la separación, la oposición entre lo físico y lo espiritual, el cuerpo y el alma y ha terminado por hacer del acto sexual un dominio específico, fatalmente ambiguo, por consiguiente, y sospechoso. Sólo alguien que vive de la experiencia contemplativa puede comprender que el amor sexual tiene un carácter contemplativo que, lejos de estar

aislado, irradia sobre todo el campo de la actividad humana y da una nueva atención al mundo. La comunión entre dos seres mediante el cuerpo es una comunión con toda la naturaleza y con el cosmos, que es nuestro cuerpo en extensión. Lo exterior se nos hace interior...

G.D.: Es importante señalar que la profundidad de esa apertura depende por completo de la actitud del que realiza el acto sexual. Según el caso, uno puede dejarse llevar también por el goce y el placer erótico, que no es más que una caricatura del amor. Entonces estamos perdidos... El hombre sale peor parado que la mujer en esta relación; suele ser más objetivo y frío, o guarda las distancias en vez de entregarse. Pero cuando los dos consienten en morir uno en el otro sin resistirse a la entrega, se abre en ellos un vértigo cósmico, la dualidad de los cuerpos que se unen queda superada por la unión de la persona con un "tú" en cuyo abrazo se manifiesta el Amor de Dios... Evidentemente, al salir de ahí uno no puede ser el mismo que al entrar. Si realmente el Amor es Camino para los esposos, entonces renacen cada vez en un plano distinto de profundidad en la libertad. Así, en el matrimonio, el sentido de mi vida no soy yo, sino el otro. El fruto de esta unión total no es, en principio, el nacimiento de un hijo, sino el renacimiento de dos compañeros en y para el Amor. El Amor se basta por sí mismo, no tiene otro objetivo fuera de él. Y su experiencia es aquí también una revelación de su triple aspecto: la Plenitud y la Fuerza que emanan de toda muerte en sí, el renacimiento bajo otra Forma y un Sentido siempre nuevo y, finalmente, la Unidad con el compañero y la Armonía con la totalidad cósmica. Y las tres cosas se reducen a Una, en un eterno movimiento de Amor que fecunda incesantemente el movimiento de los esposos...

A.G.: *A riesgo de que nos tomen por locos, a lo que Vd. ya se ha expuesto con la Biblia y los Padres, podemos decir que la comunidad conyugal puede convertirse en*

una "teofonía", la cámara nupcial de una Alianza de Dios con el hombre, en un icono vivo de la Trinidad... "El amor... es una fiebre de fuego, llama del Señor", canta el Cantar de los Cantares. En cada encuentro con el bienamado, El es el único Amado que encuentran los esposos. Según San Juan Crisóstomo "el amor conyugal es el amor más fuerte" porque "no aparece como algo terrestre, sino como la propia imagen de Dios". El hombre ha sido creado hombre y mujer, su ser es un "co-ser", un movimiento de uno hacia otro para hacerse uno, pero sin confusión ni separación. Son dos personas en un solo ser, engendrados continuamente por un tercero: el Amor Divino, icono de la Trinidad. Pero al recobrar el estado paridisíaco, los esponsales son al mismo tiempo una imagen profética del Reino que ha de venir. Construyen la "Casa de Dios", según dice Clemente de Alejandría, y constituyen ya el misterio de la Iglesia, una "Iglesia doméstica", en la que continúa el milagro de Canaán: el agua transformada en vino, el mundo transmutado en su verdadera realidad, "todas las cosas que se renuevan" y la inmensa alegría de los esposos que oyen la voz del único Prometido que preside sus nupcias...

El matrimonio no es una "fatalidad biológica" ni un "remedio contra la concupiscencia", sino que, si ha de ser Camino espiritual, supone también un duro combate y una ascesis que no tiene nada que envidiar a la de los monjes. En el rito ortodoxo, se corona a los esposos al final de la celebración del sacramento. Están coronados de "gloria y de honor", ciertamente, pero también lo están con la corona de espinas de su Señor y de los mártires. No hay amor sin cruz; la vista corre el peligro de nublarse constantemente, el desgaste de la vida puede empañar el misterio y, como dice el poeta, "nada resiste a las garras melancólicas del tiempo..."

Si aparece una cara de eternidad en el Amor, el Maestro eterno, ¿no puede reconocerse también en el tiempo que pasa, especialmente en el envejecimiento y en la muerte, a otro Maestro en nuestro Camino?

G.D.: A muchos les gustaría detener el tiempo,

"mantenerse siempre jóvenes". Sin embargo, "el Ser de Dios es nuestro devenir", decía Eckhart; el ser divino sólo se manifiesta en nosotros y nosotros realizamos nuestra vocación de hombres quedándonos en el devenir. El que no tiene miedo de envejecer se encuentra coronado por la Vida, pues la edad significa menos un final catastrófico que las verdaderas nupcias del hombre con su faceta de eternidad precisamente... Decir "sí" a la vejez es llegar a la plenitud de la madurez, lo contrario de una triste y dolorosa resignación o de una lúgubre espera de la muerte... Pero eso supone, evidentemente, que profundicen las raíces en una Realidad que se encuentra por encima de la oposición "joven-viejo" y que se viva su Presencia benefactora a través del devenir y de lo que pasa.

Al viejo le afecta en el más alto grado la triple angustia de que hemos hablado: su fuerza vital lo abandona, física y espiritualmente; su vida parece no tener ya sentido por inútil y poco productiva y, finalmente, se siente aislado por la inevitable soledad... Pero, si realmente se ha desposado con su Camino, sabe que todo esto sólo le afecta a la superficie de su yo exterior y que una disminución de sus fuerzas naturales favorece, en realidad, el florecimiento de las fuerzas sobrenaturales, cuyo desarrollo es lo único que pone fin a su existencia. Por el contrario, si se niega a envejecer y se oculta a sí mismo y a los demás los signos de su vejez, luchando con todo tipo de tapaderas y medidas de seguridad contra la evidencia, entonces pasa de largo junto al último y más bello presente que la vida quiere hacerle. Ese hombre no ve que la sombra tentacular de su envejecimiento se traga el resto de sus días... Pero el que se ha despertado a la otra concepción, contempla en el horizonte de su existencia el sol naciente que le anuncia una nueva época. Lejos de estancarse en la antesala de la muerte, renunciando con más profundidad que nunca a todos los lazos mundanos que tiraban de él hacia el exterior, da ahora pasos de gigante en el Camino

de la Incesante transformación. Algo totalmente nuevo puede visitarlo y el velo que lo separa de lo Invisible puede hacerse completamente transparente. Quizá tenga la columna vertebral encorvada por el peso de los años, pero nada puede arrebatarle ya esa alegría, ni siquiera la muerte, que está a su lado como un viejo compañero en el que confía... En lugar de ser un veneno para toda la familia, como ocurre en la mayoría de los casos, un tirano en la casa y una carga para todos, ese anciano es una luz para su entorno, atrae a los demás en secreto con su radiación, lo admiran y lo quieren por la inefabilidad que emana de él... ¡Ha encontrado la verdadera juventud!

A.G.: *Esa juventud está siempre ante nosotros, no tiene la edad de nuestros veinte años; es más bien lo que no tiene edad en nosotros, quizá es el propio Dios, Juventud eterna...*

G.D.: Por esa razón ese anciano es un Sabio. No mira con amargura hacia atrás, a su juventud pasajera de otros tiempos: "En mis tiempos..." Está rompiendo el tiempo y franqueándolo. Su sabiduría no tiene nada que ver con el tener, con el saber o con el poder. El poco o mucho saber acumulado durante su larga vida, ya no constituye su apoyo; lo que contempla en adelante no puede concebirse y escapa a todo razonamiento. Para expresarse, en muchas ocasiones, no le queda más que la sonrisa silenciosa, pero abisal... Ese hombre no envejece, madura; su triple miseria es el lugar de una triple manifestación: es sabio, radiante y bueno. Una vez más, como siempre, el Ser bajo sus tres aspectos...

A.G.: *La civilización occidental no es sensible a todo esto, no ve en ello ningún "interés"... El hombre es un animal de producción y, cuando deja de ser rentable, se le desecha. A la eterna pregunta de Tolstoi: "¿Qué es lo que hace vivir a los hombres?" el Sistema responde en su*

lugar: "el trabajo, la mecanización, la ideología"... Y, si les queda algún momento en el que la inalterable sed de eternidad sube a flor de piel, la sociedad de consumo lo compra sin problemas con sus "pequeñas eternidades de placeres", como ya irónicamente afirmaba Kierkegaard...

G.D.: En Oriente se dice: "Un viejo amargo es una persona ridícula", y cuando se pregunta a la gente sobre el tesoro de su civilización, responden: "Primero, nuestros ancianos". ¡El cambio es significativo! Los ancianos deberían haber recorrido las etapas del Camino, por regla general, todo su ser debería sumergirse en la única Realidad que interesa verdaderamente al hombre, deberían conocer el secreto de la Vida... En ese caso, la irradiación es el verdadero fruto de la madurez del anciano que sustituye a su actividad. Si no se quiere dar de lado a lo real, ¿hacia quién hemos de volvernos, entonces, sino hacia ellos?

A.G.: *A nosotros también nos llegará el día en que rechacemos a los ancianos metiéndolos en los indeseables asilos... quizá... Por el momento, son todavía nuestro "talón de Aquiles", el lado débil de nuestra humanidad en la que la muerte no deja de corroernos y de llenar de espanto nuestros corazones. El espectro de la muerte se ha convertido en el nuevo tabú de las sociedades modernas. En cuanto surge, nos deshacemos de ella rápidamente, después de haberla cargado y recubierto con flores para olvidar su lívido rostro... La muerte no nos afecta, dicen los epicúreos: "Mientras estamos vivos no existe; y, cuando morimos, los que no existimos somos nosotros"?*

G.D.: El hombre iniciado, es decir, el que ha abierto la puerta del misterio, sabe, por el contrario, que la muerte está siempre ahí y que nacemos con ella. Morir y nacer van juntos para él, es su vida. La muerte última no lo suprime, sino que le hace crecer por encima de sí mismo en el eterno nacimiento. Con su encuentro, oye la llamada definitiva del Maestro,

que lo invita, por última vez, a despojarse de los vestidos de lo múltiple para entrar en la plenitud de la Unidad. No obstante, en vez de ocultar la muerte y de darle la espalda, hay que aprender a contemplarla en silencio largamente. Aunque la contemplación de un cadáver petrificado no siempre desencadena el pánico y el espanto, sí hace que todo lo que lo rodea se calle, es algo que supera a nuestro entendimiento: no hay nada más que decir o pensar... Sólo en ese silencio de la muerte y en el nuestro podemos oír la voz del Maestro, que quiere hablarnos.

En el fondo, ¿se tiene miedo a la muerte o a la fuerza de vida que brota en el momento de la muerte? El sentido que se da a la muerte depende del sentido que se dé a la vida, y los dos dependen de la etapa de nuestra evolución interior. Para el que ha cimentado su vida en la fama y las posesiones, la muerte es una amenaza constante y un lamentable fracaso; para el que la vida es el Ser, la muerte es un descubrimiento definitivo. Pasa también angustias y ansias; pero se mantiene firme, porque adivina el resplandor del infinito que pronto viene a suprimir todos los límites y a proyectarlo en una luz sin fin. Para él, el sentido de la muerte es la Vida y no vive realmente más que el que verdaderamente sabe morir. Sólo si se siente la muerte dentro de sí se puede sentir también la Vida a la que te abre. En lugar de ser un error, la muerte puede convertirse, de esta forma, en la Amiga misteriosa de cada uno de nuestros pasos por el Camino, en el que, al final, no hay Alegría sin ella...

Vista desde fuera, la muerte última es un fin; vista desde dentro, es un principio. Se quiera o no, es el inevitable abandono de todo, la renuncia y la unión con la plenitud del fondo original, unión de la que nace el brote de nuestra persona.

Este movimiento de transformación es también el de toda la verdadera meditación que introduce, pues, la seriedad de la muerte última en el propio contexto de las muertes parciales de lo diario. Cada vez que el yo natural muere un poco más y cede su

lugar, el hombre entra más profundamente en contacto con su esencia y con la Vida, de donde puede nacer un yo que no es del mundo, sino conforme al Ser en el mundo. No hay transformación sin "desdevenir". La eterna pregunta del hombre es: ¿cómo vivir plenamente, cómo dejar que ascienda el empuje vivo del Ser, cómo llegar a la verdadera Vida que mana en el fondo de nosotros mismos? La eterna respuesta es: ¡Sólo mediante la muerte! Morir no tiene resonancia lúgubre más que para el que está preso de su yo mundano. Para el que está despierto, para el discípulo que sigue el Camino, es la condición natural de una actitud que permite el advenimiento de lo que es, sin condición sobrenatural. En algunos pueblos primitivos, morir es tan natural que no se habla siquiera, como lo hacemos nosotros, de "vivir y morir", sino de "vivir y renacer"...

A.G.: *Respecto a esto, los cristianos occidentales se han paganizado un tanto... Sin embargo, después de la conmocionante noticia de Cristo resucitado, lo trágico de la muerte había desaparecido. Ya no se hablaba del "día de la muerte", sino del "día del nacimiento", "dies natalis", y los mártires se dirigían a la arena cantando... En lo sucesivo, toda la Iglesia se basaría en el acontecimiento de Pascua: la resurrección no solamente se había introducido en el corazón del hombre, sino en toda la historia humana y del cosmos, para comunicar a todo y a todos la vida divina de la Trinidad. El bautismo había iniciado ya esa suprema transfiguración y la muerte venía a terminarla como el gran Paso hacia la metamorfosis definitiva... Hoy intentamos restablecer esa antigua Tradición. La experiencia concreta de Cristo, muerto y resucitado, la vivimos durante el Camino del año litúrgico y la comunidad eclesiástica. Con la victoria de la muerte y ese brote inaudito de Vida, la Pascua se ha vuelto a convertir para nosotros en la fiesta de las fiestas, en una Alegría desbordante, pero indescriptible para el que no la ha vivido. Cristo, nuestra vida, está ahí, palpable y real, Testigo de que no morimos. Pero esa fiesta y esa alegría la reiteramos*

en cada eucaristía y, finalmente, se hace íntima para nosotros en cada meditación... "Oh, Muerte, ¿dónde está tu aguijón?"

G.D.: La muerte es la gran Vida que no deja de manifestarse. No es el enemigo al que hay que conjurar, sino la hermana que nos da la mano para traspasar el umbral de los esponsales con el Ser y entrar en un País que en realidad nunca hemos abandonado...

(5,10)

CRONOLOGIA

—1896: Nace Karlfried Graf Dürckheim, en Munich.

—1914-1918: Combate en el frente, durante la Primera Guerra Mundial.

—1918-1923: Estudia filosofía y psicología en Munich y Kiel. Se doctora en filosofía.

—1925-1932: Asiste al instituto de psicología de la Universidad de Leipzig.

—1930: Se doctora en Psicología.

—1932: Es profesor de psicología en la Academia de pedagogía y filosofía de la Universidad de Kiel.

—1937-1947: Permanece en Japón, como misionero e investigador.

—1948 hasta la fecha: Trabaja como psicoterapeuta, con un círculo de colaboradores, en Todtmoos-Rütte, en la Selva Negra, donde ha fundado con ellos un "Centro de formación y encuentros de psicología existencial".

OBRAS DE GRAF DÜRCKHEIM

En francés:

1. *Practique de la voie intérieure — Le quotidien comme exercice.* Ed. Le Courrier du Livre, París, 1969.
2. *La percée de l'Etre.* Ed. Le Courrier du Livre, París, 1971.
3. *Le Zen et nous.* Ed. Le Courrier du Livre, París, 1976.
4. *Hara-Centre vital de l'homme.* Ed. Le Courrier du Livre, París, 1969, 3ª edición 1976.
5. *L'homme et se double origine,* Ed. du Cerf, París, 1976.
6. *Exercices initiatiques dans la psychothérapie,* Ed. Le Courrier du Livre, París, 1977.
7. *Mediter — porquoi et comment?* Ed. Le courrier du Livre, París, 1978.

En alemán:

8. *Erlebnis und Wandlung,* Ed. 'Otto-Wilhelm Barth, 2ª edición, Munich, 1978.
9. *Wunderbare Katze,* Ed. Otto-Wilhelm Bart, 3ª edición, Munich, 1975.
10. *Uberweltliches Leben in der Welt,* Ed. Otto-Wilhelm Barth, 2ª edición, Munich, 1972.
11. *Der Ruf nach dem Meister,* Ed. Otto-Wilhelm Barth, 2ª edición, Munich, 1975.
12. *Japan und die Kultur der Stille,* Ed. Otto-Wilhelm Barth, 6ª edición, Munich, 1975.

13. *Im Zeichen der grossen Erfahrung,* Ed. Otto-Wilhelm Barth, 3ª edición, Munich, 1974.
14. *Mächtigkeit, Rang und Stufe,* Ed. Aurum, Friburgo, 1978.
15. *Sportlche Leistung - Menschliche Reife.* Ed...Wilhelm Limpert, 3ª edición, Francfort, 1969.

En español:

16. *El doble origen del hombre.* Ed. Cuatro vientos.
17. *Hara.* Ed. Mensajero.
18. *El Maestro Interior.* Ed. Mensajero.
19. *Meditar, cómo y por qué.* Ed. Mensajero.
20. *El Zen y nosotros.* Ed. Mensajero.
21. *Experiencia y transformación.* Ed. Sirio.

PARA IR MAS LEJOS

Graf Dürckheim vive en Rütte, rodeado de sus colaboradores, donde continúa su trabajo y su investigación en el "Centro de encuentros y de formación existencial y psicológica". Allí se presenta una terapia iniciática que comprende, dependiendo de los días: psicoterapia, conocimiento del cuerpo, terapia de creatividad, meditación, ejercicios diversos, artesanía y animación de grupo.

Para cualquier información, dirigirse a

Secrétariat Général du Centre
D-7867-Todtmoos-Rütte (Südl. Schwarzwald)
Alemania.

El mensaje de este libro y la enseñanza de Graf Dürckheim se ponen en práctica en la comunidad de "Betania". Se trata de sesiones de iniciación y profundización en el Camino espiritual, bajo diversos enfoques: meditación y conocimiento del cuerpo, Biblia y liturgia, arte del icono, compromiso y no violencia.

Para cualquier información, dirigirse a

Bethanie
Centre de Recherche et de Méditation
Prieuré de Notre Dame St. Thiébault
57130 GORZE (Francia)

Para conocer:

— La plegaria del corazón:
Récits d'un pèlerin russe (Seuil/poche)
La Prière de Jésus, por un monje de la Iglesia de Oriente (Seuil/poche)

— La liturgia
Explication de la divine liturgie: N. Cabasilas (Cerf)
La vie en Christ: N. Cabasilas (Chevetogne)

— La teología experimental:
Théologie mystique de l'Eglise d'Orient, V. Lossky (Aubier).
Technique de la Prière. Mgr Jean de S. Denys (Présence orthodoxe)
La déification de l'homme. M. Lot-Borodine (Cerf)
Dictionaire des Pères de l'Eglise. A. Hammann, y una colección de textos de los Padres (Desclée)
L'Orthodoxie hier et aujourd'hui. M.A. Costa de Beauregard, T. de Foucauld e I. Bria (Buchet-Chastel)

A través de estos diálogos, K. Graf Durckheim nos recuerda, con toda la fuerza de su mensaje, nuestra verdadera identidad.

El hombre tiene para él un doble origen: celeste y terrestre. En Occidente hemos desarrollado uno solo de ambos polos y es precisamente el otro el que hace que se totalice nuestro Ser y que nos abramos hacia dimensiones superiores.

Cada hombre lleva en sí mismo un tesoro insospechado, que con frecuencia se afana en buscar fuera de él. El viejo maestro nos muestra aquí el camino que desciende a nuestra propia profundidad y nos da sus indicaciones para hacer más fácil esta trascendente experiencia.





editorial Sirio, s.a. - málaga